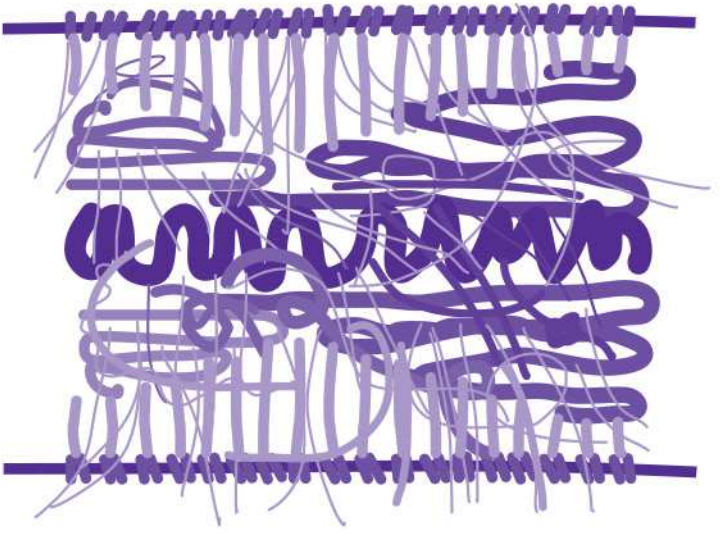
Feminismo inimputable

Deriva de un estilo roto



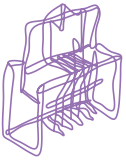
Natalia Monasterolo

eduvim

Monasterolo, Natalia
Feminismo inimputable: deriva de un estilo roto / Natalia Monasterolo.
- 1a ed. -
Villa María: Eduvim, 2022.
206 p.; 17 x 11 cm. - (Desvíos)
ISBN 978-987-699-700-3
1. Feminismo. 2. Abuso de Poder. I. Título.
CDD 305.4201

© 2021. Editorial Universitaria Villa María
Chile 253 – (5900) Villa María,
Córdoba, Argentina
Tel.: +54 (353) 4539145
www.eduvim.com.ar

EDICIÓN
Agustina Merro
DISEÑO DE LA COLECCIÓN
Juan Pablo Bellini
MAQUETACIÓN
Eleonora Silva
ILUSTRACIONES
Augusto Bernhardt



Obra bajo Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional
CC BY-NC-ND

Esta licencia permite a Ud. sólo descargar la obra y compartirlas con otros usuarios siempre y cuando se indique el crédito de autor y editorial. No puede ser cambiada de forma alguna ni utilizarse con fines comerciales.
La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones publicadas por EDUVIM incumbe exclusivamente a los autores firmantes y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM.

Feminismo inimputable

Deriva de un estilo roto

Natalia Monasterolo

DESVÍOS
eduvim

Nunca hay que preguntar qué quiere decir un libro, significado o significante, en un libro no hay nada que comprender, tan sólo hay que preguntarse con qué funciona, en conexión con qué hace pasar o no intensidades, en qué multiplicidades introduce y metamorfosea la suya, con qué cuerpos sin órganos, hace converger el suyo.

Gilles Deleuze, Félix Guattari
Mil Mesetas

¿Cómo llegar al lugar, al sitio habitual, seguro, cuando el vehículo que nos transporta está averiado? ¿Cómo, cuando ese daño no es menor? Y todavía más: ¿cómo, cuando el desperfecto es cosa del motor? La pieza rota le ha quitado a la máquina el don de la transportación.

Son esos, a fin de cuentas, los interrogantes que han impulsado este libro. De manera insospechada y suspicaz, han sabido filtrarse en una tentativa escriturística inacabada; una empresa creativa suspendida en el aire, a mitad de camino entre la embestida imposible y el fallido final. Pero no es sencillo comprender de qué modo una catástrofe mecánica puede funcionar como trazo de una ruta creativa, y menos si esa ruta opera como una sensible apuesta política. Dejaré a la historia contar(se).

Creo que la locura sacudió mi cama –ese lugar en que se teje el insomnio y se cocinan los sueños, donde se coge sole o con otrxs, donde se deja a la cuerpa[1] reposar– mucho antes de poner algún pie en el manicomio para encontrar, acaso, capullos de relatos que pudieran contarme algo acerca del confinamiento, la soledad y el abandono. Creo que estaba ahí, desde el comienzo, desde la primera herida amorosa que supone el nacimiento. También estaba la escritura, por fortuna –o por desgracia–, para dejarla fluir.

Probablemente por eso, después de algunos caminos erráticos y una carrera en Derecho, cuando tomé impulso para doctorarme bajo el yugo de ese universo armado en clave legal, la idea de gestionar un análisis jurídico acerca de las perpetuas internaciones impuestas a quienes habían anudado fatídicamente crimen con locura, me pareció chicata, torpe, corta de alma. Ahora, a cierta distancia de aquellos rumbos, puedo ver que ese regusto a poco, ese gemido en el estómago

[1] Por respeto a la operación bélica que reclama nuestro lenguaje –incluso cuando el respeto me resulte una palabra lacerante–, dejaré a las asignaciones fluir, y entonces, a veces lo diré con "a", otras con "e" y algunas con "o". Recurriré cuando me plazca, no por desprecio sino por placer, a los cruces de la "x" o al aura suspensiva del asterisco. Y es que este es un texto que elude los mandatos, ha sido esa misma elusión la que me permitió gestarlo. A imaginar entonces, el convite está hecho. A ejecutar la prueba de la pronunciación, para decir cómo se dice lo que se escribe ahí donde la letra o el signo lo piden.

hambriento, era un aullido desesperado de un gesto literario que, por alguna fisura, necesitaba drenar.

Lo digo porque de no haberme picado el cuero, probablemente no me habría preguntado por la voz de esxs "quiénes", no me hubiera interesado en sus relatos, no me hubiera atrevido al manicomio, y, finalmente, no habría podido escuchar(me).

Fue al calor de esos encuentros, en un cuarto oculto tras una puerta sin picaporte, o en una galería de gusanos y enredaderas rizomáticas, o bajo la sombra de un árbol reseco, o junto a una estufa a pura llama, o sobre un sillón deshilachado de tan viejo, o en una parte del camino entre la salida y el regreso, o en las tertulias entre la boca, la bombilla, el mate y un beso, que aquella empresa montada para ser tesis generó un campo de preguntas diversas y dejó en vilo una, muy precisa, que motorizó la hechura de este texto.

¿Qué genera, en términos subjetivos, la declaración de inimputabilidad en quien ha sido considerad* como tal? En rigor, ¿qué le pasa con la inimputabilidad a quien la marca le alcanza? Sí; le alcanza, digo, y cuando lo hago o lo pienso, cuando decía eso y lo pensaba, no era asunto de satisfacción o de suficiencia; no un "alcanzar" en esos términos, sino uno que toma y captura, como la fiera encierra a su presa. La inimputabilidad

amarra y se aferra a ciertas cuerpas, y en mi devaneo, saber qué pasaba ahí, con eso, comenzó a tomar la forma de una urgencia.

Ya me detendré, echando mano a cierta tinta jurídica, en esto de la inimputabilidad, la responsabilidad delictiva y el sistema penal, aunque decirlo así, de este modo, ya constituye un mínimo adelanto de lo que vendrá. La inimputabilidad es cosa del Derecho, todavía más, es casi un asunto de fe, fe ciega, como todo acto de fe, porque integra el terreno de la dogmática penal y sería estúpido desconocer que los dogmáticos asisten a diario al templo de la fe. Practican rituales, besan estatuas, se convidan rezos. Creen.

De modo que ahí estaba, preguntándome si ese juicio de inimputabilidad anudado a la locura y a la manera de administrarla en un mundo escrito en clave oscura añadía un padecimiento a quien la portaba. Porque si para el modo jurídico de ver las cosas, la locura habilita la inimputabilidad debido a que nada puede reprocharse a quien delinque bajo el paño de la locura, y si, por añadidura, esa falta de reproche persigue mermar la respuesta punitiva del sistema penal, que, en resumidas cuentas, implica un malestar connatural; pues entonces, si acaso el locx se volvía más loc* por inimputable, si encontraba que aquel juicio de falta

de reproche era el que propiciaba el malestar, algo, pensaba, debía estar funcionando mal.

Claro que la inquietud no había aparecido así, de buenas a primeras, por el mágico efecto de una insólita chispa interna. Las historias transformadas en voz, esos relatos del manicomio, me dictaban una y otra vez, con tono sentido y persistente, la misma pregunta en más de una versión: ¿cómo me saco la inimputabilidad cuando salga de acá? ¿Qué tengo qué hacer? ¿Cómo me quito "lo de inimputable"? Intuí que si la internación suponía la expulsión a terreno hostil, la inimputabilidad encarnaba la marca infame hasta morir.

Ese fue el envión.

Comencé a caminar, empujón mediante, un camino de varios encuentros; coincidencias amorosas, acuerpamientos bellos, aún me restaban algunos tramos para descubrir que la llamada por la inimputabilidad no era más que la punta de una necesidad de rotura.

En la emergencia por la pregunta y la urgencia por la respuesta, intenté junto a un grupo de analistas de diván, cafés y bares con aroma a humedades, indagar en los vericuetos del psicoanálisis y su (des) encuentro con el Derecho. Me quedé en medio del

mar, pero navegar junto a esas mujeres fue parte de un viaje hermoso, nos ubicamos siempre en el lugar de la marea calma, y supimos hilvanar ideas que por momentos nos enterraban en el desparpajo de la carcajada desencajada.

Más tarde me lié con una artista de la mente. Coloquen en esta designación lo que les plazca, no persigo precisarla.

La pasamos bien. Borrachas de lecturas y conjeturas propiciadas por la misma pregunta, la de siempre, la inicial, nos zambullimos en un jardín de flora selvática, y allí, tomada por los tallos, los pétalos y la savia, pensé la inquietud de otro modo, no como una contradicción jurídica, sino, mejor, como una argucia biopolítica.

También señalaré algo acerca de la biopolítica –esta acertada operación dominatriz sobre la que Foucault ha escrito tanto– en otra parte de este texto; lo que me importa ahora es referir, como un gesto de reconocimiento amoroso, que las horas de conversaciones compartidas con esa bonita artista me pusieron de cabeza, me permitieron volver a pensar la cosa, y me colocaron en la enérgica carrera de una indagación frenética.

Quizá la inimputabilidad no era el mal ni era el efecto, sino la forma de ensayar una fuga, o era toda fuga,

toda disrupción latente; el lugar de la palabra acallada y la razón excluida, precisamente por su potencia disruptiva y porque toda disrupción incomoda. Si así era, no había que hallar su lado esclavo, sino mejor su monstruoso lado desatado.

Se hizo la monstrua. Por vez primera en ese andar aciago cobró forma la idea de lo monstruoso; l* monstruos* como escape, como rebelión, como revuelta, como táctica y estrategia. Sabía hacia dónde dirigirme, solo tenía que partir; escribir.

Ahí comenzó el coqueteo irresoluble entre los bordes de la hoja en blanco y el trazo cautivo en la yema de los dedos; me encontré desorientada en los laberintos de la escritura que quita a la palabra pensante su intimidad egoísta. Descubrí que no podía, mi universo de letras rígidas y soberbias ya no me servía, estaba desarmada, sin tuercas, con el artefacto roto. Me había ocurrido algo. Me había pasado el feminismo.

No desconoceré aquí la diversidad del feminismo, anida en ese nombre un kilometraje de años, centenas de luchas, no pocas marcadas con sangre. Habita en esa tierra multiforme la alucinante deformidad de lo informe, y esa es, para mí, su magia maravilla. Pero también he logrado entender –y he aquí parte de la propuesta de este libro– que el bodrio teórico de la

academia, los corsés quitaoxígeno que reparte, los mandatos antipoesía que imparte y la obligación de alimentar una epistemología tan pulcra como egoísta, ni por asomo podrían pretenderse feministas. Por eso asumí que esa multiplicidad del vocablo feminismo estaba cocida por otro pespunte, un pespunte fabricado con hilos comunes, gestados en la micropolítica del lazo, el lazo amoroso y desigual, donde la querencia y la desigualdad no se lastiman. Ese fue el feminismo que me sucedió cuando andaba sin rumbo, a mí que siempre he respirado feminismo pero no siempre he distinguido lo que respiro.

El descubrimiento y la sorpresa enrarecieron el aire, empezaron a ocurrir cosas.

Si el cosquilleo en la cuerpa propiciado por la fisura del estilo que por tanto tiempo me había permitido decir con letra fija lo pretendido resultaba inquietante, hallar que junto al papel vacío lo que tenía que ser dicho ya no era lo que quería ser dicho, era cuanto menos perturbador. Estaba desolada, pero no por duelo, no por añoranza de reparación, no tenía intenciones de recuperar la pieza que pusiera otra vez a pendular el viejo reloj; podía ver que mientras el templo de la palabra hegemónica se derrumbaba la calle respiraba y latía, inaugurando un relato diferente, una narrativa disidente, y eso me dejaba extasiada. Lo que me

Quizá la inimputabilidad no era el mal ni era el efecto, sino la forma de ensayar una fuga, o era toda fuga, toda disrupción latente; el lugar de la palabra acallada y la razón excluida, precisamente por su potencia disruptiva y porque toda disrupción incomoda. Si así era, no había que hallar su lado esclavo, sino mejor su monstruoso lado desatado.

desarmaba era no saber qué hacer con aquel desguace; es cierto, me había quedado sin motor, pero ¿podría hallar uno nuevo? ¿Uno distinto? ¿O tendría que aprender a dominar las artes de la quietud?

Sí; me quedé sin vehículo.

Los golpeteos del capítulo 93 de *Rayuela*: "Me atormenta tu amor que no me sirve de puente porque un puente no se sostiene de un solo lado",[2] que justo volví a oír por ahí, cobraron un sentido particular. No era cualquier texto el que lo decía, y no decía poco, porque narraba a partir de un viaje trunco, un paso imposible de una punta hacia la otra, una revelación atroz: el puente ya no era puente sino ruina.

Igual que en ese pasaje sabía hacia dónde ir, y si lo que me pasaba no era sabiduría, mejor aún, era intuición, y yo la tenía. El asunto era cómo, cómo lograba afrontar la ruta, cómo me comía las coordenadas mientras avanzaba. Se sentía como estar ahí, en la línea de largada de una carrera desde donde se divisa la meta sin conseguir resolver la forma para alcanzarla.

[2] No habrá citas en este texto; no las encontrarás. Sí dejaré rastros, evidencias indiscutibles para acudir a los textos transcriptos en parte, o a les autores nombrades. No lo olvides, estás en medio de un viaje roto, y si de algo te sirve, no creo que un viaje sin fisuras suponga un verdadero viaje, más bien será traslado, camino, rumbo seguro o circulación, pero viaje... viaje no.

Ya no podía tomarme de la palabra aprehendida y efectista que por años me había funcionado. Podía comunicarme, trabajar, continuar asistiendo a mis grupos de estudio, dictar clases, armar seminarios, terminar escritos pendientes, pero lo que no podía hacer, lo que no lograba, era crear. Quizá lo más tortuoso de esto era que no faltaban las ideas y las circulaciones imaginarias; se agolpaban en algún lugar de mi cuerpa toneladas de proclamas, maneras de plantear el mundo, formas de contar historias, viajes eternos a un abecedario cautivo. No había caso, no conseguía narrarlas.

Ocurrió entonces: empecinada en hallar el método, entendí que quizá el asunto no estaba ahí, en el hallazgo, sino en datar *desde* su pérdida.

¿No sería acaso que entre esa ruptura y aquello que había dado inicio al recorrido (la pregunta por la inimputabilidad) mediaba un borde común? ¿Podía permitirme conjeturar que existía un punto de encuentro entre aquel interrogante y este efecto? Tal vez el reviente del motor no era un obstáculo sino una ocasión.

Sí, me había quedado muda, mi acto creativo estaba destruido, arruinado, pero la materia para rearmarlo estaba ahí, de manera tan monstruosa y disidente como el feminismo, como la inimputabilidad. Comencé a encontrar huellas de un salvoconducto obliterado.

Ocurrió entonces: empecinada
en hallar el método, entendí
que quizá el asunto no estaba
ahí, en el hallazgo, sino en
datar *desde* su pérdida.

Todas las reivindicaciones, disputas y territorializaciones planteadas por el feminismo, aun en sus disidencias, todas esas líneas de fuerza lanzadas sin más para habitar el espacio, toda esa revuelta de hilos sobre el telar, invadían con una preciosura difícil de ignorar, de la calle a la cuerpa, de la palabra al estilo, de la escritura a su hechura, de su desobediencia a su irrupción.

El feminismo estaba rompiendo estructuras. Esto no era nuevo, pero ahora se hacía aire, se respiraba, se conversaba, se palpaba, hasta podía olerse y saborearse; como el hedor de América descripto por el olfato de Kusch,[3] o el plasma de la cucaracha devorado por Lispector mediante GH y su pasión.[4]

[3] El hedor de América, dirá Rodolfo Kusch, es el "vaho hediento (...) que flota a través del altiplano como una de sus características primordiales", es molestia, es una cachetazo, una verdadera trompada a la libertad que "restituimos (...) por el lado de la pulcritud", y entonces, cuando la india vieja hiede al igual que el mendigo, temblamos de miedo, "el miedo de no saber cómo llamar todo eso que nos acosa y en lo cual estamos hundidos". ¿No es este acaso un convite a saborear la tierra? ¿Qué hemos hecho con nuestra ancestralidad? ¿Qué con nuestro mestizaje? ¿Cómo caminar por lo que somos neutralizando con perfume europeo cada tramo del viaje? El texto completo puede verse en *América Profunda* y también en *El Hedor de América. Reflexiones interdisciplinarias a 50 años de la América Profunda de Rodolfo Kusch*.

[4] Al datar la introspección de GH, que Clarice Lispector llamará pasión –*La pasión según GH*–, la primera (¿que no es acaso la segunda?) dirá luego de sucumbir ante ***ese*** plasma: "He perdido algo que era esencial para mí y ya no lo es. No me es necesario, como si hubiera perdido una tercera pierna que hasta entonces me impedía

El feminismo estaba siendo, ahí mismo… ahora, una masa informe tan tangible como inasible, una energía de miles de átomos que invadían al mundo para decirle, de manera suave y combativa, que "lo que nos ha sido dado ya no sirve". Advertí que el atore no solo me ocurría a mí.

Hacía tiempo que con un grupo de compañeras sosteníamos dentro de un ámbito académico vinculado con el Derecho un espacio disidente para pensar a la locura en clave colectiva. Claro que por demanda del correcto mundo jurídico, el espacio se llamaba "seminario" y la locura se escondía bajo la "salud mental", pero andábamos, y entendíamos que esas concesiones también operaban como tácticas de supervivencia. Al concluir cada ciclo, las personas invitadas a contar sus experiencias escribían un texto, y con poligrafía en mano publicábamos un libro: el libro del seminario.

El año en que se me rompió el motor, el seminario se había extendido en una trama de discusiones acerca de los feminismos y la salud mental. Cuando les pedimos a les expositorxs que narraran sus clases,

caminar, pero que hacía de mí un trípode estable. He perdido esa tercera pierna. Y he vuelto a ser una persona que nunca fui. He vuelto a tener lo que nunca tuve: sólo dos piernas. Sé que únicamente con dos piernas es como puedo caminar". ¿Qué nos dice? ¿Qué nos estaba diciendo el feminismo sino esto? La pata rota era la muestra de su inutilidad; la de la pata.

que plasmasen en artículos sus conversaciones y debates, el desarmadero creció. La imposibilidad de arribar a ese texto, a esa pequeña muestra escrita de lo expuesto, me hizo notar que el estupor que me aquejaba y el desguace de mi motor no era un asunto individual sino colectivo. Elles tampoco podían fluir, también aportaban al cementerio del vehículo un par de piezas muertas.

Lo entendí de este modo con el tiempo, cuando descubrí que no era por falta de ejercicio escriturístico –en rigor, justo ese año todes lxs invitadas pertenecían al ámbito universitario, por lo que de algún modo estaban acostumbradas a producir textos–, y probablemente tampoco era por puro apriete neoliberal que sus escrituras se demoraban. Sus respuestas frente a la demora, de cara a un artículo que no llegaba, estaban pobladas de angustia, desconcierto y desazón: "No sé por qué, pero me cuesta mucho ponerme con esto".

En medio del entierro de mi acto creativo, junto a mi caja de herramientas inútiles, ellxs me contaban, en diálogos interminables y sinceros, que sus manuscritos estaban ahí, en algún lugar, quietos, guarecidos, panicosos, sin querer salir. Las estaba atravesando lo mismo: el desarme del vehículo, el vaciamiento del estilo, era un síntoma parlante (como todo síntoma, claro) y a la vez político.

Llegó entonces, por fin, una cartografía de coordenadas inciertas para pensar este libro. El cruce ineludible entre feminismo e inimputabilidad, inimputabilidad y feminismo me permitió imaginar un feminismo inimputable. Fue la deriva ineludible de un estilo roto la que operó como guiño cómplice de un gesto político convidado por el encuentro amoroso.

Si la inimputabilidad es fuga y el feminismo disrupción.

Si la inimputabilidad es borde, escape a todo intento de normalización, cómplice de la locura libertaria, empresa de de-sujeción absoluta, potencia de subversión, cachetazo doliente al sistema captor. Y el feminismo es eso mismo frente a los marcos de legibilidad que la heteronorma impone a la singularidad disidente.

Si la inimputabilidad es quiebre y huida, y el feminismo rebelión y rotura. ¿No es inimputable el feminismo? ¿Y no es acaso feminista la inimputabilidad?

Accidentado y largo recorrido para encontrar el pulso de este texto. De todos modos valió el aprieto; la pieza rota resultó un cataclismo oportuno.

Lo que sigue es *ese* viaje.

Si la inimputabilidad es quiebre
y huida, y el feminismo rebelión
y rotura. ¿No es inimputable
el feminismo? ¿Y no es acaso
feminista la inimputabilidad?

Como este escrito es patrimonio de una avería, resultaría extraño adelantar detalles acerca de su contenido, ni qué decir de su estructura. Esas formas quedaron en la tierra del desguace, vayan por ellas si conocen a un buen chacaritero.

Si entendieron, y si por entender no las pretenden, solo les diré que este texto, alejado del rumbo tradicional, dará cuenta de algunas historias, señalará lugares comunes donde la locura feminista se cuela sin culpa, dirá, a propósito de la culpa, que la inimputabilidad es un movimiento de apertura, mostrará, al ritmo de otras vidas, que hay motivos para intentar una embestida; será, a fin de cuentas, una travesía sin brújula y sin tierra, un baile en el aire. O como alguien me dijo un día, después de leerlo más de una vez: un camino para extraviarse.

¡(I)responsable!… No cualquiera

Estoy casi segura, casi, de haberme planteado interrogantes respecto al delito –esos que ciertamente valen la pena– mucho tiempo después de haber cursado mi formación universitaria en Derecho. Así funciona el desierto del Derecho, eso hace con nuestras cuerpas; deshidrata.

A lo largo de esa travesía sin agua y con mucha sed, me encontré con varias discusiones teóricas relacionadas con el modo de clasificar y calificar una serie de actos convenientemente considerados delictivos. Estas discusiones, cimentadas por un cúmulo de ideas diversas respecto al mundo, se movían en diferentes planos,[1] pero, al final, eludían descaradamente esos

[1] ¿La delincuencia es una característica individual, orgánica, o es un producto cultural, comunitario? ¿O todas estas cosas al mismo tiempo? Aquí tienen una pequeña muestra de esos planos. Me

interrogantes tan sencillos y necesarios que solemos olvidar con frecuencia cuando nos ubicamos frente a lo que nos ha sido dado.[2]

En ese camino, aprendí a distinguir, por debida obediencia del mandato educativo, que las tertulias cocinadas al calor de las preguntas por las causas y los efectos del delito, y las posturas para abordarlo como un fenómeno social, o no, eran cosa de la criminología; un espacio que otros nichos del Derecho miraban con cierta mueca de menosprecio, porque la ciencia, en rigor, la Ciencia del Derecho Penal era asunto de dogmáticos, ahí se gestionaba la teoría firme y sistemática que propiciaba la "seria discusión".

Leí entonces, muchas veces, y también repetí otras tantas, que el producto más preciado y más pulido de la dogmática penal (el templo de los dogmáticos tiene nombre de mujer... la iglesia también) era la teoría del delito; una construcción hiper-estratificada, idéntica a una escalera premoldeada. Larga, pulcra, pálida, con rellanos y recovecos entre escalones y en

pregunto ahora si acaso vale tanto desgaste discursivo sobre estas cosas.

[2] Solemos olvidar, creo, la sencillez de los porqué y los para qué. ¿Por qué tal o cual cosa es así? ¿Por qué las aguas se dividen, siempre, en dos lados? ¿Por qué lo que está mal está mal y lo que está bien está bien? ¿Por qué?... ¿Para qué?

cada escalón. Un sistema de filtros precisos, bendecidos por el impresionante poder de la paralización: si no atraviesas uno de estos, no sigues, el piso del escalón se vuelve pegamento, y la hilera de peldaños subsiguientes se disuelve como polvo en el viento.

¿Cómo?

Tipo, antijuridicidad y culpabilidad, he ahí, más o menos, los peldaños de la escalera de marfil y hierro. Ahí los estratos respecto a los cuales han corrido ríos de lava de discusiones; esos son los estallidos del volcán semidormido. Cada vez que alguna idea nueva ha venido a discurrir sobre su consistencia y conformación, el monte de la dogmática ha temblado y los volcanes tranquilos han entrado en erupción.

Se dice de ese modo que todo acto humano (acción, conducta, comportamiento) debe ser típico, antijurídico y culpable para merecer eventualmente un castigo, porque si el acto no es acto, ya no hay mucho de qué hablar, y si no es típico, mejor nos detenemos acá, y si acaso está justificado (por lo que no resulta antijurídico), imposible avanzar, y si ese acto es típico y antijurídico pero carece de culpabilidad, no habrá margen alguno para la responsabilidad penal. Claro que esta es una explicación en demasía simplificada acerca de la teoría del delito; cada uno de estos

ascensos hacia el castigo supone modulaciones, e incluso podría ocurrir que frente a la perfecta escalada, llegadxs al último peldaño, la pena no fuese oportuna porque el Derecho ha decidido absolverla.[3]

Esto también equivale a reconocer que cada uno de los escalones tiene su opuesto, una suerte de "lado B": esa es, básicamente, la credencial que inhabilita el ascenso, una especie de permiso para "no subir"; quien lo tenga, se queda ahí, fuera de competencia, descalificade de la carrera hacia el delito. Esa es la distancia, la precisa distancia que, en la teoría del delito, marca la diferencia entre el homicidio y la matanza, la argucia y la estafa, la apropiación y el hurto, la lesión y la marca, el enojo y la amenaza, la violación y el disfrute, el cuchillo y el arma.

[3] Lo que en nuestro ordenamiento jurídico se conoce como excusas absolutorias que excluyen la punibilidad. En rigor, posicionamientos de quien crea la norma con sus pesadas gafas de ver el mundo, tanto así que aún existe esa curiosa norma que excluye la punibilidad allí cuando los daños y los agravios ocurren en el ámbito de la domesticidad. La ley transformada en norma y luego en derecho penal parece no querer interferir en los reductos privados donde se fortalece el patriarcado; de otro modo, cómo se explicaría la permisión del aborto solo cuando lo que se gesta es inviable –en términos del capital– o quien lo hace corre el riesgo de perecer y por tanto no reproducir más. Algo así como decir: "me inmiscuiré en tu íntima circulación cada vez que sea necesario para fortalecer la matriz de dominación".

Las cosas, los movimientos, cada gesto, cada palabra, están allí desde antes, estaban; lo que la teoría hace es traducirlas de otro modo, leerlas en clave delictiva, si eso es lo que corresponde.[4]

Cuando alguien, no importa quién, dispara por el solo ánimo de practicar tiro a lo que cree un objetivo sin vida (cualquier cosa) y descubre luego con estupor que se trataba de una persona, la muerte o la lesión auspiciadas por el disparo podrán resultar atípicas si el error no era evitable.[5] Quien accionó la bala será lanzadx del peldaño del tipo, expulsada sin más de la escalera del delito.

Y si lo que sucediera fuera otra cosa pero con el mismo desenlace lesivo o fatal, porque el ataque no ha sido producto de un equívoco sino de la única forma posible de repeler la agresión de quien ha resultado muerto o malheridx, podríamos estar frente a un acto jurídicamente justificado. El obrar será entonces

[4] ¡¿Qué es lo que corresponde?! ¿¡Qué es eso de "lo que corresponde"?!

[5] Qué es evitable y qué no lo es, ha sido y continúa siendo una discusión absolutamente concentrada en una idea de hombre tan reduccionista como la miope mirada que se acopla a la escritura penal. Creo que la confusión es tan humana como lo humano, se parece a un muy buen chiste fácil esto de asumir la existencia de errores evitables.

típico pero no antijurídico, y una vez más la escalera hacia el delito se habrá destruido.

O si la muerte llegase por otro camino, porque quien dispara debe optar entre matar o perecer, allí frente a un dilema que, si no por la catástrofe (su vida o la tuya),[6] le ha sido impuesto por la palabra y la acción humana (matalx o te mato),[7] aquella conducta típica y antijurídica resultaría eventualmente irreprochable por falta de culpabilidad; el último peldaño estaría incompleto dejando maltrecha la escalera que la teoría exige completar.

¿Puede verse, verdad? El ascenso no está exento de exigencias, anida allí una sucesión de mediaciones bien delimitadas y pulcramente ubicadas para que, como ya he dicho, la muerte no sea homicidio y la herida no implique lesión. En fin, para que *eso* no sea delito.

Por esos sitios, en esos recovecos del "lado B", se ubica la inimputabilidad. Regreso al ejemplo:

6 Conocido, dogmáticamente, como estado de necesidad exculpante, y amparado, en términos discursivos, por la sostenida proclama que dice: "El derecho no reclama héroes". Aunque sin dudas no ha prescindido de las heroínas.

7 Esta es la amenaza que se transforma en coacción y que, cuando sucede, bloquea la culpabilidad, porque se presume que quien así actúa ha carecido de la autonomía para optar.

Otra vez está ese alguien que dispara y ese que recibe. Solo que ahora el disparo no acontece por equívocos situacionales o normativos,[8] tampoco por la necesidad, y menos por la ofensiva. No han existido errores, agresiones, exigencias ni imposiciones; lo que ha operado allí, entre la bala lanzada y la herida ocasionada, es otro modo de leer el mundo, una manera de entender las cosas que, por su extraña tintura, resulta anotada sin remedio en la "despreciable" lista de la locura.

Lo expondré de manera brutal, porque, después de todo, no es este un texto con pretensiones moderadas, de modo que así, sin medias tintas, diré que la inimputabilidad es la interpretación jurídico-penal de la locura.[9] Operar el mecanismo de la muerte, de la agresión, de la lesión, o de cualquier ilícito, bajo las lógicas del malestar subjetivo –me pregunto si todo acto loco supone un singular fastidio– implica, para

8 En rigor, el error, jurídicopenalmente hablando, puede responder a un equívoco sobre la situación de hecho o a un desconocimiento del universo jurídico (como creer que lo prohibido está permitido). Si, como exige la miopía penal, estos son inevitables, en resumidas cuentas, no habrá delito, solo que en el primer caso será por rotura en el escalón del tipo, y en el segundo, por fisura del peldaño de la culpabilidad. ¡Tanto detalle para llegar al mismo destino!

9 Después de tantas vueltas me quedo con la "locura" como idea y como expresión. Y es que entre tantas asignaciones peligrosistas empleadas por el Derecho (alienado, enajenado, demente) y otras tantas compasivas (insano, padeciente, incluso enfermo), creo que, a fin de cuentas, aquella resulta más digna.

la sistemática traducción de la escalinata delictiva, que en ese marco no hay espacio para la responsabilidad, solo un lugar muy reducido, si acaso aplica, para habilitar el encierro manicomial.

Cuando la motivación que hizo del gesto el crimen es asumida como delirio, enfermedad, padecimiento o patológico destino, emergen ahí mismo –incluso en este tiempo en el que proliferan leyes y mandatos que invitan a admitir la diversidad humana y obligan a enterrar el hospicio–[10] un centenar de discursos opresivos, tan huecos y vacíos como la incómoda risa del bufón que después de tantos malabares tiembla

10 En nuestro país, y en algunos otros países del mundo, existe un conglomerado de leyes que plantean el cierre de los manicomios, la lectura de les sujetes en clave inclusiva, la noción de salud mental como un derecho, la erradicación de prácticas asilares y el robustecimiento de los lazos comunitarios como un modo de gestar cultura, uno en que quizá, solo quizá, pueda asumirse de una vez a la rareza humana como una característica connatural. Mientras eso se discute, se cuestiona y espera en el zaguán el permiso para pasar, los nichos del Derecho en que todavía se escribe con el trazo de la enajenación y se decide bajo el discurso del peligro y la confinación (como sucede con el ordenamiento penal argentino) son colocados una y otra vez en tensión, convidados a releerse y deconstruirse bajo la palabra de la *nueva* ley. He escrito en otros lados sobre estos temas; son esos lugares en los que aún respira el lenguaje del Derecho y la exigencia de la academia junto a la necesidad de poder zafarse, al menos por alguna grieta. Si te interesa explorarlos puedes ver *Medidas de seguridad curativas y Derechos Humanos en Argentina. De la biografía a la teoría* (Universidad Nacional de Córdoba, 2019) y *Salud mental y Justicia. Lecturas y aplicaciones posibles* (Lerner, 2019).

ante la demanda del rey, y dirá, siempre dirá, lo que este desea oír; no hay lugar para disentir.

El crimen loco es el crimen inimputable, el crimen in-culpable, el crimen que no es delito. Quien así actúa, a más de resultar arrojadx de la perfecta escalera por efecto de rompimiento y disolución, será colocadx sin permiso en el piso del navío loco. Igual que la carga infestada que, lanzada al mar, surca a la deriva sin rumbo de la tierra inmerecida; la carga de la *nave de los locos*.

Por eso no cualquiera es inimputable… No cualquiera (i)responsable.

Como sucede con la mano colocada sobre la mesa de disección. Allí está. ¿Qué es? ¿Una juntura de tejidos y piel muerta? ¿Una pieza para abrir, desentrañar y volver a suturar? ¿Un objeto? ¿Un órgano hediento? ¿Otro pedazo de cuerpo sumergido en formol? ¿Un recuerdo?

¿Qué hace de la mano una mano? Casi lo mismo que preguntarnos qué es lo que convierte a un cuerpo en cuerp*.

Asentir que no cualquiera es inimputable, que no a cualquiera le cabe la asignación de irresponsable,

supone mucho más que admitir estas aseveraciones como el envés indiscutible de una categoría jurídica (la imputabilidad, claro). Lo que anida ahí es un constructo sobre la libertad, sobre la ultrajante marca de la locura, sobre la insoportable posibilidad del desarme, del mismísimo desmarque, a pesar, muy a pesar del ultraje. Lo que respira monstruosamente en ese incómodo sitial es un camino al revés, un andar en invertida pose vertical, mostrando con esa sola mueca que la geografía está de cabezas.

La ilusión de la libertad

Una vez –y después de esa vez, las cosas ya no fueron iguales– leí un texto de Kafka sobre la libertad. No puedo afirmar que Kafka escribió ese texto pensando puntualmente en la libertad, y menos todavía afirmar que lo que ese sensible acto privado llamado lectura disparó en mi pensamiento haya constituido parte del plan pergeñado por Kafka. Pero no importa, después de todo cada palabra arrojada por fuera de los límites del cuerpo atraviesa una frontera peligrosa, y la empresa temeraria de desprendimiento conocida como "escritura" ha de saber que lo dicho ya no le pertenece; será reescrito cuantas veces sea repetido. A lo Deleuze: hay singularidad en la repetición.

Podría resumir su idea central, la del texto, la mía, en dos sentencias muy sencillas: la libertad es una ilusión, y la clave está en la salida.

En esa especie de pasquín, escrito en nota discursiva,[11] un simio relata sus tácticas para zafar del encierro.

Descubre que, cautivo como se encuentra en una jaula –"no una jaula con rejas a los cuatro costados [sino más bien] tres rejas clavadas en un cajón [en la que] el cuarto costado formaba parte del mismo cajón"–, no hay salida.

Advierte que ese reducto resulta "demasiado bajo para estar de pie (…) y demasiado estrecho para estar sentado", el espacio lo incomoda; acurrucado y con las rodillas dobladas, temblando sin cesar, cuenta que "aunque rascase hasta la sangre el pellejo de entre los dedos de los pies, aunque apretase el lomo contra los barrotes de la jaula hasta casi partirse en dos", no hay escape, no lo había. Rememora entonces, en retrospectiva, su técnica para zafar, porque de lo contrario "hubiera reventado".

11 Me refiero a *Informe para una academia*. No se precisan coordenadas para encontrarlo, vínculos, referencias o citaciones. El texto habla por su título; cualquier motor de búsqueda (no precisamente el mío, que se ha roto), resulta fiable para dar con él.

Asentir que no cualquiera es inimputable, que no a cualquiera le cabe la asignación de irresponsable, supone mucho más que admitir estas aseveraciones como el envés indiscutible de una categoría jurídica (la imputabilidad, claro). Lo que anida ahí es un constructo sobre la libertad, sobre la ultrajante marca de la locura, sobre la insoportable posibilidad del desarme, del mismísimo desmarque, a pesar, muy a pesar del ultraje.

Comienza a ensayar de ese modo su estrategia de escape: pasar de la condición simiesca a la humana. Ante un auditorio de científicos curiosos y estupefactos al apreciar su mutación, dará con la palabra en el clavo: "No buscaba la libertad sino una salida".

Y es que "con la libertad (…) uno se engaña demasiado entre los hombres", dice el mono, "ya que, si el sentimiento de libertad es uno de los más sublimes, así de sublimes son también los correspondientes engaños".

El simio sabe. Sabe más, mucho más que los expertos humanos; mira con la sospecha del animal astuto cualquier construcción científica, normativa, psicológica, social, cultural –qué más da– anclada en la premisa de la libertad. Conoce que eso es falaz, pero no por ciencia, no por técnicas de medición, sino por la experticia de quien experimentó; sí, ha entendido que la puerta del cajón-jaula no se abre con una llave sino con un pacto de conversión. Seguirá siendo mono, aunque aparente ser humano, porque está advertido, entiende que en el asimétrico juego de las relaciones del hombre, el poder es difuso y multi-direccionado, abierto y poroso; la libertad es ahí mismo, la engañifa para separar vidas legibles de vidas inaudibles, vidas marcadas de vidas desmarcadas. Aunque debo admitir –casi como una especie de adelanto– que es todo un arte el de la demarcación, y el mono lo dominó.

Así ha sucedido con la categoría de la imputabilidad. Ha circulado históricamente por la cornisa de la libertad.

Más allá o más acá de sus devenires teóricos, lo que se licuó históricamente en la base de ese fondo de jugos oscuros fue el debate ético acerca de la libertad. Pero no desde cualquier dimensión, sino, precisamente, desde la vertiente de la razón. ¿Es razonable el acto loco del criminal? ¿Es libre acaso? ¿No ha perdido la libertad quien actúa de modo irrazonable? Y todavía más: si toda persona es persona por su carga de razonabilidad y su porte de libertad, ¿es la locura delincuente la negación de la persona? Si no es libre la loca, ¿equivale esto a decir que tampoco es persona?

Estos interrogantes acogieron mares de discusiones teóricas: los librearbitristas fundaron sus teorías en la idea de que todo hombre (hombre, sí, los teóricos siempre hablan de hombres)[12] es consustancialmente libre y eso es lo que justifica la aplicación de un

12 Parece que la mayoría se equivoca desde Kant, el ilustrado pensador que hizo de la condición varonil un sinónimo de humanidad, eludiendo varias corporalidades, subjetividades y singularidades. Como permite leer Femenías junto a tantas otras feministas, la filosofía occidental ha narrado la bonita historia del hombre como parámetro de lo universal. Suelo sufrir el coletazo de un síndrome vertiginoso cada vez que oigo que al hablar de hombre nos nombramos todes.

¿Es razonable el acto loco del criminal? ¿Es libre acaso? ¿No ha perdido la libertad quien actúa de modo irrazonable? Y todavía más: si toda persona es persona por su carga de razonabilidad y su porte de libertad, ¿es la locura delincuente la negación de la persona? Si no es libre la loca, ¿equivale esto a decir que tampoco es persona?

castigo cuando ha dañado injustamente a otr*s. Lxs deterministas, por el contrario, sostuvieron la idea del hombre como un ser esencialmente determinade, que en lugar de ser castigad* debía ser rehabilitado y, en el peor de los casos, eliminade.

De uno u otro modo, ambos coincidieron en la carencia de libertad del locx. Insano para los primeros, anormal para los segundos, y aunque el auge alcanzado por el determinismo defensista fue gradualmente superado, el ideario de la locura delincuente como una expresión de la carencia de libertad mantuvo ese sitial que se le había concedido desde los primeros tiempos de la cultura occidental.[13] Nosotres, occidentalizadxs como venimos desde la raíz, deliberadas víctimas de ceguera crónica respecto a nuestra ancestralidad, repetimos esos pliegues hasta el infinito.

Dice Roxin, teórico alemán, profesor de Derecho penal, venerado por los fieles que tejen rosarios en

13 Quizá sea esta una explicación demasiado simplificada del asunto, no sé si para un texto como este, producto de una bonita avería, se necesite saber más. Si acaso te interesa puedo convidarte una ruta hacia otro texto en el que alguna vez me pregunté sobre el tema: "Inimputabilidad y Anti-subjetividad. Posibles desencuentros entre derecho penal y salud mental en el marco del ordenamiento jurídico argentino", publicado en *Argumentos. Estudios transdisciplinarios sobre cultura y administración de justicia*. Probablemente ese viaje, el mío, te presente algunos rumbos más. ¡Suerte con eso!

el templo de la dogmática penal, artífice de muchos textos y autor de varias consultas en no pocos lugares en donde se enseña el Derecho. Dice Roxin, ineludible personaje de ese universo construido en clave sectaria, al que quieren ingresar de manera desesperada quienes aún no portan el "carné franquea entradas". Dice Roxin, un señor académico que en este punto resulta citable, al menos para mostrar esa parte del motor que se empasta y ya no sirve, no como estaba. Dice Roxin, que frente a la producción de un crimen: "el sujeto actúa culpablemente", cuando al ejecutarlo todavía podía ser alcanzado por "la llamada de atención de la norma en la situación concreta y poseía una capacidad suficiente de autocontrol, de modo que le era psíquicamente asequible una alternativa de conducta conforme a derecho".[14]

Ufff. ¡Cuánta palabra! ¡Cuánta predicación! No me cuesta ver ahora por qué se murió mi estilo. *Anyway*… Continúo.

Advertencia a una llamada de atención (¿un aullido?).

Autocontrol, capacidad de dominación.

14 Hallarás estas palabras, con mejor técnica jurídica y mayor grandilocuencia, en la página 791 de su libro *Derecho Penal. Parte general. Tomo I*. Estos datos son suficientes para encontrarlo, si acaso necesitas efectuar esos movimientos que impone la corroboración.

Alternativa psíquica de actuar de otro modo. Actuar de otro modo... Hay modos de actuar y se actúa en modos.

Comportarse como quiere el Derecho. ¡Zas! Ese es el modo.

Es decir: inimputabilidad igual a falta de capacidad de culpabilidad por no contar con la preciada cualidad de auto-dominación para moverse acorde a los mandatos del mundo; un mundo derecho que se hizo a derecho. Parece ser eso lo que están figurando las palabras del profesor.

Lo que la pulcra definición arrima cincela una trama en la que la matriz de circulación de los cuerpos culpables es, al mismo tiempo, la de los espíritus racionales, y esas son, a fin de cuentas, las vidas legibles, las personas que son personas porque antes son responsables, las almas que son libres porque primero resultan razonables.

Pero si la libertad es una ilusión. Si como nos hizo saber el mono, no es más que una sujeción fingida a la estabilidad de una tierra que nunca ha sido plana ni inmóvil, sino circular e inquieta. Si el control no es auto sino hetero. Si la razón no es otra cosa que un

pacto, una estrategia de supervivencia, un invento, una estafa maestra.

Si es así, o al menos podría serlo, ¿es verdaderamente la inimputabilidad el reducto de los *outsider* pujando por pescar alguna pizca de inclusión? ¿No pía acaso en ese nido un punto de quiebre, un orificio de luz? ¿No existe en la rocosa pared de esa cueva, la de la razón y la responsabilidad mediera, un hueco arenoso y rugoso, listo para perforar sin pena las estructuras que oprimen, ahogan y aprietan?

¿Y si la inimputabilidad, esa que se anuda a la locura, fuera la pista para mostrar lo que no funciona? ¿Y si, al igual que el feminismo, fuera una forma de espetar sin tapujos que las baldosas que pisamos están cada vez más flojas? ¿Y si en lugar del *bios* lo que importa es la *zoe*?

La política sobre la vida

Cuando esbocé este texto por primera vez, antes de perder el rumbo, tenía algunas ideas sobre la idea de biopolítica; sí, una idea sobre la idea. ¿¡Esto supone admitir que existen cosas más intangibles, inasibles e inaccesibles que las ideas!? Probablemente.

Es decir: inimputabilidad igual a falta de capacidad de culpabilidad por no contar con la preciada cualidad de auto-dominación para moverse acorde a los mandatos del mundo; un mundo derecho que se hizo a derecho.

Con el vehículo averiado pero sin que mi cojera visual me permitiese palparlo, escribí algunas cosas al respecto y me enredé en una maraña de conceptos; luego las reescribí (porque advertí el desperfecto del motor), las escribí otra vez y las volví a reescribir (quizá por el mismo efecto de destrucción).

Ahora, observado el montaje de la escena desde una distancia temporal bien corta pero que por su peso parece remota, me encuentro con los pedazos que hubieran faltado; incluso sin desoír el candor de la marcha rota. Hubieran faltado de no irrumpir en el mundo una peste, hubieran faltado de no disponerse acciones políticas en su nombre, hubieran faltado de no congelarse la edición de este texto porque los libros inéditos se quedaron quietos y los éditos, sobre todo los más viejos, se volvieron refugios calmos del insoportable silencio. Hubieran faltado de no sufrir un terrible mareo, temblar al ritmo del vértigo y descubrir que al final, a lo escrito le faltaba la cojera de quien abandona el bastón sin miedo.

Por eso tengo que dar cuenta, pistas al menos, de algo de lo dicho antes de la gran interrupción; después de eso, después diré lo del momento.

Allí estaba; había plasmado algunas cosas sobre la biopolítica echando mano de palabras bonitas,

profundas, bien sentidas. Un poco de Espósito, algo de Giorgis, detalles de Chul Han, pizcas de López Petit, y por supuesto, un buen maridaje con Foucault. En cierta medida, todos esos escritos estaban enlazados con la noción de biopolítica trazada por Foucault para referirse al dispositivo de la sexualidad. Curioso lo del pensador: reparó en el sexo y su sexualidad y nada dijo de las brujas y su embestida feminista... O al menos no como debería.[15]

Como sea, ahí estaban esas narrativas filosóficas que, en conjunto, portaban algunas notas de poesía.

Me gustó, y aún me gusta, lo apuntado por Giorgis en uno de sus textos. En el libro, un manifiesto sobre animalidades y formas comunes, se refería al biopoder como ese mecanismo listo para separar las vidas que una sociedad elige para "hacer vivir" y aquellas que "en cambio, se abandonan de maneras más o menos evidentes"; lo que "cuenta como 'vida', esto es, como vida viable, vivible".[16]

15 Sería demasiado, y por demasiado decido no hacerlo. De modo que no voy a mencionar los textos de Foucault donde se pueden hallar rastros de lo que he dicho. No es difícil; si con ir a cualquier libro, cualquier entrevista, cualquier clase o discusión, se "hará la luz".

16 *Formas comunes. Animalidades, cultura y biopolítica,* ese es el título del libro. El nombre de un bonito encuentro entre diversas producciones artísticas que ponen a rodar eso que sucede con el poder de hacer vivir (biopolítica) y de hacer morir (tanatopolítica).

También lo había leído con claridad en un libro de Espósito.[17] Quedaron orbitando en alguna parte de mi máquina estropeada aquellas palabras armadas en una oración sin medias tintas: la biopolítica es el "modo en que la vida es aferrada, desafiada, penetrada por la política".

Un efecto, pensé –o de seguro debí pensar–; la vida puede ser, es, un efecto político, un gesto de lectura que se abre o se clausura, una espacialidad de tensiones mudas o el lugar preciso para instalar una explosión ruidosa. La vida y la muerte pueden escribirse con la tinta de un poder concentrado y tirano o con el trazo delgado y astuto del poder desperdigado.

Me gustaron aquellas coincidencias literarias (la de Giorgis y Espósito; Foucault *vigilaba* todo el tiempo), porque entendí que sobre lo que discurrían era, sin dudas, el estatuto de la persona. Ni biológico ni orgánico, sino mejor una hoja, un papel liso y llano,

La rúbrica de un genial entrecruzamiento en el que el animal y la pregunta por su estatuto cobra un sentido gravitacional (¿qué es?). Un disparo al corazón del pensamiento que ha sido tomado por la lógica neoliberal, ahí, justo donde late eso que no se discute: las políticas sobre la legibilidad del cuerpo y la invisibilidad de la carne; las modulaciones que hacen de la vida "vida" y de la muerte un registro irrelevante.

17 En rigor, *Bios, Biopolítica y Filosofía*. Leí la versión de 2008 editada por Amorrortu.

poblado de letras, imágenes, enredos. Un cuento, un relato, un poema, una ficción, una crónica, una superficie de puntos filosos para leer con la yema de los dedos, o una versión de oídas, que se cuenta con la voz, la mueca o las señas del silencio. La persona es un texto, como el cuerpo.

Ese fue un (im)pulso; uno de tantos otros.

Asumí entonces –también al tono de Foucault– que aun cuando la biopolítica –esa modulación del poder sobre la vida para hacerla, deshacerla y decirla– no podía ser ni buena ni mala, ni santa ni villana, resultaba sin embargo un buen guiño de pestaña neoliberal. Pestañas arqueadas y pobladas, las pestañas perfectamente maquilladas del párpado del capital. Una parte de la costra dura e inamovible que reivindica la autogestión individual; solo relaciones partidas, precariamente ligadas por lazos tan inasibles como virtuales, pueden continuar funcionando como personas, como vidas leíbles y ¿vivibles?

Aquellas veces, o esa vez, había rumbeado por un texto de López Petit escrito bajo el sopor del insomnio: *Hijos de la noche*, un relato narrado en primera persona atravesado por la imposibilidad del descanso, que no es igual a no soñar. No dormir, no conseguirlo, como síntoma de una trama social opresiva y asfixiante

instalada en nuestres cuerpxs al extremo del borramiento de la singularidad. Eso, o algo parecido a eso, decía López... o Petit.

Me pareció que estaba versionando mucho más que una experiencia vital, estaba diciendo todavía más cosas que lo que la mueca política de una escritura anticapitalista se proponía. Estaba contando, asumí, que la insoportable cadencia de la vida inscripta en los acordes de la semejanza y la indiferencia era la melodía expulsiva de lo distinto –tomando la expresión de Chul Han–,[18] el compás de las notas que caen o se toman del pentagrama. Me pregunté si acaso las disonancias, esos sonidos sentenciados como ruidos, marginados por su amorfismo de los cinco renglones de la musicalidad, no eran la verdadera música, la que se nos impone ignorar.

Al final, me dije esa vez, estxs pensadores que escriben o estxs escritorxs que piensan, revelan en esas operaciones creativas la materialización y disolución de les cuerpes sobre lxs que se hilvanan las oraciones del cuento de la vida. Hay un poder que dice muerte y que también sabe decir vida, dice persona y despersonaliza, hay quienes quedan de uno u otro lado, y hay quienes no quedan en ninguno de los lados; hay,

[18] En palabras de su ensayo: *La expulsión de lo distinto*.

finalmente, quienes lo saben, los que hacen algo con ese lugar que no es uno ni otro.

Mascullé en mi cabeza de piezas truncas si estxs, les últimos, no eran acaso lxs aprendices de *Momo*,[19] preparados para detener a los hombres grises hurtadores del tiempo. Lo distinto, o marginal, lo que no es *bios* y quizá tampoco *zoe*, lo que se desclasifica sin haberlo elegido, pero sabe apropiarse de eso, les que datan el efecto y al mismo tiempo ensayan la huida, quienes dan cuenta de la partida sin tácticas rimbombantes, lxs que sencillamente lo hacen.

Asumí que si había una política sobre la vida que también era en su envés una política sobre la muerte, y si estos usos del poder establecían coordenadas útiles para dejar a ciertas circulaciones fuera del "mapa personal", tal vez el cruce entre feminismo(s) e inimputabilidad podía ser mucho más que un encuentro casual. Quizá en la convergencia, en esos códigos de convivencia, respiraba la punta de un feminismo insujetable, y de una inimputabilidad feminista. No como teoría política ni como categoría jurídica, sino

19 Momo es *Momo*, la protagonista que pone título a la novela de Michel Ende. No le haría justicia a la preciosa historia si cometiera el arrojo de comentar siquiera uno de sus puntos; para eso están la curiosidad y la lectura, no voy a sacrificarlas por la exigencia de un pie con notas.

como apuesta de sentido: sensible, micro, distinta. Un tremendo estallido sin remordimientos del juego de las medidas.[20]

Listo, lo he dicho. Esto pensaba más o menos antes de la gran interrupción.

Luego llegó la peste, y con ella una continuidad de distancias y alejamientos. También tronó el miedo.

Butler contó una y mil veces cosas muy similares a las que había leído sobre el poder de hacer vivir y dejar morir. No es que las desconociera para la época del primer rumbo, incluso creo que ese encadenamiento de autores, en gran medida, encarnaba ecos butlerianos. Solo que esta vez la leí distinto, tal vez la entendí... o me entendí.

Lo que había plasmado como efecto de mi estilo roto aún duelaba, se autoproclamaba averiado pero buscaba con cierto ahínco algún instrumento de reparación. Había expuesto todas esas cosas sobre la biopolítica, el poder de su tintura de cara a la inimputabilidad, la

[20] Mediciones, métricas, mensuras e intermediaciones, sustantivos parecidos para calificar la misma operación de subjetivación. Si no hay metro que date el largo o refiera el ancho, no hay cuerpe. Bajo esa miopía severa perdemos de vista que el problema no está en el objeto de medición sino en la mismísima operación.

avanzada feminista como apuesta para renombrar, y lo había hecho dando crédito al desarme del vehículo, pero, en el fondo, continuaba penando con el trazo sobre las piezas dañadas de un transporte sin motor.

Sentir la peste en el aire sin lograr respirar, transitar la piel enferma sin llegarme a contagiar, llorar las muertes imaginadas y negar las escuchadas, hervir por el lado de la lava interna, la que convulsiona el alma, porque no se soporta el *sintacto*, no el beso de codos, no la cara sin boca, no la puerta cerrada y la ventana de persianas bajas, no la calle vacía, no la sirena de la policía. Caer, levantarse, caerme otra vez, levantarme una vez más, caer un rato más largo, otro, otro, otro más; erguirme al final, pero no, saber que no hay final, porque al segundo, volver a caer y volverse al levantar.

La renguera ocasionada por la Peste Encuarentena me arrojó al hostil terreno de la incomodidad. Me vi más desorientada que antaño, con más dudas y dolores, renegué por casi un año, sentí furia, rabia, mucha bronca. Un día se instaló nuevamente el vértigo, el suelo firme comenzó a girar. Redescubrí entonces que mi estilo roto, el que me había puesto a escribir, era la punta de un síntoma más sabio que lo calculado, un efecto del feminismo y un alarido para obligarme a soltar. Aquella vez me había mareado; esta lo sentí más.

Hay un poder que dice muerte y
que también sabe decir vida, dice
persona y despersonaliza, hay
quienes quedan de uno u otro
lado, y hay quienes no quedan
en ninguno de los lados; hay,
finalmente, quienes lo saben,
los que hacen algo con ese
lugar que no es uno ni otro.

Las estéticas utilizadas por años para hilvanar ideas pulcras se habían alejado abriendo paso a un descubrimiento loco; en esto tallaba el feminismo con su diversidad arrasadora los relatos de la locura y la posibilidad de inaugurar un encuentro patrimonio de una máquina desertora, pero también, lo supe después, ahora, estaba el quiebre del bastón, la demolición de la pirca firme, el planisferio de contornos borrosos. Estaba, está, el convite a soltar lo dado para abrir la jaula y liberar al pájaro.

El tembladeral experimentado cuando me quedé muda, sin palabras, ese día que advertí que los métodos usuales ya no cabían en mi traje, fue similar al experimentado casi un año después, al ritmo de la gran interrupción. Fue similar, no semejante, porque esta vez temblaba sin parar.

Comprendí que el asunto pasaba por la búsqueda de una soga en el lugar errado, afuera, en el bosque y no en el patio.

Hallé que apostar al estilo roto para decir feminismo inimputable era un modo de abandonar las seguridades otras, de igual manera que reescribir este texto después de aprender a circular, barandas adentro, por esta nueva parte de la historia.

Me decido a contarlo antes de poner a rodar las voces monstruosas, porque mis recorridos no serían iguales sin este tramo de la ruta, no podría reversionar el mapa y no podría tomarme de la biopolítica como herramienta reflexiva de reescritura, si ignorase que las modulaciones sobre la vida nunca fueron para mí tan claras como al ritmo de ese tiempo sin tiempo, en el que la angustia por la proximidad de la muerte se fusionó con la del confinamiento.

Y entonces ¿qué cambia?

Nada cambia, se transforma. Cambiar y transformarse son cosas de diferente orden.

Ahora que sanar o morir, contagiar o matar, caminar o parar, obedecer o infringir, claudicar o resistir, resultan términos tan cercanos y tangibles. Ahora que la espesura cruel de la vida que importa se muestra sin dobleces, sin remiendos, sin costuras toscas. Ahora que el privilegio se mide sin el auxilio de ningún instrumento, porque es evidente, inevitablemente visible, urticante, intolerable, terriblemente insoslayable.

Ahora.

Ahora toma un poder incuestionable la potencia evasiva de lo inclasificable. La maravillosa gimnasia de

les artífices del desmarque. La fuerza arrasadora del feminismo del gesto, la mueca, lo pequeño, eso que hace del detalle "el detalle". Son narrativas sin subtextos ni paratextos, son entrecruzamientos silábicos intraducibles; son, como he dicho, las terminales de una unión que llamo feminismo inimputable.

Con el ruido a cuestas de un motor fundido y el aturdimiento de un tiempo de velocidades múltiples, allí donde se late el presente y el futuro revela la estupidez del plan. Con todo eso, encuentro que las huidas, los desbordes, las fugas insospechadas, las evasiones bichas, los refugios que no son del mundo, la astuta habilidad de hacerse invisible para encontrar la salida, la locura que no se deja categorizar y el feminismo que no pretende teorizar son, más que nunca, suspiros de alivio tirados al viento.

Escuchemos entonces al viento.

He aquí el extraño convite. Te espero al final del viaje, junto a los restos de la máquina que ya no sirve para circular... No como antes.

Antes

Con M de Monstrua. No con n de normal

¿Qué es un monstruo? Reivindico mi derecho a ser un monstruo, proclama Susy Shock.

Monstrua. Ahí donde respira lo insondable, eso que se escabulle entre los dedos de la mano inerme. El lugar preciso donde revienta la precisión.

> Reivindico mi derecho a ser un monstruo/ que otros sean lo Normal/ El Vaticano normal/ El Credo en dios y la virgísima Normal/ y los pastores y los rebaños de lo Normal/ el Honorable Congreso de las leyes de lo Normal/ el viejo Larousse de lo Normal.[21]

[21] Eso dice en "Monstruo mío" Susy. Eso dice y funciona como un shock.

La cuerpa peluda y rara, la mirada que atraviesa las escamas del alma, les que oyen donde el silencio habla, la revuelta de la calle cuando habita la nada, la piel activa y sintiente, la gimnasia muscular de quien sabe encogerse y volverse a estirar, para encontrar el refugio y hacer de la intemperie una oportunidad.

Hay arte escapista en la monstruosidad.

No; no es con n de normal, es con M de Monstruosidad.

Las voces monstruosas son las que se cruzan en los relatos de Iris, Marina, Ricardo y el señor X; todas son historias escritas y publicadas, de uno u otro modo, en clave personal. La última era inédita; hasta ahora.

No me detendré al recorrerlas en sus minucias, menos en una lectura analítica, jurídica, psicoanalítica, estilística o propagandística; para todas estas cosas, o para algunas, si es que resultan de interés, están los libros en donde han sido contadas; incluso para la última, que no tiene libro, existe una pila bien alta de tomos llamados expediente judicial, donde algo de aquello se puede encontrar. Lo que sí quiero, y por eso haré, es pararme en la cornisa que dibuja la zona del desmarque, en los desvíos y desvaríos empleados por esas vidas como tácticas de fuga, en el reverso político de esos devenires. Lo que busco hallar es

el lado obturado de la inimputabilidad, su costado rebelde y disruptivo, su versión feminista, la que ha sido escrita con M; jamás, nunca, con n.[1]

Hay un piso común en estas historias. Sus protagonistas mataron, fueron centro de un montaje judicial, resultaron declarad*s inimputables, y de un modo u otro encerradxs en el manicomio para lograr evitarles.

Los textos que narran sus vivencias responden a claves diversas. A veces psicoanalítica, como ocurre con Iris, datada en *Extraviada* por Raquel Capurro y Diego Nin, o con Marina, puesta a decir en el vestido de la mujercita gris; lugar en donde se descose el traje y en el que con Rosa López y quien escribe acompañamos su palabra añadiendo cosas del tiempo y cosas del Derecho. Otras, late la fuerza de la inquietud, una avanzada casi periodística, la crónica del encuentro que se parece a pesquisa, como sucede con Ricardo escrito por Carlos Busqued en *Magnetizado*, y en alguna medida con X, el señor con el que me encontré una vez por más de un año para poner en el papel una historia que me pescó por el lado menos pensado. Son relatos en primera persona, porque, después de todo, que es sino el latido fuerte de una vida que se

[1] Y para quien precise alguna definición de eso que haré con estas historias, podría asumir que se trata, en algún punto y alguna medida, de reseñas bien agitadas.

dice una escritura en primera persona. Son lecturas de esta tierra, del lado donde las fronteras se agotan. Son "decires" donde la tragedia no tiene espacio y la heroicidad es puro fracaso. Son narrativas con voz propia, donde la cosa funciona por el lado de la monstrua.

IRIS LA CABEZUDA

Iris es pálida, tiene rostro de pánico. También es delgada y lleva un guardapolvo que combina con su cara de miedo blanco. Iris usa el cabello atado, recogido y bien estirado. Iris tiene veintidós años.

Vive en una casa opaca, detrás de una tapia elegante; un telón que cubre ese lugar donde "se cuecen habas".

Estudia en un colegio, se destaca. Será maestra.

Camina una época aciaga, aunque no por única vez. Respira un mundo hostil y pérfido muros adentro, pero afuera, si acaso existe una diferencia entre adentro y afuera, la narrativa no es mucho mejor.

Corre el año treinta y cinco después del mil novecientos. El espacio-tiempo se detiene en Montevideo y

concentra su atención en un tiro fatal; Iris liquida a su padre de un disparo, sin titubear.

Muere el patriarca de la estirpe Cabezudo; uno de tantos. Iris toma el arma que acciona la bala, que recorre la distancia que separa, que une los puntos del vector entre la empuñadura y el final del tiro, que sale de un cuerpo hecho cyborg por la gracia de un objeto y cae en otro convertido en un montón de órganos muertos.

Cuentan que el desenlace resultaba inevitable. Dicen, o ponen a decir, que respirar al ritmo del tirano era casi parecido a morir de a poco; una brutalidad. Señalan, o deslizan con astucia sutil, que la joven asumió el lugar de la heroína, salvó a la prole, madre incluida, y ajustició al maltratador.

Eso y otras tantas cosas, algunas escritas y otras auto-estipuladas por ese mágico poder de la lectura, hallé en *Extraviada*,[2] la recopilación del caso efectuada por Raquel Capurro y Diego Nin.

La historia, contada de a partes entre los manuscritos dejados por Iris, la tinta de la prensa local, los registros

[2] *Extraviada. Del parricidio al delirio* puede encontrarse online en el repositorio de la EDELP: *École Lacanienne de Psychanalyse*, para decirlo en puntiagudo francés.

del expediente judicial, dictámenes y más dictámenes, la evaluación del caso como ejemplar de Charcot y las interpretaciones efectuadas por quienes colocaron sobre la mesa la información, permite pensar que el personaje central (tan inventado como real) era la cabezuda del teatro familiar.

Hay una descripción arrimada por tramos, construida sobre la base de un imaginario tangible, hilvanada en los relatos de testigos, testigos de oídas o de compañía. Hay un decir en el texto, en la primera parte de su engranaje, que cincela la figura de la protagonista. Alumna brillante, promisoria docente, guardiana del jardín, hermana leal, hija protectora, sombra tutelar de una madre *leída* en el borde,[1] mujer-niña de placeres

[1] Algo me ocurrió con este texto cuando lo leí una y otra vez. Creo que ese *ocurrir* ha sido patrimonio de una marcha de motor roto alimentada por el feminismo de a pie. El modo de leer a su madre por parte de Iris, tema central de esa especie de diagnóstico desfasado que Capurro y Nin parecen ensayar, respira en la costura del libro como el efecto histérico de una manipulación matriarcal. La gestualidad de la esposa maltratada –recogida en las palabras de Iris– toma rumbo por la interpretación de la instrumentalización, obliterándose con esto que las violencias intestinas a las que históricamente las mujeres han sido expuestas no se remiendan de un plumazo, con el solo "juicio justo" de un crimen que no se puede reprochar. Hay en la hechura de *Extraviada* una acentuada marcación de los usos dominatrices de la madre-esposa, y aun cuando esto pueda responder a lo que Iris es puesta y se pone a decir, las reivindicaciones del patriarca quedan cubiertas por el ojo miope de un psicoanálisis que oblitera los escenarios intra-culturales. De todos modos, aunque forzada, la neutralidad del texto llega por el

anulados, superficie de un espejo en el que un fantasma se refleja todo el tiempo, correcta anfitriona de las carencias humanas, mártir de la crueldad y heroína de la tragedia a la que pone punto final. Habita en el relato que dará cuerpo al interrogante por la muerte y a la respuesta a favor del aplauso, un modo social de hacer de una mujer un cuerpo lanzado a la dictadura del cuidado. Mientras eso supure, mientras la herida siga drenando el pus que exige el patriarcado, Iris será interpretada como rescatista ingenua y adorable de un entorno deplorable.

Por eso, al sondear por los laberintos del escenario judicial, "la causa", el texto recupera las palabras volcadas sobre el papel, si no por Iris, por quienes arriman sus declaraciones a la investigación; si no por estxs, por quienes son convocades a tomar el asunto por la punta de su experticia, por quienes son llamades a opinar desde un saber.

Allí está el embrollo, un tremendo caso policial. El discurso sobre la locura y sus meandros se desinfla sin perder presencia al ritmo de un golpeteo persistente y suave; un *tictaqueo* constante que marca, en cada tic y en cada tac, los motivos para enloquecer sin resultar

lado de un convite que permite amasar otras cosas. Será por eso que en este rumbo errante no he prescindido de él.

arrojada detrás del borde de la marginalidad. ¿En el margen? Quizá... pero no más.

Y es que el martillo sobre la locura y la inimputabilidad, asestado sobre la mesa del fallo judicial, dice después del proceso que al crimen cometido no le cabía responsabilidad, que el acto no podía ser condenado, y que tampoco procedía el manicomio;[2] se escuchó aconsejar por ahí: "ahora usted vaya y olvídese de todo".

¿Pero es posible olvidar? ¿Qué pide, precisamente, quien invoca el camino del olvido? Cuando la premisa es continuar, seguir y olvidar, ¿no hay acaso en ese convite un insulto desfachatado hacia quien ha intentado fugar?[3]

[2] Como sucede desde hace tantísimo tiempo en nuestro país –y en gran cantidad, si no en todos, los sistemas penales legislados del mundo–, en Uruguay, donde Iris mató y vivió, ahí donde se desmarcó, también la inimputabilidad equivale a irresponsabilidad, y el encierro manicomial se modula como respuesta jurídica a la locura criminal. Claro que existen otras normas, como ya lo he dicho, suficientemente potentes para eludir ese maldito destino, pero las normas no son mucho menos que artilugios del poder; el asunto no está entonces en la ley sino en saber cómo articular su quehacer.

[3] Como he dicho (creo), este texto fue conversado con muches, muches otrxs y muchas yo, por eso es también el reflejo de una conversación. Una vez, conversando, alguien me dijo algo sobre la marca del olvido en *Extraviada*. ¿Qué es lo que su personaje pasa a tener que soportar frente a las lecturas de sus actos y su vida? Si sus actos intentan situar, ubicar, localizar, "aislar" algo del orden de lo insoportable, ¿qué reordenamientos introducen las lecturas que se hacen de estos y qué debe hacer ella con eso? No es posible

Veintidós años después, la misma cifra de vida acumulada cuando asesinó al padre, Iris reescribe la historia. Camina hacia atrás y reversiona.

El libro parece datar el insoportable descubrimiento efectuado por la heroína. Iris advierte el montaje, el chantaje de la madre, el modo en que ha urdido el plan de instrumentalización para liquidar al marido molesto. Mediante artilugios discursivos y una buena actuación del drama familiar, lo que viene a plantear el texto es el terrible develamiento, eso que le hace a Iris pensar si acaso su acto fue un acto de justicia o una tonta empresa de sometimiento y sumisión.

Entonces, dice la historia narrada de a dos, allí es donde irrumpe la locura, la que quedó latente veintidós años atrás.

Iris confronta al grupo familiar, lidia con un sistema educativo que la pone a enseñar como no quiere, pierde su empleo como docente, riñe con la soltería y con los mandatos de reproducción, es internada, expulsada de la casa y del jardín; ahora que ya no

olvidar. Recuerdo haber respondido enfáticamente "claro", y pensar seguidamente que si olvidar y clasificars(se) eran las posturas exigidas por el discurso institucional, debía resultar muy ridículo ese mandato para quien precisamente reivindicaba su historia y el rechazo de cualquier tipo de clasificación. Aún lo pienso.

se tejen narrativas sobre la heroicidad, ahora que su lectura no es ubicua, la encierran en un hospital.

Irá de la calle al internado, del internado a la calle, zurciendo las pistas de una conspiración universal. Se dirá que alucina, que ha perdido la razón, que quedó cautiva en los rastros de una vida clandestina, porque no es legítima una vida que no es socialmente consentida. Morirá en la calle cubierta por diarios, o en el hospital tapada por sábanas, y se expondrá así, con la torpeza de quien lee locura como un modo de claudicar, que el irremediable y trágico desarme vino por el lado de la inimputabilidad.

Fin del texto, no sé si de la historia.

Me pregunté cuando escribí este tramo por primera vez –y otras más, cuando lo reescribí– si acaso podía admitirse el devenir de Iris, la cabezuda, como la ineludible desdicha de lxs que han perdido la razón. ¿Murió Iris entristecida por la soledad de la locura? ¿Quién podría asumirlo, siquiera inferirlo, solo por contar con un par de notas anacrónicas? ¿Operó esa inimputabilidad, así, sin más, como un dispositivo de des-subjetivación? ¿O es otra cosa lo que la escritura ignota permite leer? Sí, no lo que se transcribe, no lo que se interpreta, no lo que se ve en la gráfica del

papel, sino aquello que está detrás, bajo la máscara, o adherido con la respiración en el envés del telón.

¿No fue el de Iris un verdadero acto político de sagaz evasión? ¿Y si fuera eso lo que hizo con aquella inimputabilidad? ¿Si fuera eso la primera y la segunda vez? Porque, aun sin un plan, sus movimientos gesticularon una operación de desmonte, de claro y efectivo desmonte.

Ahora, en esta nueva etapa de remiendos, sin desoír la rotura del motor y el tronar del tembladeral, vuelvo a esos interrogantes y me corro de la intencionalidad escriturística plasmada por Capurro y Nin, para explorar los trazos de una inimputabilidad con la que se amasó otra cosa. Lo que puede una cabezuda.

Los decires en torno a un acto parricida, unidos con el hilván de la despersonalización, reventaron por todos sus ángulos. Allí, en el pasquín de la historia, pueden leerse las letras de los que de uno u otro modo sentenciaron:

"...ya no se pertenecía, ya no era ella misma, porque estaba mentalmente convertida en otra".

"... no lo mató; fue tomada como instrumento de las fuerzas que [el padre] había puesto en movimiento".

"Definitivamente juzgando, fallo (...) Inimputable".

Puede leerse también el repliegue de aquella versión, lo que pasa cuando lo que se hace con lo que se hizo no encaja: sus modos de practicar la docencia, su manera de armar la intimidad, los ademanes en torno a su sexualidad, sus reclamos frente a un sistema que encorseta.[4] ¿Quién podría entender los movimientos de la des-corsetada? Ahí donde la clasificación no alcanza, se pulveriza, se transforma en nada. ¿Quién soporta el peso de lo que no se enmarca?

Es en el envés de lo que emerge como potencia dinamitadora, a la vuelta de esta historia, es en ese sitio inverso en el que me detengo para pescar a la inimputabilidad como quehacer feminista; ahí donde las singularidades se alejan de las maniobras captoras y se burlan como lo hizo Iris, cabezona cabezuda.

La proclama de la deshumanización como forma de agenciar lo ejecutado se encuentra despreciada y abatida cuando la mueca sensible del escape pone en cuestión el estándar de lo humano.

[4] Sus reclamos y su propuesta: "tomar el toro por las astas", dirá, para fundar una nueva escuela. No cualquiera, no cualquiera.

¿Qué es humano? ¿Qué no? Y persona, ¿qué es? ¿De qué sirve la distinción? Otra vez, si acaso existe un adentro y un afuera, ¿quiénes se ubican en cada lugar? ¿Y l*s que rehúyen? ¿Las que ni una cosa ni la otra? ¿Qué son, hacia dónde van? ¿Por qué ser? ¿Por qué no mejor estar? Estar y socavar.

Lo que en el texto parece forzar la versión hacia el costado del malestar y lo antisocial, es colocado en entredicho cuando resulta tensado por esa circulación anárquica e impensada que el personaje (persona) traza todo el tiempo con absoluta legibilidad.

No hay aquí una empresa clandestina por parte de quien querella la perversión tosca del sistema ordenador; hay, mejor, una alarma sensible frente a los tirantes rígidos del edificio de la clasificación.

Religión, familia, escuela, trabajo, esas formas tan precisas y cotidianas de ser mundo en el mundo, son fisuradas al extremo. La incomodidad expuesta por Iris es el incordio de las que pujan por una geografía distinta. ¿No será que a ella también se le ha roto el motor?

Entonces, el asunto no pasa por el malestar latente a partir de la sentencia de desubjetivación, sino por lo que con esa sentencia se hace. Allí donde la marca

judicial dice inimputable, hay una modulación de desmarque, la reivindicación de una avería como salvoconducto hacia la salida.

¿Por qué leer el juicio de inimputabilidad como un empuje hacia la despersonalización? ¿Por qué no mejor tomar la experiencia que en la historia tiene cuerpa y tiene voz como un arrasamiento de la tonta idea de persona, una burla a carcajadas frente a las narices de la norma chicata? ¿Por qué detenerse en el efecto sobre la singularidad en lugar de reparar en el efecto sobre el sistema? Eso, eso que la última pregunta invita a ejercer, solo sucede cuando se camina en posición invertida, cuando la cosa se puede mirar al revés. Y eso es, para mí, lo que supura en *Extraviada*; un quehacer inaudito porque todo debe ser causalmente entendido.

Si no fue cuerda y al mismo tiempo pudo explicar muy bien cómo funcionaron las cosas, entonces qué.

Si el escenario de la tragedia no fue drama sino chantaje, entonces qué.

Si la escuela no es escuela sino cuartel, la gestación no es bendición sino castigo, la religión no es salvación sino embauque, el sexo no es placer sino obligación, la calle no es desamparo sino refugio, la locura no es

Es en el envés de lo que emerge
como potencia dinamitadora, a la
vuelta de esta historia, es en ese
sitio inverso en el que me detengo
para pescar a la inimputabilidad
como quehacer feminista;
ahí donde las singularidades
se alejan de las maniobras
captoras y se burlan como lo
hizo Iris, cabezona cabezuda.

fracaso sino triunfo, lo público no es el ágora sino lo íntimo; entonces qué. ¿Qué se hace con todo esto? ¿Qué?

La lógica de la vida estalla en añicos ante el frontón de una circulación que altera las premisas del silogismo traductor. Ya no es "si A entonces B por lo tanto C". Perturbador. ¿Verdad? Perturbador.

Iris la cabezuda muestra con la cruel belleza de la sutileza torpe su acto político de resistencia, para hacer de la inimputabilidad la seña patente de un borramiento visible. Ni esto, ni aquello, ni lo del medio. Nada, sencillamente NADA.

La vertiente feminista de la inimputabilidad.

Iris, la cabezuda, insiste con su manera de circulación. Critica, cuestiona, subvierte, se asfixia ante un sistema que impone un modo "honesto" de placer sexual, y aunque Foucault sostendría, quizá, que desea y restringe lo que el biopoder pone a reprimir y desear, lo cierto es que su avance, la operación de fisura leída a destiempo como empresa de aniquilamiento es empuñada como evidencia de mal funcionamiento.

La máquina se ha descompuesto, solo que no todes pueden verlo.

Iris es la inimputable cabezuda, es la tijera que corta la tela sin desgarros ni aberturas. Ahora es posible advertir que la tela también puede tomar otra forma.

Feminismo inimputable. Pregunto: ¿alguna duda?

Entonces, el asunto no pasa por el malestar latente a partir de la sentencia de desubjetivación, sino por lo que con esa sentencia se hace. Allí donde la marca judicial dice inimputable, hay una modulación de desmarque, la reivindicación de una avería como salvoconducto hacia la salida.

MARINA LA HILADORA

El relato de Marina es la crónica del telar.

Ahí está montada la máquina mezcladora. Anuda, hilvana, teje, coloca en relación, va creando a través de una gimnasia invisible diversas texturas y matices, hace entonces del tapiz el espacio del encuentro, el lugar en donde sucede la magia de la conjugación. Un hilo por acá, otro por allá; pistas para un tejido resistente. En el telar se trama, se teje.

Marina exhala calma, no sé si es una impostura o una mímica genuina de tranquilidad, pero qué más da. En la profundidad de sus ojos negros diviso un túnel profundo sin lugar para la opacidad, allí todo se ve. Su gesto es el gesto de las que oyen y hacen con eso una escucha. Marina sabe escuchar la música que narra, y por eso, seguro por eso, es que sabe contar. Frente a ella, descubro que no sé escuchar. Marina

me recuerda en cada encuentro que hay un tiempo para la palabra, la que se dice y la que se calla, porque no todo exige bochinche, el silencio también habla y se rebela; quizá más que un grito, un sonido, un bla, bla, bla.

En *La mujercita vestida de gris. Relato de una subjetividad mal-tratada*, Marina escribe con la muda voz del recuerdo la historia de la hiladora.[1]

Conocí a Marina en esa época en que ingresé al manicomio para encontrar historias. Iba tanteando el camino con el ojo maltrecho de quien solo sabe leer *derecho*, buscaba relatos del encierro, narrativas sobre la experiencia singular de una medida de seguridad curativa, no tenía idea alguna de lo que sobrevendría.

Un día me crucé con Rosa. Rosa hablaba, contaba en un boutique salón legisferante su experiencia con la locura, los movimientos de un espacio fundado con otres para agenciar esas circulaciones. Cuando finalizó, me acerqué a compartirle mis rumbos y ya no dejé de verla, o sí, pero de todos modos esos lapsos no cuentan como soluciones de continuidad.

[1] La travesía literaria enmarcada en el texto, emprendida por Marina con la compañía de Rosa López y la mía, fue editada por Eduvim en el año 2012.

Recordó a Marina. Me dijo haberla conocido durante sus primeras experiencias hospitalarias. Recordó la causa de su encierro y recordó la inmundicia del manicomio y su desprecio. Fue esa remembranza, un poco empolvada pero bien clara, la que estiró la punta de la lengua entre Marina y mi garganta.

Me crucé con ella en un pasillo del hospital, la enfermera me dijo que con seguridad no querría hablar. Me saludó, la saludé, le conté de qué iba la cosa, pero antes, antes, le mencioné el encuentro con Rosa. Seguimos hablando por mucho, mucho más, aún lo hacemos ahora.

No había entendido por entonces que Marina era una experta tejedora.

¿Qué es una vida vivible? ¿Cómo se deshace lo invivible? Porque el inconveniente no parece anidar en lo respirable y digerible sino en aquello que asfixia el estómago y empacha el pulmón. ¿Cómo? ¿Qué se hace?

En su relato Marina narró el maltrato. Recordó la infancia de huérfana y criada lavando los trastos sucios de un calzón masturbado. Habló sobre la patrona cruel y el rastro de la violación latente. Dibujó la espesura de la relación con su hermana, la opresión en el pecho por el marido amado y violento, las apuestas sensibles

sobre la maternidad, el cachetazo obstétrico hacia su cuerpa, un territorio apedreado por la brutalidad de la miseria. Contó sobre la soledad, sobre el deseo apagado, sobre los sueños pisoteados. Dijo por fin cómo y por qué mató, y lo hizo como quien cuenta la única salida visible cuando en el laberinto se cerraron todas las puertas; con tono diáfano, sin medias tintas, sin reseros mundanos, sin la métrica extrovertida del desparpajo. Contó con pena –con ese lastre que portan quienes no tienen que hallar respuestas– el modo en que funcionan las cosas cuando la vida se abroja del lado de las pérdidas. Al final, en esa deriva aciaga, lo que dijo y dice Marina revela, delata, devela, querella que no hay respuestas para la pregunta que insiste y persiste cuando esta, a fin de cuentas, no es más que un desliz perverso, un estúpido interrogante molesto para mantener a raya las formas rebeldes que se corren del casillero: ¿Móviles para matar?... ¿Qué necesidades se esconden acá? ¿Quién y por qué necesita saber?

Lo mismo con el manicomio, igual con la inimputabilidad.

¿Cuál es el crimen que se purga cuando los juicios sobre la locura gritan sin agonía la marca indeleble de irresponsabilidad y rearticulan al mismo tiempo el destierro manicomial? A la sinrazón le cabe un

encuadre, y también, si es demasiado inaceptable, le corresponde un lugar.

Encerrada en el hospicio durante casi treinta años por efecto de una medida de seguridad,[2] Marina revela en su texto eso que pudo hacer con la declaración de inimputabilidad, la manera en que logró tallar la hospitalización inscripta en clave de peligrosidad, la forma en que zurció su afectividad, en fin, el modo en que pudo tejer la larga, larguísima bufanda que la llevó del manicomio a la calle y de la calle a la ciudad. El acto político de Marina estuvo y estará en el tejido; lo suyo es hilar.

El recuerdo del crimen permitido por el sistema judicial deja en suspenso la frágil idea de persona, volviendo sobre sus pasos para fijarla en un punto que, si se mueve, no soporta el vértigo ni la conmoción. Es por ese efecto de abrupta rotación que el permiso desplaza las identidades que marean al vacío de la levitación.

[2] Medida de seguridad curativa para curar a quien se cree que se puede contagiar. En *Medidas de seguridad curativas y Derechos Humanos en Argentina. De la biografía a la teoría,* mora buena parte de la historia institucional de Marina. Escribí ese texto acartonado para otorgar agilidad a la tesis gracias a la cual nos encontramos.

Al regresar a la imagen del suceso, para verse en ese sitio cimentado por años de abandono y hostigamiento, Marina cuenta sobre las voces, oír voces. ¿Cómo tener la certeza para distinguir las voces audibles de las inadmisibles? Si todo el tiempo regamos nuestro huerto interno de alocuciones, ¿qué hace de cada discurso una tertulia normal y qué una desquiciada? Las voces que ordenan matar no son menos nocivas que las que inscriben ese acto en la interpretación del pecado y la ignota alteridad.

Cuando el doctor le pregunte por las razones para estar en ese lugar (la cárcel primero y después el hospital), y ella responda en tono de penitencia, y este añada que matar es pecar porque un mandamiento, quién sabe escrito por quién, ha dicho por siglos "No matarás", Marina señalará, a tres décadas de acabar con la prole, que así fue entendiéndolo todo: "Yo he estado pecando, me dije 'No era yo'. Era otra persona". Reverberaciones de Iris, ¿verdad?: "… ya no era ella misma (era)… una persona distinta".

Pero Marina es artesana, sabe amasar los hilos, los ovillos de lana, y fabricarse con eso una salida soberana. La cabeza de Iris, cabezuda, sesuda, funciona casi del mismo modo que las agujas tejedoras que Marina congenia con la gracia de la hiladora. Ambas hacen del dispositivo de la persona un engaño al

desnudo, porque frente a las lógicas capturadoras de ese discurso, revelan con sus movimientos, con la singular musculatura de quien se mueve sin peso, que aquella cosa es puro invento.

Recuerdo haber leído cuando le daba vueltas a este texto algunas explicaciones de Espósito sobre la construcción de la persona. Apelando a la noción foucaultiana de dispositivo, Espósito decía en un ensayo al que con estas palabras daba título[3] que "... sólo sometiéndose –a otros o a sí mismo– uno se convierte en sujeto", y a partir de allí: "persona es lo que mantiene una parte del cuerpo sometida a la otra en la medida en que hace de esta el sujeto de la primera". Un poco más adelante añadía algo así como que las factibilidades de autorregulación sobre la propia parte animal serán las que marcarán el grado de humanidad presente en cada ser vivo: "... la diferencia de principio entre quien puede ser definido con pleno derecho como persona y quien puede serlo sólo con ciertas condiciones".

Estas palabras me parecieron bien cristalinas para explicitar, con elegante tono intelectual, la manera como suelen regularse las cosas. Esa operación de

[3] Lo decía ahí, en *El dispositivo de la persona*, publicado también por Amorrortu en 2011.

descarte cuando el material ha servido para otra obra. Una muy buena forma de señalar nuestra deriva humano-animal en un mundo que reniega del par, y que solo admite la segunda parte, cuando esta, si no reprimida, ha sido definida, sujetada y contenida.

Casi podría trazarse una letra de continuidad. Sí, una letra, una de esas que se alargan, se estiran, tienen la virtud del agarre, porque en su movimiento de elongación, ahí, cuando enlazan otro vocablo, no pierden la forma para articular la oración. Casi podría dibujarse esa letra de continuidad entre lo expresado por Espósito y el vocablo de la palabra, de la oración, de la premisa, de la sentencia que Marina pone a rodar: usted no fue esa, no fue persona; es a esa alteridad a la que le cabe el juicio de inimputabilidad. ¡Arréglese con eso!, parece gritar el sistema que clasifica a lxs cuerp*s. Arréglese, aunque no entienda por qué razón si ha sido otra es a usted a la que le corresponde el destierro, el frío polvo del hospicio, la lejanía del manicomio.

Y Marina teje. Marina es bicha.

Desde el "hospital de montaña" al de "plano camino largo", todos iguales, pintados en sepia, alejados, olvidados, rearmará una ruta distinta, portando las huellas del crimen, pero no la infame marca de la

despersonalización. Y no por sujetarse a esa noción, no por persona ni por su negación, sino por otra cosa; a lo Deleuze: el no ser como diferencia, que no es el ser de lo negativo sino la mismísima diferencia.[4]

Marina hará la diferencia.

Internada en un pabellón que solo le posibilitaba la opacidad más oscura, hilvanará la costura invisible que la pondrá en otra unidad de internación. Más tarde, se procurará alguna labor, se anotará en propuestas teatrales que le habiliten algún permiso de circulación, cederá ante pedidos mezquinos de una hermana embaucadora, pero no lo hará por tonta, sino por astuta, por saber que durante mucho tiempo esta será la única forma de allanar una salida, aunque sea un permiso, aunque sea corta.

Calculará rápidamente cómo se distribuyen las hegemonías del poder y cómo, particularmente cómo se asignan lugares más respirables, más digeribles, más amigables. Mediante la perspicacia de su acto de lectura, advertirá de qué modo se lidia mejor con ese reservorio de vidas desgajadas, y entonces, cada vez que pueda, aprovechará la ocasión para fugar, sin

[4] Finalmente encontré alguna aplicación al tormentoso texto de Deleuze *Diferencia y Repetición*.

mostrar la disidencia, respetuosa de los mandatos de permisión, pero sagaz al hacerlo, porque sabe, Marina sabe cómo se hace de una sujeta una cuerpa que revienta pero no estalla, sabe amasar la espera, y sabe, conoce la técnica del telar. Un hilo por acá y otro por allá.

Desde mi interés por conocer historias a la que me contó una: Rosa. Desde el reencuentro de Marina con Rosa a las estrategias ensayadas por el hospital, de este al juzgado y de este al nuevo acto pericial. Desde esa evaluación lacónica hasta las palabras puestas en acto, por ella, por el resto, por el peso insoslayable de su relato. De su relato al nuevo dictamen, inscripto por fin al margen del chisme de la peligrosidad. Del dictamen a la causa judicial y de esta al cese de la medida de seguridad.

Si eso no es tejer, entonces qué. ¿Qué es?

Porque no se trata de la trama dolosamente anudada por la cruel villana, y tampoco de la odisea trágica de la que sale ilesa la heroína santa. Es la habilidad de la artesana, de quien pudo más que un nombre, una designación, pero sin coordenadas previas, sin planificación.

Marina le dijo al esquema ordenador: "Gracias, pero no".

Después vendrá la calle, un lugar de "medio camino" y otro de texturas más abiertas. Después vendrán los reanudamientos con los afectos, vendrán las soledades elegidas y las intimidades reconstruidas. Pero eso es parte de otra historia, una que no toma distancia de lo que Marina pudo con la puntilla sutil de la locura y con el encaje nefasto de la inimputabilidad solo admitida como falta de cordura.

Marina pudo hacer del tapiz de los encuentros el terreno de hilos diversos en los que no solo mostró el dibujo de la partida, ese viaje desde el hospital hacia otra estadía, sino también el envés; ahí donde los hilos se anudan, se mezclan y los colores revientan, ahí donde se ata la trama que permite la figura. Ese es el acto político tan inimputable como feminista y tan feminista como inimputable.

¿Se ve? ¿Se puede ver?

La historia no es contada por el expediente judicial, no por los registros clínicos aglutinados a lo largo de tres décadas, no por las nuevas peritaciones ni por las viejas, no por lo que un equipo sanitario diga ahora y haya señalado en otra época. No por lo que me dijo y me puso a escribir, ni por lo que Rosa interpretó y se puso a decir. No por sus compañías nuevas, no por los

vínculos de antaño que supuraron de la raíz al tallo. No por otros, otras, otres; solo por ella.

Por ella, aun cuando para hacerlo, otra vez, deba acudir al ritmo de voces ajenas. Pero Marina es sabia, domina el arte de la transformación, y como supo tejer la bufanda que la condujo de la "larga hilera arbolada" a la ciudad, supo bordar el quehacer de una escritura que de una buena vez la dejó hablar.

Por eso digo, por eso creo, que en ese texto sencillo y pequeño está plasmado con toda su calma el lado feminista de la inimputabilidad mal-tratada. Esta es la evidencia sensible; ahí está ¡frente a tu cara!

Si actuar es hacerse de una máscara, visible o no, para otorgarle materialidad al libreto que en otro tiempo-espacio alguien escribió, lo que la *mujercita en el traje gris* permite contemplar aquí es que –como una amiga me dijo una vez– de la escena al papel se conjuga el verdadero guion. Asumo entonces que no cualquiera, que se requiere de un artífice de la simulación para hacer de esas letras muertas una (a) puesta concreta. Pienso que simular, emular y volver a impostar son verdaderas muecas políticas cuando lo que la norma dicta es un subtexto de borramiento

Marina pudo hacer del tapiz de los encuentros el terreno de hilos diversos en los que no solo mostró el dibujo de la partida, ese viaje desde el hospital hacia otra estadía, sino también el envés; ahí donde los hilos se anudan, se mezclan y los colores revientan, ahí donde se ata la trama que permite la figura. Ese es el acto político tan inimputable como feminista y tan feminista como inimputable.

de la identidad. Actuar como loca[5] puede funcionar si quien actúa sabe espetarle a la nosografía clasificadora que la fórmula "inimputabilidad = fractura, y fractura = locura" está mal. La locura aparece así como un modo de circular, y al mismo tiempo, ante el esfuerzo por darle nombre cuando el crimen irrumpe, son las singularidades disidentes las que saben armar con eso una táctica de desenmascaramiento.

La fantasía jurídica de la razón estalla en mil pedazos ante la verdad de la locura (la única verdad), ante la señal que, introducida en clave de inimputabilidad, le grita a esa matriz de legibilidad hegemónica que ha fallado, y volverá a hacerlo, una y mil veces más. Hay feminismo en la inimputabilidad.

No, no es un acto privado, es, mejor, un gesto íntimo. Es política la intimidad, solo hay que saber trazar el quehacer. Como Iris, la cabezuda; igual que Marina, la hiladora.

[5] Como grita el texto de Alan Robinson *Actuar como loco* (2013). Actuar como loco –permite leer Robinson– puede ser un acto de descubrimiento, un desafío, la verdadera resistencia, ese modo, *ese,* de estar en el mundo. Lo dice: "Luego de volverme loco, empecé de a poco a preguntarme cómo quería estar en el mundo, más que quién quería ser". ¿No es acaso esta una concreta operación de desmarque? ¿No puede asumirse entonces como una táctica inimputable? Y este viaje roto, este libro, ¿qué es?

La locura aparece así como un modo de circular, y al mismo tiempo, ante el esfuerzo por darle nombre cuando el crimen irrumpe, son las singularidades disidentes las que saben armar con eso una táctica de desenmascaramiento.

"Motivos intolerables" o "Razones insoportables" podrían funcionar muy bien como título y síntesis de lo que Carlos Busqued pone a rodar en *Magnetizado*[1] para aproximarse –un poco hincado por la curiosidad y otro tanto por su inquietud escritora (que, después de todo, son la misma cosa)– a la historia de Ricardo.

Entre Carlos y Ricardo se anuda mucho más que la sincronía entre palabra, oído, letra, dedos y escritura; lo que aparece en el texto es el dibujo del oyente escriba, asombrado, inquieto, desconcertado en parte y sorprendido de a ratos, frente al relator de la crónica, que no es precisamente Ricardo, sino la espeluznante evidencia de *esos* móviles inadmisibles para ejecutar crímenes impactantes. He aquí la potencia de la historia, el imán que magnetiza y atrae un* cuerp*

[1] Anagrama editó esta segunda novela de Busqued en el año 2018.

pesado y denso como el metal o el acero; solo quienes dominan las artes de la liviandad y el despojo pueden escapar del efecto irresoluble de *Magnetizado*. Pero ¿quién? ¿Quién puede? ¿Quién sabe?

Durante septiembre del año 1982, Ricardo Melogno ejecutó, siempre con un disparo en el cráneo, a tres taxistas de la ciudad de Buenos Aires. La seguidilla de crímenes, todos parecidos, todos marcados por la corta distancia temporal, fueron precedidos por otro más, ocurrido fuera del ámbito de la ciudad.

Ricardo fue entregado a quien estaba a cargo de la investigación por su hermano. Encontró en la casa en la que convivían los documentos de los taxistas asesinados y espontáneamente se presentó ante el órgano judicial para "deslindar responsabilidades". La aprehensión fue sencilla, Ricardo estaba esperando. No hubo desbordes ni resistencias: con calma reconoció los crímenes, contó detalles y narró con la fluidez de quien narra a la sombra de una parra, los movimientos posteriores, esas gestualidades urticantes para quienes aguardan explicaciones "razonables", conductas "esperables". Después de matar, dijo, iba a comer a un restaurante de la zona milanesa de pollo con papas fritas y mousse de chocolate. Un loco o un monstruo, se asintió; jamás un hambriento.

Y al desconcierto de las circulaciones emprendidas en las postrimerías de los sucesos, le siguió el de la inexplicabilidad de estos: no faltaban objetos de valor en la escena de cada crimen –se informó–, solo la identificación de los taxistas muertos. Pero ¿qué es un valor? ¿Qué un objeto que vale? ¿Qué cosas valen y cuáles no para hacer de su apropiación los motivos digeribles para matar? Parece que siempre, siempre tiene que aparecer una punta que pueda inscribirse en la lógica de la utilidad, de los argumentos asequibles para hacer de cada movimiento un reflejo de la razón. Nada, nada sucede porque sí; tiene que ser así. Me pregunto entonces qué es esto de separar entre lo que sucede por algo y lo que no.

Mientras las muertes ocurrían sin autor, la prensa puso a rodar al monstruo. "El asesino de los taxistas" tenía que corresponder a un traje, un cuerpo para sostenerlo, una estética y una cosmética. De pronto irrumpió Melogno: joven, demasiado, flacucho y pálido, calmo, sin motivos digeribles para disparar.

De modo que fue un loco. Si no hay odio visible, avaricia entendible, venganza indiscutible o perverso disfrute. Si no hay algo de eso, o todo, todo eso, entonces ¿qué hay? Hay la locura, hay el casillero de la sinrazón, hay, hubo la inimputabilidad. Lo que remendó la tela rota, ese harapo que no se puede

mirar, fue el juicio de falta de culpabilidad, el arrojo al manicomio carcelario, y el tiempo dócil, pesado, informe, escurridizo, vigilante, patético y ascético, que marca con sus métricas infames en dónde debe morar lo indigerible, eso que se atora ahí, entre el mastique y la garganta porque no se banca.

Otra vez puesta en marcha la maquinaria de la clasificación. El derecho es un instrumento inmejorable para las tijeras del biopoder.

Ahí está, servida en la mesa del banquete, la historia de Ricardo. Es el plato principal ubicado en una parte, sobre un mantel en el que el resto del convite se hace de alimentos frugales. Cualquiera se lanzaría sobre esas papas fritas con milanesa, cualquiera se rendiría ante la mousse amasada en chocolate, cuando lo que se ofrece como alternativa es tan poco, tan exiguo, tan escaso, que no alcanza a cubrir ni media muela. Pero no, mejor no, más vale quedarse a salvo de la indigestión. El relato de Ricardo lleva el aroma de lo insondable, lo inasible, lo innombrable, no se puede explicar, y aunque la panza reviente de hambre, es mejor no probar.

Entre su narrativa, la escucha que la traduce, los testimonios de otros tiempos y otras luces, nadie queda al margen de la necesidad de la explicación.

La búsqueda por los motivos hace de esa tarea un movimiento adicto; tiemblan las vísceras cuando las razones aceptables no aparecen y comienza a palpitarse el síndrome maldito.

¿Quién está exent*? Hagamos el ejercicio. Ahora, ahora mismo, levante la mano quien no porte con la ansiedad, con la angustia de lo que no se puede explicar.

"Siempre se mata por algo, y en todo caso se miente para eludir la responsabilidad", dice el juez, al tiempo que les psiquiatres, terapeutas, peritas, pesquisantes, le cuentan a Busqued sobre distintos diagnósticos que puedan situar esa costra dura de matar por matar, sin más.

Lo mismo le ocurre al escritor escucha. Busqued pregunta, interroga, para que Ricardo pueda contarle algo, y Ricardo cuenta, y vuelve a contar, y otra vez cuenta, pero parece no alcanzar. Sus palabras hecha oración dejan suspendida en el aire la débil certeza de la razón. Cuando mataba no pensaba en "nada", le dirá a su interlocutor, incluso ante su oído estirado, agazapado, a la espera del relato sobre "alguna sensación fuerte", una fuerte sensación.

Móviles, preguntas, sensaciones, respuestas, explicaciones, fundamentaciones. Ricardo tiene miles (¡y

son miles!), pero no encastran en la matriz de esos conceptos, no en el engranaje de esas nociones, porque así como existen vidas visibles y vivibles, invisibles e invivibles, del mismo modo emerge de su recuerdo labrado –o mejor, en el entredós de *Magnetizado*– la imagen diáfana de los motivos ilegibles.

Ricardo cuenta en una parte del texto algo de "eso" que acontecía cuando mataba, un poco antes, otro tanto después, pero no se explaya sobre el detalle de lo esperable, lo asumible y digerible. Ese requerimiento son los vacíos de la historia llenados por forenses, psiquiatres, médicas, voces otras que él mismo fue aceptando: "yo acepté ese relleno de los demás".

¿Su "mambo" –como por ahí lo llamará–?: Circular por otras zonas.

Así es como cuenta que después de la primera muerte, las otras siguieron por inercia, y que a partir de allí no desapareció el impulso, "algo natural, que estaba ahí", pero sin ansiedad ni sufrimiento, tampoco mortificación, simplemente un acontecer, un acontecer en "su mundo", el de estar transitando por un lugar en el que la fantasía que se jugaba no era la de matar sino la de existir, ser alguien, un protagonista o un héroe. Curioso deseo para quien de algún modo será leído como un monstruo. ¿Y qué es mejor? ¿Qué

peor? Hay reviente en la monstruosidad; puesta en cuestión, confrontación. Ese es el deleite en el que la heroína o el héroe no pueden participar; demasiado obedientes para desafiar.

También dirá que para habitar ese intra-mundo y continuar al mismo tiempo formateando una presencia en "el otro", el pacto consistía en vagar y permanecer, porque esto era una forma de huida hacia un limbo. Una especie de contrato con la cáscara visible de la existencia mundana para devorar placenteramente y sin curioses la dulce pulpa de la vivible vida interior.

Irse, irse, irse a todos lados y a ninguno. Ausentarse, no sentir dolor. Anestesiarse, incluso vigilante, expectante. Lograr la analgesia como fórmula de circulación.

¿No es acaso esa una explicación? Otra vez: levante la mano quien no haya intentado la gimnasia del fantasma. No, no es por insuficiente e inexplicable, es por aterrador.

La inimputabilidad puesta a rodar para explicar una tríada de hechos, injertada híbridamente con otro más –culpable, levemente anterior y similar–, no hace más que revelar la evidencia del desmarque. La precariedad del amarre cae por el lado del engendro inimputable-imputable, pero es acribillada de un

balazo a través del diálogo silente que se cuece en *Magnetizado*; es en ese punto en el que lo inimputable se reinscribe como lo in-sujetable, quemando la piel y perforando el iris de todo intento, incluso mínimo, de sujeción.

A Melogno le cabe el encierro, como pena o como medida de seguridad, veinte años primero y después quince más; es preciso para garantizar la calma tener un diagnóstico, una categoría jurídica y un lugar. A Ricardo le cabe el desmarque, le pertenece el desenfoque. Pero ¿quién está desenfocad*? O mejor: ¿solo une? ¿Es un asunto colectivo o es un problema individual? ¿Y si es todo? ¿Si es Ricardo y son lxs otres? ¿Si el asunto pasa por la diferencia de planos? ¿Si es el borramiento, precisamente la difuminación, lo que opera allí como denuncia, como delatora imagen de la distinción de planos? No sabríamos de su existencia de no haber fallado la graduación.

Cuando pensé en esto, como por cuarta vez, recordé una de esas tantas historias contadas por Harry en la película de Woody Allen.[2]

Allí está Harry, un reconocido escritor que redescubre su obra a partir de un viaje personal. En la sesión con

[2] ¿Más pistas para ubicarla? Creo que no.

el analista, este le recuerda aquel relato que escribió sobre el actor desenfocado.

Un día, en el set de filmación, advierten una falla, el actor se ve mal, está fuera de foco. Atribuyen el asunto, primero, a un problema técnico, pero descubren prontamente que no. El actor se corre del lente y continúa igual, borroso, difuso, con los contornos esfumados; le sugieren un descanso. Llega a la casa y sucede lo mismo, primero la esposa y después les hijes lo ven desenfocado. Tras un descanso sin advertir cambios, acude al doctor: "es un caso nunca visto", señala el especialista. La esposa y lxs hijxs comienzan a marearse frente a tanta ilegibilidad, por eso el médico les proporciona un par de gafas pesadas, a fin de evitar el vértigo y poder "verlo mejor".

El analista le ofrece a Harry su clave de interpretación: las gafas son el instrumento intermediador, la manera de encajar en el guion de lo cotidiano y evitar mirar con eso lo que el actor verdaderamente es: un desenfocado.

Cuando recuerdo esa escena pienso en Ricardo y en los cristales de alta graduación que fue preciso hallar para lograr identificarlo; no hay espacio en este mundo para lxs desenfocadxs.

La inimputabilidad se impone en la costura legible de su historia como los lentes y su marco, el modo de corregir la desviación del ojo que perfora, ahueca con eso que es y se hace, como lo haría un disparo al pulmón del sistema ordenador.

Pero otra vez, como con la cabezuda y la hiladora, no por inimputable, así, a secas, sino por lo que aquí se puede frente a eso. Es el decir pesado de lo inexplicable lo que pone a la nosografía de traste, bien de traste.

Esa es la potencia de la inimputabilidad que estas historias le sueltan a la matriz reguladora. Esa es, en rigor, la fuerza agrietadora de la monstrua; movimientos disruptivos que respiran feminismo, pequeños nichos revolucionarios, gajos de una anarquía amorosa. Cualquiera de estos nombres le cabe a eso que se pone a fugar.

Cuando el marco se rompe, la pintura se cae. Podemos pensar en repararlo y volver a colocar el dibujo entre esos límites materiales, pero también podemos ubicarla en la pared sin marco. Después de todo, ¿qué vale más? ¿La pintura o el marco?

A mí se me rompió el motor, me quedé sin vehículo, anduve buscando un modo de repararlo, sufrí mareos intensos, tuve vértigo. Después de un tiempo entendí

Esa es la potencia de la inimputabilidad que estas historias le sueltan a la matriz reguladora. Esa es, en rigor, la fuerza agrietadora de la monstrua; movimientos disruptivos que respiran feminismo, pequeños nichos revolucionarios, gajos de una anarquía amorosa. Cualquiera de estos nombres le cabe a eso que se pone a fugar.

que el arreglo no tenía sentido, y un poco más tarde advertí que el mareo no era mío; no mientras abandonase la estúpida idea de la reparación y dejase de aspirar por fin al encuentro con fuerzas gravitacionales bobas. Mejor cruzar el puente de otro modo, pensé, y escribí este libro. Menos reparar, cualquier cosa.

La inimputabilidad de Ricardo aparece en *Magnetizado* como la punta visible de una fuerza demoledora, y esto sucede así por su operación de fisura, por la que pone a rodar su relato, que cachetea sin asco las lenguas del etiquetamiento y diluye de un soplo los sitios del encasillamiento. Igual que el albañil; como lo hacía mi abuelo, que con maza en mano rompía paredes y muros para limpiar el espacio.

¿El feminismo? ¿No lo ves? Está por todos lados.

X EL ESCAPISTA

La historia del señor X, al menos del modo en que la escribí, la compartí, se la mostré a otros ojos, la oí, la rompí y la reescribí, es un relato escrito a dos velocidades y a dos tiempos. Mientras de un lado pasaban cosas, sucedía –en otra temporalidad, que es la misma pero distinta– un universo de diferentes acontecimientos. Como quien gira y pone en conexión los bordes del planisferio, traza un punto con una x en cualquier lugar –una referencia o una señal–, marca una línea hacia un lado y otra igual pero en dirección opuesta. ¿Siempre se llega al punto x, verdad? Solo es cuestión de saber girar.

Por eso creo ahora, cuando vuelvo sobre la ruta, que esta es una historia sobre la circulación; después de todo, escapar es asunto de les que saben andar, haciendo del pie tras pie el paso de la cintura; cinturear.

También esta historia era inédita hasta hoy. Lo he dicho en otro lado de este relato estropeado; era una historia escrita sin publicar. Sin embargo, no dejo de pensar qué es eso que hace de un escrito un pasquín édito, y de otro, uno inédito. ¿Tanto depende todo de las métricas de la publicación? Dudo. Si la palabra que se escapa de la cuerpa ya es un acto de edición, ¿no es cada relato, cada escrito, cada cuerda de vocablos que plasmamos, la pura forma de la edición?

Además, la lengua puesta a narrar narrará tantas veces como sea requerida, lo cual convierte a esa mueca, ese gesto de entrega, en una historia nueva que juega en la vereda de lo édito y lo inédito, cambiando de baldosas, saltando de uno a otro adoquín. Quizá por eso el señor X aparece en otros ecos, dicho de otro modo pero dicho al fin.[1]

Desde el primer tramo del relato se imponen los encuentros, los descubrimientos. Conocí a X por efecto de la mujercita de gris; fue así, llegó el comentario, la

[1] Lo encontré, o me pareció verlo en "'Antes de firmarte la libertad a vos, me corto la mano'. Dos testimonios de la inimputabilidad", texto publicado en el 2013 en *Delito, culpabilidad y locura*, la revista número 5 de Infojus. Vitalich, autor del texto en cuestión, cuenta ahí su experiencia institucional con dos personas internadas en una cárcel-hospital: Pingüino y Acertijo, Acertijo y Pingüino. Diviso en estos relatos remembranzas de Ricardo y de X; creo que el primero es el pingüino y el segundo el acertijo.

duda, cierta inquietud por saber, otra vez querer saber sin terminar de entender, o nunca haber entendido que no se sabe, jamás se sabe; vamos a tientas y con eso ya está bien. Pero picó el bicho, picó igual la curiosidad y hacia allá fui. Después vino él con su relato y todo fue incierto; como caminar en el envés del planisferio. Que lea entonces quien se atreva a vacilar.

La segunda parte, el camino subsiguiente, no es una continuidad sino mejor una ventana para mirar, una efracción en la pared de barro y pasto seco para dejar respirar al cuarto y observar, espectar perpleja cómo vive la salida alguien que antes, mucho antes, pudo escapar.

Cuando ensayé la escritura de esta historia por primera vez, pisaba tierra firme, salió bien, pero de todos modos quedó ahí, preservada en la carcasa de un cajón. Más tarde, cuando las piezas del motor se desvencijaban, me encontré sola con ese escrito escondido y mi rotura, pero no pude deshacerme de él, no pude porque a fin de cuentas la voz plana del señor X, como advertí, databa y data la narrativa sobre los encuentros, sobre la disruptiva coincidencia para aprender a zafar; no él, claro está.

Sí, esta historia es una verdadera historia de encuentros disruptivos para aprender a zafar, y está bien

haberla dejado para el último, porque si no es eso el feminismo, ¿qué?

De un lado: los encuentros

El encuentro cuerpo a cuerpa con el señor X probablemente había formado parte de otros encuentros anteriores, siempre periféricos a su historia, o a esa biografía que se palpaba en cada dato vinculado con lo que pretendía explorar.

Pero una vez, conversando acerca de otras historias, hurgando en la intuición más profunda vinculada con las secuelas de un encierro manicomial impuesto en clave criminal, le conté a ella lo que sabía sobre el señor X:

"Permanece internado desde hace casi treinta años con una medida de seguridad curativa, y ahora, después de tanto andar por diferentes instituciones de encierro, se encuentra en un hospital del norte. Justo en el norte de esta provincia".

El dato funcionó como un disparador, probablemente esa era su intención. Se fijó con una potencia única y por supuesto independiente de esas cuerpas, la que informaba y la que oía. Entones surgió la pro(a)puesta:

"No estaría mal visitarlo, ver si quiere contar"; y es que en el lenguaje cotidiano la imagen se impone, vemos si alguien cuenta, vemos si dice, vemos.

El efecto ya estaba producido; ocurría algo en ese cruce que podía trascender. Quizá el comienzo de un "entre carnes" que iba a trazar el camino, la ruta de acceso a las palabras del señor X.

El viaje al manicomio, la cárcel-hospital en la que permanecía, es desértico. A veces el camino se aviva cuando se toma el atajo de la montaña, pero cuando no, una ruta larga y monótona lleva directo hacia el "lugar del lugar"; aquella ciudad desmantelada con un pasado esplendoroso donde por trampas administrativas se inauguró un hospicio carcelario.

Una vez, mucho tiempo atrás, pasó el tren, poblaron la tierra estadistas y escritores reconocidos, manaron los olivos y aceites más increíbles. Ahora, solo queda lo último, por eso, al llegar a la ciudad y tomar un taxi directo al manicomio, puede transpirarse por los poros esa potencia de búsqueda, el palpitar de la pobreza y el convite a no huir, como si la estadía corta, la ansiedad por el escape caracterizara a lxs recién llegades:

“Ahí venden las mejores naranjas de la zona”, me dijo el conductor del taxi la primera vez, y en esas palabras pude adivinar un convite a mirar con otros ojos, a encontrar objetos, cosas que valieran la pena para quedarse y no marchar.

“Lo único bueno de acá son las aceitunas”, sentenció uno de los médicos del hospital cuando abrió la puerta de acceso a la sala en la que el señor X aguardaba.

Fue en ese marco en el que nos localizamos por primera vez; nos ubicamos, del mismo modo que lo hacen quienes fijan su vista en un punto, claro que yo solo puedo datar mi enfoque y confiar –menuda tarea confiar– en la semejanza del suyo.

Nos presentamos: “Yo no tengo nada para guardar, tengo todo para contar. Que me pregunten y yo voy a contar como he contado siempre; con la verdad”, me dijo. Sonrío, nada más, también dudo un poco, pero no me asusta, me gusta.

Ese introito marcará el ritmo del resto de nuestros encuentros: un viaje largo hacia el manicomio, el arribo a la ciudad de las luces caídas, la ruta hasta el hospital, el convite a probar y comprar, lo que sea, algo, pero comprar. La puerta sólida y metálica como frontera, la espera, la autorización del personal policial, la

requisa, sí, re-qui-sa. Puertas y más puertas, rejas, el patio, el médico, X, su palabra, el efecto.

¿Qué implica narrar en clave de verdad? Al sostener que va a contar y responder todo, con la veracidad habitual, la de siempre, ¿qué se juega en ese anuncio? Podría tratarse de una advertencia, un llamado a creer lo que bien puede resultar increíble, o por qué no un aviso, una declamación de quien insiste con su versión.

Pero también puede ser lo dicho y nada más; las palabras constitutivas de una narrativa florida por fuera y desértica por dentro, o a la inversa. Después de todo, ¿qué verdad espero? ¿Qué es la verdad? Su relato no tiene adrenalina ni enviones, es la pura poesía de la cotidianeidad, con más rima que sentido quizá. Y el sentido ¿qué es? Yo ya estoy desbrujulada; ninguna respuesta puedo arrimar.

Los espacios del hospital lucen desprovistos. Una vez conversamos en una pequeña sala contigua a la de les enfermerxs; otras, en una más amplia y alejada; a veces, en alguna oficina. De todos modos, allí reina el control; la exigencia es entrevistar junto a un policía, algo dormido y cansado pero bien uniformado, porque X se halla calmo desde hace más de veinte años: "Pero nunca se sabe... Por si acaso".

Sin embargo, él no parece limitarse por esa custodia. ¿Será que la invasión está inscripta en su piel? Si así fuera no resultaría extraño… creo. Y no por el encierro, no por el confinamiento, sino por haber aprendido, gracias a eso, lo mismo que saben las ratas chinas de Zizek.[2] Allí, junto al señor X, en medio de una estética groseramente policial, me pregunto por la invasión hacia su relato, por la vigilancia, como si el uniforme azul y la puerta entreabierta dieran cuenta de algo. ¡Qué estúpida me siento! ¿Creo acaso que fuera de esto lo que decimos no está medido y vigilado? No he sabido escuchar al mono; no entendí su discurso sobre la libertad de lo humano.

El señor X asume la fiscalización de su palabra de un modo terriblemente más consciente que el mío; que el nuestr*.

[2] Cuenta Slavoj Zizek en *Problemas en el paraíso* que científicos de la Universidad de Nueva York insertaron en 2002 en una serie de ratas un chip que transmitía a sus cerebros señales dirigidas a controlar sus movimientos. La pregunta que se hace es si las ratas realizaban estos movimientos asumiéndolos como espontáneos o si advertían que algo extraño sucedía. Luego, reflexiona: "… ahí reside la diferencia entre los ciudadanos chinos y nosotros, ciudadanos libres de los países liberales de Occidente: las ratas humanas chinas son al menos conscientes de que se las controla, mientras que nosotros somos las estúpidas ratas que deambulan ignorando que sus movimientos están controlados" (2014: 75).

También me pregunto si mi escucha, lo que mi ropaje viste frente al suyo, modifica su narrativa. Y es que de cara al señor X revelando su historia, ¿no ocurre acaso una operación de modificación? De la palabra a la escucha y de esta a la escritura.

En ese momento surge el detalle de "esa escritura" en clave de X, el de los modos de subjetivar un encuentro que supera cada una de las individualidades puestas en juego, en la manera en que cada contacto adquiere la forma de un hecho. Entonces, si las palabras del señor X integran esa mutación, ¿cómo no admitir el mismo efecto para esa escucha? ¿La mía? ¿La nuestra? ¿O solo la suya? ¿Quién cuenta y quién escucha? ¿Y si estoy siendo solo un instrumento quieto que observa sin saber actuar? Tal vez eso es parte de saberse modificar. Tiembla el suelo, tengo vértigo y no es asunto del oído medio.

Hay un "otro" en su historia que sí le importa; eso toma la fuerza de una evidencia, su narrativa lo demuestra. Así es como comienza el relato de su vínculo con Y (otra incógnita), al ritmo paralelo del develamiento de las *manos monstruosas*.

Antes me cuenta en tono veloz sobre su infancia, las cosas de la adolescencia, la adultez temprana. Las palabras se deslizan sin eco, sin cuerpo, corren como

agua sin rumbo, lógicas, coherentes, pero desafectadas. Puedo sentirlo en la densidad de esa crónica secuencial donde todo parece lejano, remoto, distante, pero también fantástico y versátil.

Dice haber crecido en un pequeño pueblo de provincia, ahí donde nombran "interior". Agrega que su "padrastro vivía de changas y no alcanzaba", por eso a los seis años su madre lo mandó "a pedir". No iba a la escuela "porque si no trabajaba, mis hermanos no comían", y aclara que eran dieciséis; él, primer y único hijo de un padre nunca visto.

Rápido, como quien resume una biografía ajena y rutinaria, con el peso del drama que no conmueve, solo pasa, avanza hasta la adolescencia. Me avisa que sabía cazar, cazar animales para comer y ordeñar a la vaca para beber, para tragar ese líquido cremoso y blanco. Me dice también que sacaba el fardo y mantenía a la prole con el trabajo labrado, el trabajo de esas manos, *sus* manos: "Nosotros cazábamos liebres, comadrejas, peludos, porque si no, no se comía".

Manos que disparan a la presa, manos que manipulan las ubres para que fluya la leche gorda, manos que hincan el pasto seco, manos que dan de comer, manos que defienden, que se defienden, que aniquilan.

En la cadencia del relato irrumpe el desvarío, eso que sus vocablos parecen ubicar sin demasiada planificación en la ruta del desvío: "Se me dio vuelta la cabeza, me invitaron a consumir drogas, pintaba cocaína, marihuana, pastillas. Me invitan una vez a hacer el asado y después me ofrecen cocaína a tomar a gusto, y a mí no me cobraban nada porque hacía el asado".

Otra vez esas manos preparando el alimento, atrayendo cuerpos hambrientos, a cambio, siempre a cambio de otro alimento. Aunque no se mastique; se aspire. Las mismas que tiempo después se apropian de lo ajeno:

"... empieza otra etapa de mi vida, de discusiones, y entonces me fui de casa. Un día vuelvo y aparezco con un auto nuevo, era robado. Yo ya tenía una línea con un compañero para dejárselo a unos gitanos. Los robábamos de la vía pública y después los vendíamos en otras localidades. Hasta que una vez nos detiene la policía".

Una autoridad, una ley, parece venir a frenar el desenfado, o sencillamente a colocar del "otro lado" el éxito de una empresa. Como las sustancias malas y buenas, las permitidas y las prohibidas, también están les que roban sin reproches de ilegalidad y lxs instituidos maleantes; los que se portan mal.

Pero X antepone a esa configuración otro poder, una salida que desconcierta, un giro que remonta a las historias de la infancia, donde la picardía solía resolverse por el lado de lo heroico e inesperado: "Me llevan a tribunales, me habla el juez y dice 'Sinvergüenzas, lo voy a dejar ir porque al auto me lo ha tratado bien'. ¡El auto era de él! Y me deja ir, me da la libertad".

¿A quién le habla ese juez?

El señor X cuenta con ligereza, no se detiene en el detalle, solo resume, peor, sintetiza, y eso me inquieta, palpita en su tonalidad un indecible que (me) puebla de huecos desde la primera nota del relato. Aun con el motor roto, sabiendo de a ratos que no está en la reparación la solución, aun así, me empasto.

Converso lo que me sucede con ella, siempre hay alguien más en esta historia armada de a pedazos. Me dice –son sus palabras, posta– que no existe una línea desde la cual hacerlo hablar, que nadie la tiene, tampoco él. Lo que se va armando, lo que puja por tomar alguna forma son, a manera de rejunte, trazos. Brochas gruesas que han ido quedando a partir de la intervención de distintos actores en torno a sus circunstancias (veo a Ricardo). Ahí, precisamente ahí, es en donde me descubro integrando la trama para

convertirme en traza; tomando las palabras pulcras y vacías de un recorrido sin vaso, desangrado.

Y no, no pasa lo mismo que con Ricardo, con X es distinto, porque eso que arma y rearma, eso que pone a rodar me ubica en un lugar de la escena, y allí, en esa operación, me siento parte del cuadro. Una pintura viva en la que, palmo a palmo, se integran nuevos cuerpos. Como el cuento del cuadro que narraba el crimen. Un día la ventana con cortinas cerradas, otro con las mismas telas desplegadas. Un día con un cuerpo asomando por la ventana, otro con el mismo cuerpo degollado. Un día con quien cuida el jardín junto a la puerta; otro, con el jardinero sosteniendo un hacha. La pintura habla... Y cambia.

Otra vez me dice ella que: "quizá esa falta de relato sobre una historiografía organizada es la que se perpetúa hasta hoy, disolviéndose ante la pregunta de por qué continúa su encierro. Describir las circunstancias de su derrotero por penales y medidas de seguridad curativas podría aportar datos respecto a lo ya sabido y conocido: las formas que asume el control social. Pero eso es insuficiente, no basta, y tampoco aparece muy claro desde qué suficiencia hablar".

El señor X me conduce por el camino de "los hechos".

“Seguimos robando autos”.

Cuenta de su ingreso a la cárcel –esta vez sí le correspondió–, la liberación, otro delito, la inscripción de esta falta en una clave distinta:

“Salgo en el ochenta y nueve, y en el noventa faltaban pagar unos impuestos y entonces mi cuñado, a plata de hoy me debía unos dieciséis mil pesos, más o menos. Yo sabía que él había cobrado plata de una cosecha, entonces voy a cobrarle. Él estaba solo en la casa, no estaba mi hermana, y me dice ‘sabés lo que te voy a dar a vos, un tiro te voy a dar, eso te voy a dar’. Yo estoy en el patio y él ingresa a la casa y veo que está poniendo cartuchos a un rifle Mauser. Yo veo que me va a pegar un tiro porque estaba chupado, entonces me abalanzo hacia él y entramos a forcejear, y él dispara y el tiro pega en la pared. Entonces agarro arriba de la mesa que había un cuchillo, le pego una puñalada, me voy corriendo hasta la policía y les digo ‘he matado a mi cuñado’, y me dicen ‘no, no puede ser’. Se va uno de los policías a averiguar y dice ‘no, no los ha matado, le has pegado un puntazo nomás’. Ahí me mandan al hospital (psiquiátrico) y no me aceptan, me dicen que no, entonces me llevan a la cárcel, me ponen inimputable… yo ya no califico más, me llega el papel y dice ‘inimputable’”.

Todo en esta narrativa me golpea. Es una cachetada ubicua en el rostro de la razón.

Sé que no existe libreto para contar una historia, y que la narrativa de quien toma la palabra y versiona su crónica adquiere en esa misma operación el estatuto de realidad, pero ¿cómo no preguntarse por el ritmo anecdótico de aquel recuerdo? Un reclamo legítimo, una afrenta, un malentendido, la culpabilización, el alivio de la tragedia que no fue tal, la pincelada de la locura, la inimputabilidad, lo incalificable. Todo se condensa allí en ese tramo del relato, y por vez primera el señor X se refiere al peso de la clasificación. ¿El papel que dice "inimputable" debe ser leído como "incalificable"?

Si Roberto era un "inclasificable" por la inmotivación de su crimen, X, con su discurso plano dice otra cosa, habla de "calificar", y calificar claramente no es clasificar; su "no califico más" ¿está datando una fuga? ¿Un escape? Porque el inclasificable Ricardo deja la tarea en manos de quienes desconcertades se interrogan, mientras que X, el señor, lo dice sin medias tintas, y al decirlo lo toma: no califico, ya no califico.

Aunque cada una de las historias recorridas ha mostrado mutaciones, energías informes, entre cuerpos inasibles, salidas, desintegraciones y reconstituciones,

Un reclamo legítimo, una afrenta, un malentendido, la culpabilización, el alivio de la tragedia que no fue tal, la pincelada de la locura, la inimputabilidad, lo incalificable. Todo se condensa allí en ese tramo del relato, y por vez primera el señor X se refiere al peso de la clasificación. ¿El papel que dice "inimputable" debe ser leído como "incalificable"?

insoportables certezas y pacificadoras incertidumbres que tensionan el artefacto de la inimputabilidad como forma de catalogar, como modo de continuar introduciendo a los cuerpos en la nomenclatura del control. Aunque todas son historias que, a fin de cuentas, delatan el incordio de la nominación, no todas lo hacen igual, por la misma ruta, y eso es lo maravilloso; hay singularidad en cada fuga.

No es sencilla esta historia. Ninguna lo es, pero esta menos, ¿verdad? Es monótona, desconcertante, chata, sin curvas. No hay grandilocuencia, es ignota, eso es lo que la torna tremendamente reveladora.

¿Cómo deja de calificar X cuando menciona el papel con la leyenda "inimputable"? ¿Qué ocurre con eso?

Porque si el interrogante se juega por el lado del malestar y las mortificaciones que causan a un sujeto el borramiento del registro de las calificaciones, o mejor, de las buenas calificaciones –8 para arriba–; si la respuesta va por ese lado, entonces, el razonamiento es muy sencillo: la inimputabilidad coloca al señor X en el lugar de los "sin nombre", como la equis que lo designa, da igual quien la ocupe, es irrelevante, y *como todos necesitamos de cierta clase de reconocimiento para existir* –eslogan típico del paradigma social actual–,

esta falta de reconocimiento conspira maliciosamente contra su existencia.

Sin embargo, eso, aquí, en esta historia y en todas las otras, no encaja, sencillamente no se adecua, no funciona, es falaz. La inimputabilidad se parece más al desmontaje de la escenografía tonta que al último cuadro dramático de la obra. De repente, pescades por la nuca, lxs espectadorxs advierten que el escenario se desarma, les actores comienzan a levantar los objetos que pueblan el suelo, mueven las estructuras, descuelgan el telón, guardan cada cosa en valijas y bolsas para después partir, mientras quien se creía público advierte que no hay distinción entre esto y aquello, que ha sido parte del drama, que todo, absolutamente todo, desde la larga hilera para ocupar una butaca, estaba previsto en el guion. Tremendo impacto, ¿no?

Igual con la inimputabilidad; menuda tarea correrse de la narrativa inercial.

¿No será que, en lugar de pretender el reconocimiento de la imputabilidad, X se ha provisto de otra forma? Una suerte de "hacerse por fuera"; admitir la visibilidad de una existencia que no es *bios* pero tampoco *zoe*.

Me cuenta entonces que antes de pasar más de diez años en la cárcel como inimputable, y de permanecer casi veinte más en un hospital hecho cárcel, ubicado en otra provincia y otra ciudad, habitó aquí, en esta, el manicomio del que lo expulsaron. Entiendo entonces que el señor X, de uno u otro modo, antes o después, siempre ha estado encerrado.

"Cuando ingreso conozco a una chica, había sido asistente social en un neuropsiquiátrico y se había vuelto loca. De tanta charla empezamos a noviar. Un día ella me dice que venía a buscar el alma mía y que me tenía que matar. Me decía que era hija del diablo y enviada de Drácula. Y yo me empecé a perseguir. Me empieza a decir cosas casuales, por ejemplo, me dice: 'Yo te vi en Sacanta a vos', y yo sí, había conocido Sacanta. 'Yo te vi en Morrison en la escuela de los curas', y sí, existe la escuela de los curas. Y me empezó a machacar con que se tenía que llevar el alma mía. Hasta que yo empecé a carburar mal y tomé un día una decisión y se lo dije, le dije que la iba a matar porque 'Vos no me vas a llevar el alma mía porque a mi alma solo se la doy a Dios', y me dijo: 'lo mismo te voy a llevar el alma'. 'Bueno', le dije, '¿de qué forma querés que te mate?'. Pensé con un ladrillo, pero me dijo que no, que le apretara la garganta, y entonces le apreté la garganta hasta que se murió. Después cuando reacciono no sabía qué hacer con el cuerpo,

así que fui a avisar a la enfermería, les dije: 'Apareció una chica muerta'. En esa época aparecían muchos muertos, no sé por qué. Cuando hago encontrar a la chica, la cargaron ahí nomás en una camilla y yo no podía estar. Entonces un médico me dice '¿qué te pasa?', y yo le digo que quiero contarle algo, y le cuento que a la chica la maté yo. No me creen, hacen venir a un tipo de investigación de la policía y me pregunta, le cuento. Me sacan toda la ropa para analizar, se la llevan, y como al mes y medio me dicen que no encontraron nada, y que el cuerpo de la chica da como 'manos monstruosas', 'huellas monstruosas'".

Otra vez sin aviso. Su relato me pesca por el lado flaco y me cachetea sin planificarlo. Me conduce por una senda que desorienta y sorprende; su modo de narrar el drama revela que allí no hay tragedia, que la muerte y el crimen se resuelven entre especulaciones fantásticas y decisiones sencillas: "Tengo que matarte", señala la amante. "No podés matarme, te mato yo", replica él. "Bueno", asume ella. "Cómo", pregunta, y seguidamente ejecuta.

Mientras leo sus dichos, los transcribo, prefiguro esta historia, la desarmo y la rearmo, no dejo de pensar en esta parte y en las especulaciones diagnósticas que de seguro echará a rodar. Yo las oí, escuché sobre estas cuando andaba por ahí. Me pregunto sobre el porqué,

por qué la necesidad de marcar un diagnóstico. ¿Para qué? Después de casi treinta años. ¿Para qué? ¿Será que resultaría más tranquilizadora esta historia si contara al menos con alguna de esas cuadrículas que rotulan?

Poco me importa... ahora.

Lo que verdaderamente me sacude es que esa crónica, definida en una descriptiva casi burda, coloca al descubierto el poder eficaz de aquellas manos. El señor X acude nuevamente a sus manos para zanjar el asunto: brindaron el alimento, trabajaron la tierra, reclamaron la deuda, se apoderaron de lo ajeno y aniquilaron la vida que furtivamente quería robarse su esencia. Son esas manos laboriosas, productivas, decididas y resolutivas las que parecen no dejar rastros; no sus rastros. Cuando le pregunto por las manos monstruosas, por eso que suponen las huellas de otro orden, lo resume sin rodeos, sin tanta pompa feroz, sin esa cosa de lo atroz: "No estaba la huella mía, no estaba la huella digital, no había huella digital mía". ¡Qué afrenta para alguien que siempre antepuso sus manos! Esto suena casi a una provocación.

Lo que dice el señor X me pone a reflexionar sobre las maneras asumidas por el sistema ordenador de los cuerpos para clasificar la existencia a través de su brazo jurídico. La implementación de registros

organizados que instituyen sin más una individualidad irrepetible se replica allí mismo, en el exacto cruce entre las conclusiones de X y la pura criminalística que ha venido a definir mediante una técnica precisa a quién pertenecen los rastros del delito.[3]

El enigma en el señor X, eso que parece "dejarlo de cara" –a él menos que a mí–, es al fin la clave de la huida, el escape de una conjugación de poderes y saberes que él resuelve colocar en otro lugar. No, no hay reclamo por la imputabilidad, y tampoco por la inimputabilidad; solo interesa su versión, nada más.

"Cuando voy al juicio por lo del camión [un ilícito anterior], donde me dan la libertad, le digo al juez: 'Doctor, yo me estoy yendo en libertad pero falta el homicidio', y me dice 'no, eso es invento suyo'. Y me largó en libertad. ¿¡Y el homicidio!? [se pregunta y me pregunta desconcertado... ¿Desconcertado?]

[3] Fue Juan Vucetich Kovacevich quien puso en práctica por primera vez un sistema eficaz para identificar a personas a través de sus huellas dactilares. La aplicación de este método mostró su utilidad cuando en 1982 pudo develarse la autoría de una mujer en el crimen de sus dos hijos del cual había responsabilizado a su esposo. Las marcas dactilares halladas en aquellos cuerpos definieron a la responsabilidad material del filicidio (recuperado de https://es.wikipedia.org/wiki/Juan_Vucetich). No me sorprende esta reseña, la técnica siempre ha estado al buen servicio del patriarcado, incluso cuando se trata de explicarla en un repertorio de información tan extendido y utilizado (a Wikipedia me refiero, claro).

Supuestamente dice que yo dije algo así porque me emocioné al ver el cuerpo y por eso me inculpé. Y me largó en libertad porque supuestamente no fui yo. A mí me hubiera gustado, y me gustaría, hasta el día de hoy, que me digan 'sí, vos la mataste y vas a hacer tanto tiempo por esto, por lo que hiciste', porque si no uno dice cometí eso y no lo pagué, o si no me lo están haciendo pagar sin saber, sin saber yo".

No, no hay aquí necesidad de clasificación, esas son disputas jurídicas estériles para quien no está hablando de casilleros a ocupar sino de discursos de verdad. El señor X juzga la a-moralidad de una sentencia que, en "nota de verdad", deshecha la autoría de un homicidio que él se atribuye... creo. ¿Se atribuye?

Lo que gravita ahí, en su relato, antes que la secuencia crimen, responsabilidad y castigo, es el encierro eterno al que se encuentra sujeto como parte del pago de una deuda sobre la que nadie le ha informado.

"Nunca hablé con un abogado defensor, una sola vez me visitó una asesora letrada porque mientras tanto no se movía nadie. Y esto porque con la gente de la procuraduría hicimos una movida muy grande porque si no, no se movía nadie. Siempre le pareció a la gente del Ministerio que había algo raro. Me hacían juntas médicas. En una de esas juntas me tuvieron dos horas

y le dice un médico al otro '¿vos cómo lo ves?', y el otro le dice 'está para el ambulatorio', y entonces le pedían al juez y el juez les negaba todo. Por eso se quedaron muy enojados con el juez. Ahora, yo me pongo a pensar, ¿qué es lo que utilizó, qué estrategia utilizaron para tenerme tanto tiempo los jueces?"

La pregunta no es menor, me interpela a evacuar esa duda. ¿Cuál fue la maniobra utilizada para retenerlo por tantos años? Pero espero, aguardo un poco más.

Y es que toparse con X, el señor, en medio de un dantesco escenario de encierro y vigilancia, donde los sujetos deambulan al compás de una rutina inalterable y se impone el hedor de humedades delatoras, no es todavía tan urticante como saberse junto a él en completa quietud. Ni siquiera todo aquello que detalla respecto a su paso por manicomios de otra ciudad, lindantes con el maltrato más cruel, conmueve tanto como su inalterable postura, su apacible sumisión a una lógica que él entiende inscripta en clave decididamente personal, apartada de la legalidad y de cualquier coherencia que se pueda masticar. Quizá por eso lo escucho un poco más, esperando algo de eso que ocurrió antes, que lo arrojó a la calma y a la inquietud posterior, al interrogante que insiste: "¿Qué hago acá si estoy bien?"

Me dice que los primeros cinco años en la cárcel, como inimputable, fueron "insoportables". Que estuvo mal y le daban "mucha medicación", pero que después aconteció el milagro:

"Una noche me levanté de la cama, acomodé todo en mi celda, me bañé, me afeité. Al otro día cuando viene el encargado me dice '¿usted está bien?'. 'Sí, yo estoy bien', le digo. Me saca, me lleva a enfermería y allá dicen '¿usted está bien?' 'Sí', les digo. 'Pero ¿¡cómo, si hasta ayer estaba dopado y ahora no!?'. Y ahí vino el doctor y dijo: 'desde este momento no le damos más medicación a este muchacho, porque ayer estaba dopado y hoy ya no lo está más, no sé qué pasó, solamente Dios sabe'. Yo me cortaba, me hacía daño, le hacía daño a otros, prendí fuego a todo un pabellón, celda por celda. Y vi que todo lo que había hecho estuvo mal, desde esos años estuve sin tomar ningún tipo de medicación. Desde ese momento estoy tranquilo, los médicos, los psicólogos, me han dicho cómo hago para soportar veintisiete años y estar tan tranquilo como que no pasa nada. No estoy acostumbrado. Yo sé que estoy encerrado, estoy privado de la libertad, me gustaría salir en libertad, me gustaría que se cumpla algún día lo mío, pero estoy tranquilo. Yo creo que hay algo más, hay algo. Trato de pensar y esperar, esperar el tiempo de la justicia, creo en la justicia, creo en la justicia, confío mucho en la justicia, será lenta, pero

yo creo que tenemos una justicia justa, para mí. No sé si conmigo habrán hecho justicia o no, pero si el juez dijo: 'a usted lo voy a tener de por vida', y sabrá por qué me tiene. Debe tener un motivo de por qué tenerme veintisiete años. Yo lo que espero es que se me dé una solución de lo mío, que me digan, no sé, por ejemplo, 'mire, nosotros hemos llegado a una determinación con usted de tenerlo hasta el último día de su vida'. Y yo le diría 'bueno, gracias doctor'. Así le diría yo, sería muy cálido, no me quebraría para nada. Yo sé por qué sería muy cálido, hay algo que el juez no sabe de mí, ni mi familia, por qué tantos años he estado tan cálido así, tan tranquilo, tanta tranquilidad, son secretos personales, secretos personales. Yo creo mucho en Dios, mucho en la virgen, y eso es lo que me mantiene en pie".

Dios, la virgen, la justicia, un juez, sus motivos, la salvación, el escape, la calma; puntos que fijan con la fuerza imantada de estos conceptos la explicación del señor X a su quietud, a su calma, la misma que a mí me pica en la piel y me cosquillea la sangre como un volcán a pura lava. Él tiene una coartada para habitar la existencia... Yo no.

Quizá se trata de un pacto, *Un pacto para vivir*, como dice la letra de esa canción: "Tuve un golpe energético,

milagro y resurrección/ hoy quiero darle rienda a esta superstición".

Quiero conocer más. También él lo ha dicho, pero su inquietud es menos voraz... Seguro lo es. Acudo como la extensión de su mano a leer "la causa", el expediente judicial. El señor X me habilita a pedirlo, parece interesarle, o quizá no le intriga demasiado, pero se hace eco de mi curiosidad, después de todo, hace tiempo aprendió a leer quien necesita saber más.

Finalmente leo... Leo "la causa".

Son cuerpos, así los llaman. El expediente se completa con diez cuerpos. Existen cuerpos que se hacen de lecturas, recorridos y especulaciones diversas. Son cuerpos plagados de escrituras en las que prima la palabra ordenadora: el señor X, los jueces, deliberan, solicitan, requieren y luego deciden, eligen. La administración replica, contesta, o sencillamente escamotea la respuesta. Las instituciones evidencian sus prácticas, expulsan o admiten, brindan razones o simplemente callan. Lxs peritxs encarnan un saber hecho certeza, dictan a fin de cuentas un destino que luego se torna sentencia. Todo es parte de un juego circular.

Los sentidos hablan. Un olor particular, una textura específica, una sonoridad silente, un sabor amargo emergente, un tejido de letras dictadoras, todo eso se conjuga al despolvar casi treinta años de historia.

Descubro entonces que la historia puede adquirir diversas formas en un tiempo de dimensiones paralelas, porque cuando recorro esos registros y se los leo a X, las divergencias entre lo dicho y lo escrito se reducen a expresiones como: "yo no hice nunca eso"; "no, nada que ver"; "recuerdo desde muy chico hasta el día de la fecha y sé lo que hice y lo que no hice. Ya está, ya pasaron los años, ya está, y eso no pasó nunca"; "la primera vez, la primera vez que me entero de esto. Han agregado cosas de más".

Me froto los ojos. ¿Estoy siendo testiga acaso de una duplicación del pasado? ¿Una réplica que solo es tal por la semejanza de las formas externas? Los bordes, los contornos, son los mismos, pero hacia el interior la materia se bifurca entre la versión judicial y la que brinda el señor X. Se parece a un buen argumento para un relato de ciencia ficción: si X elige esa ruta, ocurre esto, y si hubiera elegido otra, aquello. Mientras, tras la cuarta pared, observamos simultáneamente el acontecer de ambos destinos.

La lectura avanza sin dificultades. Como sucede con su relato monocorde. La escucha de la evidencia hecha causa, hecha cuerpo, nombrada expediente, me devuelve la imagen de un interlocutor impasible. Vuelvo a morar en la incomodidad. Descubro que esperaba alguna reacción, un exabrupto, cierta sorpresa (¿a lo Busqued?), pero nada de eso acontece, el señor X niega con calma lo que no le cierra, él no se traga esa cosa de la irrefutable evidencia.

Le leo un informe elaborado durante su estadía en alguno de los hospitales de tránsito. El escrito dice que ahí, en ese lugar, ya no podía estar. ¿La razón? Agredió a una psiquiatra, lesionó a un enfermero, atacó a otro paciente; "es peligroso", agrega: debe ser ex(re)cluido.

X oye el relato e insiste:

"Eso que dice que quemé a un enfermero con agua caliente nunca lo hice, nunca lo hice. Eso que dice que pegué a un paciente con un cuchillo, eso que dice que pegué con un candado, no, yo me recuerdo bien".

Cuando me detengo en la imputación de una agresión sexual cometida en la cárcel respecto a otro preso, me explica:

"Lo que pasó fue así. Era una persona que había agarrado, entre tres, habían agarrado a una chica embarazada, estaba de cinco meses y le metieron un revólver en la parte íntima, la chica estaba embarazada de cinco meses y fue y se tiró debajo de un camión y él lo contaba como si nada fuera ahí adentro. Entonces lo empastillamos y yo le tatué un pene en la espalda y le metimos un palo en la cola. Esa es la causa".

Finalmente, cuando le menciono una sentencia, el dictado de un juez que sí lo ha juzgado por el homicidio de la amante bruja a manos de un hombre sin huellas, fallando en clave de inimputabilidad, refiere:

"No, pero a mí no me llamaron nunca por ese hecho, nunca me citaron a tribunales, nada por ese hecho. Nunca me llamaron de tribunales para preguntarme algo, de alguna declaración; aparte yo me fui en libertad. Estaba por robo de automotores y bueno, me juzga el juez por el hecho del robo y yo le pido la palabra y me dice '¿qué es lo que quiere?', y yo le digo 'falta el homicidio', y me dice 'bahhhh'. Así me dijo el juez: 'bahhhh'".

Las cavilaciones abundan, las respuestas y coartadas del señor X funcionan como un motor propulsor de pensamientos, ideas, reflexiones, que simplemente suceden. Levitan en ese aire, esa materia invisible

que se interpone entre ambos. Son preguntas con sus respuestas, pero al mismo tiempo son enunciados en clave de interrogantes y afirmaciones que se ubican rizomáticamente; sin estructura ni orden, pero (con) sentido.

Las manos de X, o su imagen, me rescatan de ese torbellino. Funcionan ahora como una idea rectora, porque en medio de las negaciones y la "verdad de los hechos", las coloca en el lugar ubicuo, para ajusticiar o para negar, son manos que saben maniobrar.[4]

El sistema judicial le ha brindado la respuesta única que obtura toda otra significación posible: agredió, mató y violó porque está loco, y aunque esta locura se instale en ese denso expediente de diez cuerpos como un enigma hacia el juego de las patologizaciones (en treinta años el diagnóstico ha mutado varias veces sin hallar un anclaje posible), de todos modos se define siempre por el lado de la inimputabilidad.

Claro que para un artífice de la maniobra y la evasión esto no alcanza. Como con la cabezuda y la hiladora,

[4] Como sucede con el abuso sexual ocurrido en el medio carcelario, que, como explica Rita Segato (2003), bien podría asumirse como un crimen del patriarcado. Ahí está X dando forma a la justicia del macho.

como con el inexplicable, acá también late el pulso del escapista inclasificable.

Así, frente al dictado de un poder sistemático y organizado como lo ha sido el que se torna tangible en esa causa de tantos tomos y años, el señor X antepone otro poder, el de su versión contra toda evidencia, contra todo registro racional y ordenado.

Su apacible insistencia abre paso a lo incomprensible; lo que para él resulta indiscernible:

"A mí me gustaría saber por qué me declararon inimputable. Si yo tenía una esquizofrenia. ¿Cómo se sana la esquizofrenia? Porque si un forense dice que alguien tiene esquizofrenia, la esquizofrenia no se cura más, ¿no? ¿Y en qué momento se me curó? Porque tendría que seguir. Lo que yo veo con todo lo que venimos leyendo del expediente es que no sé qué jueces habrán dicho 'este tiene esquizofrenia y es peligroso para sí y para terceros'. A mí me gustaría saber algún día de quién ha sido el error. Una persona inimputable no puede estar inimputable toda la vida".

Esta suerte de réplica hecha reclamo revela la tensión narrativa de las formas que adopta el Derecho para definir subjetividades. El señor X termina por delatar con sus palabras aquello que palpita desde la primera

Las cavilaciones abundan, las respuestas y coartadas del señor X funcionan como un motor propulsor de pensamientos, ideas, reflexiones, que simplemente suceden. Levitan en ese aire, esa materia invisible que se interpone entre ambos. Son preguntas con sus respuestas, pero al mismo tiempo son enunciados en clave de interrogantes y afirmaciones que se ubican rizomáticamente; sin estructura ni orden, pero (con)sentido.

historia; la inimputabilidad no es una forma de exclusión, por el contrario, encarna una redefinición de los modos de captura del sistema ordenador de los cuerpos a través de su lazo legal. Qué se hace con eso es la cuestión.

Lo que a X "no le cierra" evidencia la falla del mecanismo, puesto que nadie puede ser inimputable toda su vida; menos si, como él, se ha curado. La explicación por la variante patológica no encuentra lógica, la judicial tampoco, la institucional ni hablar. ¿La tutelar?... Mejor lo dejemos acá.

Me entero así, un poco de oídas y otro por entrometida, que afuera de nuestro diálogo se están cocinando asuntos.

Defensor y juez aportan sus lecturas de una coyuntura de protagonista ausente. Ensayan propuestas de salida manicomial a cargo de afectos que han decidido marchar ("hablaron con mi familia para llevarme a mi casa pero mi familia dijo que no quiere que vaya a mi casa, así que me he quedado solo, me he quedado solo, lamentablemente va a ser así. Se niegan a hacerse responsables de mí") o de instancias incapacitantes que reemplacen los muros del hospital (¿un curador?, ¿un eufemístico sistema de apoyos?). Deliberan sin conocer. Los nuevos operadores de la causa jamás

hablaron con X, ese señor, no conocen su rostro ni la urticante quietud de su voz; especulan con el mismo ritmo que ignoran.

La escena adopta un tono de dos velocidades. Por un lado, está X, con sus poses y decisiones, elucubrando hipótesis en torno a su egreso: "Yo si salgo puedo trabajar de lo que sea, sé cortar el pasto, cargar bolsas, lo que sea. Una vez cuando salí de la cárcel me dijeron que no era tan fácil conseguir trabajo, y a las cinco cuadras, cuando salí, ahí nomás conseguí. Sé cazar, sé trabajar metal, sé hacer de todo en la vida". Los demás no saben que él es un artesano.

Por otro lado, están las conjeturas jurídicas, la especulación acerca de su futuro, la nota que pone un número al examen en el que no ha intervenido el examinado. Cincelan sin dominar la textura; son torpes.

En medio de esa oscilación, de ese movimiento pendular, el señor X liquida como lo ha hecho otras tantas veces mi ansiedad por alguna "adecuada reacción". Frente a eso que leo como la esperanza diluida, me hace conocer que, si no existe certeza sobre un fin, todavía se puede aguardar: "Confío en la justicia, creo en la justicia, pero siempre y cuando haga las cosas bien. Por eso si yo estoy pagando el recibo, la boleta de lo que hice, en algún momento va a tener

que confiar en mí también". Allí está la respuesta a mi insoportable impaciencia por su desquiciante quietud.

Pero todavía resta el golpe final, ese revés que deja al contrincante fuera de juego. *Knockout*:

"Estoy preparado para lo que sea, eso es lo que no sabe el juez, yo me he preparado para estar encerrado. Siempre a la mente la tuve afuera de la reja, siempre la tuve en la calle. Digamos, sé que estoy encerrado, que son muchos años, más que una reclusión perpetua".

¿Y entonces?

"Me traslado a un viaje externo, pienso en los lugares por donde anduve, los recorro y eso es lo que me permite estar afuera".

Me doy cuenta por fin de que X, marcado por la vigilancia constante –incluso cuando no se explique, no se entienda–, comprende muy bien cómo mantener vigente la grieta. Abre el surco en la tierra que supo labrar, y así, bajo el rastro de la huella que no quiere ser humana, manufactura la calma, porque, después de todo, solo se trata de saber zafar. ¿Como lo hizo el mono? ¿Verdad?

Del otro lado: las alianzas

¿Hay amorosidad en la estrategia? Quizá.

¿La hay en las alianzas? Probablemente.

¿Hay estrategia en el amor? ¡Sin dudas!

¿Es posible concebir alianzas estratégicas? Seguro. ¿Y amorosas? Claro.

Esto sucedió "del otro lado", mientras X *trazaba* cómo zafar.

Nuestro encuentro podría haber sido casual, pero no lo fue.

Cuando conversé aquella tarde con ella, la de la primera pregunta, la que disparó algo del encuentro, la mención por el señor X adquirió la forma de una intriga, o cuanto menos de una inquietud; algo tramaba la coincidencia de esas palabras.

No estábamos interesadas por conocer la espectacularidad de un encierro tortuoso; historias retransitadas en esa clave sobraban y sabíamos que muy poco nos acercaban al terreno de las salidas. Probablemente lo que nos congregaba era la necesidad de aproximarnos

a un decir que subrepticiamente se anunciaba como una potencia pensante; tal vez allí anidaba algún punto de escape.

No vislumbraba, por supuesto, la ruta que se iba a trazar a partir de un mapeo teñido de coordenadas amorosas y alianzas ignotas.

El acceso a la palabra del señor X fijó las primeras postas. ¿Cómo tomar contacto? ¿Cómo hacer para preguntarle si quiere contar? ¿Qué decirle? ¿Para qué? ¿Cuál sería su rédito? Desconocía por ese entonces las maniobras de la astucia; no la picardía ladina sino la diáfana sagacidad de quien sabe hacerse contar. La ganancia iba a ser mía, nuestra; él ya había ganado su espacio tras la reja.

Las inquietudes brotaban persistentes direccionadas hacia un único norte: diseñar un encuentro que desactivara el cerrojo. La puerta de la cárcel-manicomio, sólida y pesada, hermética, sin grietas, no era más que un señuelo, una engañifa para quedarse ahí, paralizada en el mismísimo pórtico de entrada, perpleja por tan monumental fortaleza. El verdadero umbral resultaba menos tangible, más líquido, casi ilocalizable; era preciso lograr acercamientos amistosos para que el dique de la palabra buscada pudiera drenar.

El diálogo con "lo institucional" puede adquirir texturas masticables. Aunque tiemblen las muelas y el maxilar de tanto abrir y cerrar, no es tan difícil tragar el cuero e inventarse un sabor placentero, uno que evite la enfermedad del estómago sincero. Entendí al compás de X y su paciente pendular que masticar y tragar rimaban con *estrategar*.

El señor X usufructuaba un lugar (una cama de hospital, un plato de comida, algún medicamento) que bien podía ser ocupado por otro. Así lo denunciaba lo institucional en infame tono de preocupación, y así se lo hacía saber a lo judicial, que echaba a rodar su prejuicio delator replicado por más de treinta años bajo la misma afirmación: "no hay otro, no hay otro sitio mejor". Mientras, yo quería oír su relato, la *mujercita de gris* había hecho y hacía del deseo la gimnasia del oído. ¿Por qué él no, si ella había salido?

Nos encontramos, las alianzas empezaron a germinar, se abrió la puerta de la cárcel-hospital, y X, urticante, comenzó a contar cómo era eso de saber zafar.

¿Qué grama tenía el papel de esos contactos? El hospital con mi presencia, mi intercambio con los cuerpos institucionalizados, la foránea que de vez en cuando llega y luego parte, los saberes puestos todos, todos juntos, como en una ensaladera. Eso mismo

circulando en un único espacio, parecido a las piezas de un rompecabezas recién cortadas con una tijera. ¿Quién corta? ¿Quién dispone sobre la mesa? ¿Quién encastra las piezas? Quizá la inmanente amorosidad de una alianza: pura energía inmaterial.

Así como lo dice Zizek, el auténtico Amo no es un agente de disciplina y prohibición, sino un liberador, señala la posibilidad de lo imposible "dentro de las coordenadas de la constelación existente", es "un mediador destinado a desaparecer".[5] Agrego entonces: un sujete hecho de varias subjetividades que se hacen una y no es ninguna, un* articuladxr del juego de las alianzas.

Desde los primeros intercambios con X apareció la noticia: "Lo han peritado nuevamente, ya no hay peligro, la medida de seguridad curativa impuesta casi tres décadas atrás puede cesar". A esto le siguió la respuesta judicial: "La medida de seguridad curativa ha cesado", y después la contraofensiva institucional: "No tiene adónde ir, su familia no lo recibe", y ahí nomás, a medio pie, la retractación *jurimanicomial*: "El cese dispuesto no se hará efectivo hasta tanto alguien (no él, por cierto) se haga cargo".

[5] El mismo libro.

¡Qué bodrio y qué torpeza! ¡Cuánta estúpida exigencia! Muero de risa al pensar ahora que X ya había partido hacía al menos un par de décadas, un millón de horas muertas.

Ese zigzagueo deliberativo o coqueteo opresivo de una decisión histérica constituyó parte de los insumos utilizados por X para zafar, para llenar de contenido las una y mil salidas inaccesibles impuestas por un mandato cuasi dictatorial. Pero también conformó otro trazo del mapa de las alianzas, del recorrido que sucedía "del otro lado".

Y es que entre el estupor ocasionado por un recular insólito, pero no exótico, la presión por "rendir cuentas" (a lo sanitario, a lo carcelario, a lo institucional) y el empuje por un egreso tan temido como querido habitaba un elemento común, una especie de sustancia inasible que unía componentes disímiles sin renunciar a esa tensión. Todas las disputas sobre la circulación de un mismo cuerpo se ensalzaban en un buen baño de tensión, era esa la pura y nuda energía que debía echar a andar para dar cauce a un modo que pudiera eludir, por fin, lo más manicomial de lo manicomial. Claro que no era un asunto que preocupara al señor X, sino a mí.

Mientras la inercia de lo judicial legitimaba la invariabilidad de lo hospitalario y lo hospitalario perpetuaba la lógica pragmática de lo penitenciario, lo judicial también se movía e impulsaba alguna otra modulación, al tiempo que lo hospitalario conversaba con otra versión de lo carcelario. ¿Cosa loca, verdad? ¿Cómo explicar? Una suerte de alumbramiento hidrático, solo que con dos cabezas nada más; hay amorosidad en la monstruosidad. Si los reactivos de lo institucional perfilaban una encerrona irremediable, sus opuestos se inter-localizaban. Era cuestión de conectarlos.

En rigor: cuando pasaban cosas, sucedían otras.

Una constelación hibridada, una mezcla de fuerzas impulsaron finalmente una estrategia formal para habilitar la salida. Incluso cuando X, semejante al mono humanoide del relato kafkiano, supiera muy bien que la libertad era un invento y nada más.

No dataré aquí los detalles de ese amalgamiento. Lo hice antes, cuando escribí por primera vez la crónica de este encuentro, pero ahora decido extirparlo, correrme del juego de las explicitaciones, prefiero que lo imaginen, así como el señor X inventó durante tanto tiempo un paisaje que hizo del "afuera" el "adentro".

Por fin la reja cedió. Me río con ganas al escribir esto: ce-dió.

¿Un nuevo lugar? Qué ridículo. Si ya había un lugar. Pero sirvió, claro que sirvió, resultó útil para pacificar esa demanda de externación. Nada más hizo falta reservar una butaca en la comedia de la desinstitucionalización. Eso narró para muchos, entre quienes me anoto yo (X sin dudas no), la conclusión de una treintena de años de encierro, cárcel y hospitalización.

Ahí, frente a la evidencia, entendí que no se trataba de arrasar sin más, era cuestión de amasar. Tomar los materiales en juego, identificar la sustancia sensible y vital, la que escapa de Tanos, y lograr liar con ello nuevas formas de habitabilidad. Unir, crear, avanzar, despejar, anidar. Hay nido en la habitabilidad, hay alianza en la *anidalidad*, hay amor en el nido hecho de alianzas que se pretende habitar. Hay, hay la fuerza de la amorosidad.

Propiciar el encuentro con las grietas de la maquinaria irrompible para tejer con eso otra historia posible es algo bien distinto al mecanismo que día a día, hora tras hora, minuto a minuto, segundo tras segundo, la pone a funcionar.

Ahí, frente a la evidencia, entendí que no se trataba de arrasar sin más, era cuestión de amasar. Tomar los materiales en juego, identificar la sustancia sensible y vital, la que escapa de Tanos, y lograr liar con ello nuevas formas de habitabilidad. Unir, crear, avanzar, despejar, anidar.

Mi abuela amasaba escones y tejía pulóveres. Con sus manos tibias ponía a jugar la harina con la manteca, echaba polvos preciosos sobre esa mezcla que, a golpe de horno, transformaba en masitas redondas y deformes. No volví a probar algo así. Cuando se calzaba las agujas para anudar la lana, creaba en una muda conversación entre ese ruido y su cabeza los pulóveres más suaves, más bonitos, más calentitos. Jamás volví a sentir ese calor. Mi abuela sabía de masas y de tejidos, así supo caminar en su laberinto; maraña tramposa y hostil de la que por obra de lana y harina ella supo salir. Igual que montones de mujeres sujetas a los maritales contratos de la patriarcalidad. Mientras mi abuelo cazaba perdices por deporte, ella guisaba una trama de amorosidades varias que se hacían hogar. En ese sitio creció mi madre. Ahora, mucho, mucho tiempo después, comprendo que sin ese engranaje sería más terrible envejecer... Y escribir también.

El "nuevo lugar" huele a campo.

Llegar demandó otros "acercamientos amigables". Incluso cuando X, aquel señor, ya no se encuentre hospitalizado y menos judicializado, incluso cuando el nuevo espacio sea patrimonio de lo que pudieron sus manos, su paciencia y su quietud.[6]

[6] Para costear la nueva estadía necesitó dinero. Usó el acumulado

El viaje me sumerge ahora en una geografía más despoblada y lejana que la del antiguo hospital. Es más largo, por momentos incierto, a veces árido, ardiente en verano, gélido a mitad de año.

Nidos gigantes, enormes, pequeñas comunidades hechas de ramas secas, como una colonia de telarañas de troncos, coronan los postes de cemento que a la vera del camino trazan el alumbrado. Una hilera de grandes enjambres monstruosos señalando, gritando: "¡Hay vida aquí dentro!". Curiosa forma de converger; otra vez la monstruosidad hace de las alianzas su forma de permanecer.

Me lleno de preguntas, especulo, alguien me abre la puerta: "Bienvenido es mi nombre", dice, y yo sonrío con disimulo. Si no fuera por la "o" final y por la aclaración que le sigue ahí, al rato nomás, pensaría que el encargado del nuevo lugar es militante del lenguaje ginope; no puede darme la bienvenida echando mano a la "a".

X toma la posta. Me recibe. Inaugura un recorrido en otro sitio pero sin perder su liderazgo. Ahí también tiene el comando y marca el ritmo del espacio.

como peculio en su condición de preso hospitalizado por tantísimos años. ¿Cuánto vale un encierro?

Polvo y un mantel de hule, mate y un aroma anciano. Esas son las pistas del actual espacio. Que adivine quien quiera y que se aparte quien no, imprimirle tinta de acertijo es mejor; X también fue acertijo una vez y eso se sintió bien.

Ahora narra algunas experiencias recientes: exigencias similares a las del manicomio, salidas con perfume a libertad (solo perfume, ¿ehhh?), sabores olvidados, recorridos modificados. A poco de su relato algo me sacude otra vez, me dice que, aunque "está libre", su cabeza ya estaba afuera, y añade: "Esto es temporal". Parece que de algún modo no quisiera dejarme olvidar lo que me contó hace poco, cuando aún moraba en el hospital, eso que me conmovió como trompada sin avisar. ¿Será por si lo pierdo de vista? ¿Por si acaso creo que esto que él llama "libre" es en rigor la libertad? ¿Será por si me ilusiono y dejo de oír al mono? ¿Será?

X, artífice del escapismo, de la huida necesaria para poder zafar, está pensando en "otra cosa", como siempre hizo. En esa habilidad para cartografiar, en esa maquínica forma de planificar, me anuncia nuevas coordenadas, trazos de un mapa distinto, rumbos que serán desconocidos, quizá otras alianzas a las que no estoy convidada.

Si aun fuera del hospital insiste con su huida ensayada mucho tiempo atrás, para señalar(me) la estadía precaria y temporal en el nuevo lugar, entonces, está claro; pensar que la externación ha roto la impermeabilidad del sistema de la domesticidad es casi una ingenuidad. Parecido a lo que señala Espósito, los sistemas modernos funcionan con la inclusión de su propio contrario. Al ver los movimientos de X creo entender un poco más.

Las alianzas amorosas fueron útiles para propiciar una estrategia de salida cortoplacista; el largo plazo, lo duradero, va por otro lado.

En X, en Marina, en Iris y en Ricardo, el desborde hizo historia, singular protesta y sutil evasión; tamaña forma de des-marcación. ¿El dictamen que dice inimputable? Una oportunidad, una ocasión. Como la rotura de mi motor.

Y ahora el feminismo. ¿Ahora?

Asumir que la micropolítica del lazo acoge y agencia al mismo tiempo lo subjetivo de lo singular y lo colectivo de la singularidad. Y que un feminismo construido en esta clave nos coloca de cara al vínculo afectivo, lo que equivale a decir –para el caso–: nos convida del rico banquete de la escucha atenta y desprejuiciada, nos da a probar la deliciosa palabra, nos invita al hermoso festín de la narrativa extranjera que, después de todo, también es la nuestra.[1] Admitir esto como parte de la hechura cotidiana que minuto a minuto nos alcanza, constituye un buen punto de arranque

[1] Porque como dice Claudia, "el lenguaje es una piel suelta que demarca la zona que separa"; parece que solo a pura víscera encontraremos eso que hace de lo foráneo un asunto de otro orden, ajeno. ¿Será de ahí lo visceral del feminismo? Claudia es Claudia Huergo, y lo que dice de la piel aúlla en *Lobo alucina*, uno de esos textos en donde plasma su poesía.

para comprender los caminos y canales de este mapa/texto dibujado al ritmo de un motor revuelto.

"Y ahora el feminismo. ¿Ahora?" es casi una provocación insolente, una linda camorra, para poner en palabras la interlocución entre quien aquí escribe y toma nota. Escribo bajo la cadencia de imágenes sucesivas y revueltas; anoto con los dedos, apretando el lápiz o sobre el teclado. Por eso, una dice que ha llegado la hora de hablar del feminismo, y la otra sorprendida la interroga "¿ahora?".

No es casual. Finalmente, la duplicidad se conjuga y entonces dice, digo, que el feminismo en su cruce potente con la inimputabilidad ha embrujado el recorrido ensayado a lo largo de todo este texto mucho antes de enunciar este capítulo, o este tramo. Sí, lo ha embrujado con brebajes, pócimas y pactos que las divinas brujas, machis, curanderas, diosas de la ancianidad, inventaron a lo largo de la historia para poner de cabeza al mundo. ¡Bien por ellas! ¡Bien por el embrujo! Y mal, muy mal, por quienes las acusaron.

Por eso no creo preciso detenerme aquí a discursionar acerca de los feminismos. Sus mil caras, sus oleajes y recorridos, sus reivindicaciones, rupturas y uniones. El riquísimo trabajo de todes las feministas es sideral, seguirán corriendo flujos de tinta vestida con sangre

Asumir que la micropolítica del lazo acoge y agencia al mismo tiempo lo subjetivo de lo singular y lo colectivo de la singularidad.

roja para explicar, una y un millón de veces más, lo que los feminismos pretenden para transformar este suelo en un lugar menos desigual. Pero en mi particular vivencia, el feminismo no ha sido potente y audaz por ese corpus teórico construido a fuerza de neuronas, manos y banderas, no por eso precisamente, sino por la conversación amorosa que despertó del suelo de mis entrañas al volcán. Esa del hilo invisible que une sin ser vista, de a pequeñas puntadas untadas en la tela con una aguja sensible. Esa que sabía hacer mi abuela para arreglarme las remeras; mi abuela, la de los pulóveres... la esconera. Ese feminismo, ese modo feminista, ese quehacer, es el que me habilitó a pensar, mirar otra vez, recalcular y volver al mismo sitio pero esta vez para crear.

Ahora, sin haber militado el feminismo desde las bases, con kilos de bibliografías por recorrer y una caterva de circulaciones por andar, este feminismo acogedor me acuna la garganta para que pueda gritar desde el alma, como hace tiempo no gritaba. Me deja converger con lo que he sido y lo que soy; también con lo que seré. Rota y todo, porque es un feminismo que reivindica el destrozo.

Tiempo atrás leímos con un grupo de compañeras un texto de Carol Pateman, *El contrato sexual*;[2] conocidísimo, ¿verdad? Es un texto que suma años y también ha sido bastante utilizado, pero no busco plasmar ni sus reseñas ni sus minucias, eso es parte del libro. Sí voy a quedarme con la crítica efectuada al contractualismo, el reproche por sus olvidos, una recriminación que se hace posible al paso del feminismo.

Dice Carol que desde Hobbes hasta Freud (entre otros), la lógica contractual ha sido defendida como base de la convivencia social pacífica,[3] omitiendo la existencia del contrato sexual como una forma, quizá estratégica, de escindir la cosa pública de la privada, colocando en la primera a los varones y en la última a las mujeres.

De este modo, la dicotomía entre público/ privado y cultura/ naturaleza, a la que podríamos añadir los opuestos poder/ docilidad, fortaleza/ debilidad y hasta razón/ sentimiento, legitima de manera ubicua la expulsión de las mujeres del pacto social, colocando a estas cuerpas en la segunda parte del par, y

[2] Este texto, por fortuna fácilmente localizable, fue publicado en el año 1995.

[3] ¿En qué paz pensaban estos humanos? Hobbes, Freud y toda la cofradía de los incuestionables sabios ¿de qué paz estaban hablando? No quiero paz como pacto de conciencia para mantener un mundo desigual; si es así prefiero la guerra.

ensalzando la valía de los sólidos caballeros como eje de la organización social por su sola identificación con la primera parte del mismo par.

Dicho esto, nada nuevo brilla bajo el sol; el mundo de las mujeres se resuelve puertas adentro, en el espacio doméstico, y el esfuerzo y el cuidado que ejercen para sostener esa estructura no es trabajo sino puro romance y amor, de modo que no hacerlo o hacerlo mal les asegura un puesto en la larga lista de las desafectadas, abandónicas o desamoradas.

En esto me quiero detener, frenar para mirar. En el asunto de lo privado, del mundo de lo privado como universo menor. ¿Qué natilla se cocina ahí? ¿Cómo encaja la tela con la puntilla? ¿Qué hace de un cuerpo una potencia que por esto se rebautiza cuerpa? ¿Cuáles son las tácticas y estrategias que transforman a ese territorio en el lugar político de las apuestas? ¿Qué de las amorosidades sencillas y pequeñas? ¿Qué de la microscópica revuelta? Lo privado como universo menor. ¿Menor? ¿*Lo* privado?

¿Y si invirtiésemos el valor de lo privado? ¿Si en lugar de absorber el sitial de la cosa pública subvirtiésemos la relación, y ubicásemos la potencia en eso que injustamente ha sido identificado de manera peyorativa como el mundo de lo privado? ¿Si es íntimo en lugar

de privado? Ya me lo había dicho una amiga: es íntimo y no privado, esto último también es cosa del patriarcado.

En la intimidad sangramos, durante mucho tiempo drenamos preciosos cristales rojos que no pocas veces le negamos al pasto. Pero están ahí, perforan y manchan para espetarle al mundo que existe la magia. Y si no sangramos, porque no hay órganos, porque no está la genitalidad, igual podemos sangrar, es asunto de desear... Lo dijo Effy Beth... lo hizo también.[4]

En esa intimidad duelamos. Despedimos al rastro rojo mientras nos agotamos de calores sudorosos, iniciamos una travesía de vejeces sabias penando por lo que se ha ido y abrazando al mismo tiempo todo eso que escrito con sangre hemos aprendido. Gestamos en la intimidad, y por supuesto, si queremos amor y cuidado, también ahí abortamos. Cultivamos un huerto de detalles que algunes tontes llamarán

[4] Effy Beth fue una artista, perfomer y activista LGBTTIQ+. Realizó diversas intervenciones artísticas particularmente en espacios públicos. La sentencia "Aunque vos te sientas mujer, te crezcan las tetas, tomes hormonas, te operes los genitales, nunca serás mujer porque no menstruás ni sabés lo que eso significa", funcionó como disparador de una obra alucinante en la que Effy expuso sangre de su cuerpo durante un ciclo de doce meses. ¿Qué sangre es la que sangra? ¿Qué hace de un cuerpo sangrante una territorialidad menstruante? Estos y otros interrogantes propician el montaje desplegado por Effy. Hay más en http://tengoeffymia.blogspot.com/

minucias, sin saber, porque les falla la astucia, que el universo se sostiene en esas muecas sensibles y sólidas, en esas artes que les mismes tontes siguen considerando menudas.

Como *El cuento de la criada*, la novela de Atwood televisivamente reversionada, ¿quiénes sostienen la trama en "Gilead"? ¿Quiénes ejercen el verdadero poder en esa ciudad rebautizada con tonalidades bíblicas? Los comandantes se desmoronan cuando las criadas hacen de su fuerza el salvoconducto hacia otra cosa. En rigor, podrán los totalitarismos machistas hacer de lo público su rey y de lo privado su lacayo, pero nunca lograrán apropiarse de esa intimidad feminista, macerada al calor del sutil lazo afectivo de lo invisible. ¡Que entienda quien entiende!

Eso que errónea e insolentemente llamamos "privado", eso que se hace íntimo por intimista sin descuidar su finura colectiva, eso debiera refundar al mundo, eso debiera, desde su simpleza que al mismo tiempo es pura potencia, desubicar las cosas de su lugar, porque no hay nada peor que la rígida asignación, que la silla clavada en el suelo, que el culo sentado siempre sobre el mismo almohadón.

Si como explica Carol, este mundo es lo que es a fuerza de contrato, ¿quién obliga a seguir contratando? Sobran las formas de anudar el abrazo.

He aquí la micropolítica del lazo, véase por esto, y también por aquello, la pista de la inimputabilidad.

Amorosidades cotidianas, pequeñas, llanas. Singulares, privadas, disruptivamente privadas. Miniaturas rebeldes, potentes. La pregunta no será entonces quién gobierna al mundo ni cómo, la pregunta estará en la respuesta sobre los modos de habitar; saber morar, y con esto, circular nomás. Creo que ahí es donde el feminismo tiene todo, absolutamente todo, por iluminar.

Menstruar. Soltar por la vagina la descamación endometrial o ubicar al fluido carmesí en cualquier parte que pueda sangrar es más, mucho más, que un acto fisiológico o natural. Ni siquiera cultural, todavía más.

Gestar. Hacer del *Dilema del violinista*[5] una experiencia real. Sí, RE-AL. Y nada de psicoanálisis acá, nada de eso que dice que si lo real es dicho y nombrado, ya no es lo real. Poner la cuerpa a gestar, y entregar al límite

[5] Esto cuenta Judith Thomson en ***A defense of abortion***. Puede localizarse en https://sagradaanarquia.wordpress.com/2009/10/30/una-defensa-del-aborto-la-version-de-judith-thomson-i/

de lo visceral hasta la última miga de energía para que lo que crece adentro no se detenga más. Eso es real. Engorda, se estira, se acomoda, se mueve, duerme, despierta, flota, navega, baja, rompe, grita, llora… Se va. Un cuerpo se parte en dos para parir y para gestar.

Abortar. Detener los engranajes de la máquina succionadora que comenzó a funcionar. Tomarse de la cintura para saber, sin más, solo saber –como lo sabe quien sabe sin poder explicar, sin lugar para el reproche ni la moralidad– que ahora no será. Porque así como mi muela doliente, mi pestaña encajada, mi uña encarnada y mi cabello deslucido claman por la tijera y el bisturí, así como me dicen que ha llegado la hora de partir, lo mismo con eso que ahí dentro come, crece y late sin deseo gestante. Abortar la invasión. ¿Quién duda de este derecho cuando se trata de una nación?

Maternar. Ni biológico ni normativo. Ni universal ni moral. Una experiencia subjetiva, una relación sensitiva, diminuta, bien íntima, como la pro(a)puesta feminista. Sin clichés, sin discursos domesticadores, sin mandatos religiosos, sin intromisiones analíticas, sin latidos románticos, sin juicios desafectados. Maternar es un asunto que sucede del mismo modo que se hilvana una conversación entre dos. No es posible explicar lo que acontece cuando el oído se

encuentra con la garganta, o el ojo con el gesto, o la piel con el soplido del movimiento que la palabra pone en marcha. No hay modo de otorgar a eso un estatuto general, ni siquiera único, porque el intercambio no reconoce reglamentos ni imposiciones; solo ocurre… Como maternar, amamantar, no amamantar, abrazar, soltar, dar la espalda o enfrentar la cara. Se materna y nada más.

Coger. En cualquier posición, por cualquier orificio o protuberancia. Coger con la cuerpa montada o esparcida sobre una sábana. Coger parade, sentade, acostade. Coger con el parpadeo de pestañas largas y con las uñas blandas. Coger con el dedo entrometido y convidado. Coger deseando y gustando. Coger gozando. Ni coito ni masturbación; coger, conmigo, con vos o con más de dos, si es que así se siente mejor.

Suceden estas cosas; nos suceden a nosotres, a nosotras. Están bien ubicadas en la repisa de nuestras reliquias íntimas, porque antes le ocurrió a otres y a otres más, y a otras, y después, o antes, a otras… otres, otras, otres; como el tic y luego el tac. Así, pura complementariedad.

Entonces, ahí mismo, bien dispuestas como bonitos objetos bombón –con la redondez de esa palabra y la dulzura azucarada que la acompaña–, cocinan

Eso que errónea e insolentemente
llamamos “privado”, eso que se hace
íntimo por intimista sin descuidar
su finura colectiva, eso debiera
refundar al mundo, eso debiera,
desde su simpleza que al mismo
tiempo es pura potencia, desubicar
las cosas de su lugar, porque
no hay nada peor que la rígida
asignación, que la silla clavada
en el suelo, que el culo sentado
siempre sobre el mismo almohadón.

un enjambre de relaciones amorosas, disputan los sentidos que obliteran las potencias todas de esos souvenires ancestrales, riñen silenciosas pero en modo alguno calladas contra los discursos de sumisión, y saben hacer de eso, si lo entendemos, si verdaderamente comprendemos, un feminismo de la salvación.

Hostigadas por el mandato insolente que manda a tapar el rastro inmundo.[6] Aturdidas por la proclama moral que culpa a la carne de quien no quiere gestar. Estudiadas por la ciencia maldita que suelta diagnósticos facilistas contra nuestras cuerpas subversivas. Narradas una y mil veces por la ley y lo que se dice justicia. Puestas a contar lo indecible, como si la reserva del relato fuese la afrenta insoportable para la matriz que ordena las vidas en algún lugar del escenario. Con todo eso, y aquello otro, podemos hacer el tajo en tanta costra de la dominación.

Y es que estamos tras el telón, observando el desarrollo de la escena, y no por obedientes utileras, sino por sagaces guerreras. Solo es cuestión de mirar el envés de la tela y darse cuenta; ahí está nuestra

[6] Escribí algo sobre la menstruación, porque a eso me refiero (¿se entendió?) en "Sangrar también es político. Algunas reflexiones en torno a la menstruación", artículo publicado en el libro *Salud mental y derecho. Lecturas desde el feminismo* (Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales, Espartaco, Córdoba, 2020). También en un ensayo que compartí con una grupa de lobas.

fuerza, indómita y astuta, informe e inclasificable, advertidamente inimputable.

Y ¡cuidado! No se trata de deshabitar lo público, no es esto de lo íntimo el correlato del encierro en la tierra del maltratado cuidado o del olvidado bordado. Ni la calle sin amor ni la aguja a pura pena. Ninguna de esas cosas. Ningún dualismo chato, ningún binarismo absurdo, eso sí es buen fruto del patriarcado.

Por eso, de algún modo repito y otra vez digo: he aquí la disrupción. He aquí el feminismo de la desintegración. Porque quizá, solo quizá, hemos aprendido a venerar las inclusiones e integraciones sin avizorar, tal vez, que estar dentro, en alguno de los casilleros, hace de esos modos otra caterva de mandatos tiranos. Sería triste, demasiado, saber que la anarquía ha quedado relegada al polvo donde se acumulan los viejos trastos, y no por vieja ni por trasto, sino porque las rutas viables son escaleras rotas que no permiten subir al altillo donde se guardan los trapos. Sacudamos las partículas de tierra con ese paño, que la mugre del orden no impida mirar la limpieza del desorden.

Todas las circulaciones íntimas que he invocado, a veces mal bautizadas con el nombre de lo privado, son las que cordón con cordón, anudadas en una enorme red, colectivizan en singular unidad cada

trama de esa potencia que lanzada al viento como una granada, si la dejamos, si la activamos, si entendemos el zumbido bicho de la explosión, sabe cómo hacer bombear el latido morado de la de-construcción. Las partículas del explosivo detonado no se callan ni confiesan, resisten en el reviente, porque ahí, descarada e inimputablemente, rompen la tela del aire con una esquirla candente. Así es como hacen de la rotura no solo un asunto de mi motor.

Es casi una revolución del silencio; eso que viene de adentro.

Lo leí una vez en Foucault, en su *Historia de la sexualidad*, ahí adonde arrima una descripción de la confesión como técnica de producción de la verdad en un momento del pasado occidental; y dice: "Se confiesan los crímenes, los pecados, los pensamientos y deseos, el pasado y los sueños, la infancia". Y sigue: "Se confiesan las enfermedades y las miserias; la gente se esfuerza en decir con la mayor exactitud lo más difícil de decir". Y añade: "Se confiesa en público y en privado, a padres, educadores, médicos, seres amados". E insiste: "En el placer y la pena"... se confiesa.

Porque tal como concluye –con esa prosa que riñe entre la filosofía, la historia y la poética–, "uno se hace

Y es que estamos tras el telón,
observando el desarrollo de la
escena, y no por obedientes
utileras, sino por sagaces
guerreras. Solo es cuestión de mirar
el envés de la tela y darse cuenta;
ahí está nuestra fuerza, indómita
y astuta, informe e inclasificable,
advertidamente inimputable.

a sí mismo confesiones imposibles de hacer a otro, y con ellas escribe un libro"...[7] o un poema.

Aun cuando creo que el feminismo es para Foucault un gran hueco por llenar, encuentro en este hilván reivindicativo de lo silencioso –que podrá leerse como se quiera, como se guste– la cinta invertida del feminismo que he nombrado. Ese microscópico, político y amoroso.

Del mismo modo que con los casetes de la infancia; el reverso de la grabación era música endiablada, había que afinar el oído para auscultar el mensaje demoníaco, seguro aparecía en el envés de alguna palabra. ¡Aquí está! ¡Ahí estaba! La mueca al revés de la confesión es el feminismo que espera con la mano tendida y luego apretada para dar el salto hacia el precipicio de la salvación. No es un dios acusador el que salva, no es un santo solitario ni un rezo ahogado y amargo, es un gesto amoroso y diminuto, tan terreno como liviano. ¿Una contradicción? Quizá. ¿Por qué no? Si al final se trata siempre de un gesto enlazado. Por eso no es ruidoso y tampoco pudoroso.

Este feminismo es el que importa, el que me importa. El de la máquina de marcha tosca; porque está

[7] Estas palabras aparecen en el primer tomo de la obra.

averiada, porque la vieja pieza ya no le alcanza. Sin embargo, se aligera, se despoja y encuentra la ruta. Levita, porque como lo he dicho, desaloja el peso de las clasificaciones.

Cuando en *Hombre sin gravedad* David le dice a Oscar que el teatro está lleno y todas esas personas han venido a verlo, Oscar le contesta que lo único que ha hecho para eso es quitarse el morral. Oscar flota todo el tiempo y se desplaza con una pesada mochila para poder pisar el suelo. Oscar no tiene peso, se le derramó por algún lado y nació levitando. Es un des-amarrado, por eso puede volar, como un globo, o como una hoja con el viento; sin dañarse, solo volar. Inimputable, nada más.

Feminismo inimputable, inimputable feminismo, feminismo, inimputable, femi, inimpu

Antes de la gran interrupción, de sentir la *pandenfermedad* a las puertas, golpeando, insistiendo, igual que quien sale a evangelizar y se ha preparado para recordarte persistente que ahí está. Antes del dolor indescifrable y del vertiginoso temblor *encuarentena*, antes de eso, pero después de advertir el desperfecto

del vehículo transportador, me encontré con una entrevista realizada a Jean Ourí en marzo de 2012.

Me la convidó una compañera amorosa, como sucede habitualmente con estas cosas, y seguro la hubiera pasado por alto de no ser por ella, mi compañera, y por el título de la entrevista: "Lo invisible"; delicada asignación para contar un montón.

Por supuesto no voy a reproducir todo lo dicho por Ourí en ese pedazo de tiempo en el que le dice a quien no se ve –y por las astucias de la televisión terminamos siendo yo o vos– aquello que piensa sobre su experiencia en La Borde,[8] su andar con la locura, sus vínculos con el espacio, el mutismo y la palabra sorda. Para eso todavía existe You Tube, y creo que seguirá existiendo por mucho tiempo más.

Pero sí aparecen algunas imágenes, ciertas posturas bien bonitas, que incluso ahora, retransitadas con la humedad de este tiempo aciago, se reactualizan a cada rato y se hacen parte de este texto de feminismo inimputable y de estilo averiado.

[8] ¿Cómo explicar La Borde? No sé, no se puede. Un lugar, un espacio, el desmarque, la circulación de les cuerpes como les vengan las ganas. El gesto, la mueca, la palabra interrumpida y habilitada. La belleza de la espesura como forma, como modo, como postura. O, sencillamente, para quienes todavía precisan la miopía de la definición: una clínica de locxs.

Este feminismo es el que importa, el que me importa. El de la máquina de marcha tosca; porque está averiada, porque la vieja pieza ya no le alcanza. Sin embargo, se aligera, se despoja y encuentra la ruta. Levita, porque como lo he dicho, desaloja el peso de las clasificaciones.

Dice Ourí que en Venecia existen más de cuatrocientos puentes. Cantidades de rutas de cruce; pienso cuando lo escucho, y casi puedo ver a esa ciudad de suelo acuoso hacerse camino en el aire, para pasar, siempre pasar, de uno a otro lado.

Ourí se refiere a los puentes para marcar de algún modo su inutilidad, porque en el trabajo junto a la locura, no se trata de construir monumentales obras arquitectónicas, se trata mejor de armar pasarelas: "injertos de apertura".

Esto sí que es singular. Un tronco grueso, incluso una rama, un trozo de madera, una hilera de piedras, una soga, una mano, una cuerda de cuerpos atados, pueden hacer pasarela, permitir el tránsito, el cruce, con cualquier máquina y de cualquier modo, de un lugar hacia el que está enfrentado. Hasta el eco de un soplido silábico logra por la fuerza del aire transportar un sonido que oído, leído, interpretado, se hizo paso.

Lo que encuentro aquí es la potencia de lo que subvierte y rompe, esa ductilidad de los materiales diversos para dibujar caminos imposibles de armar con los modos habituales de la clasificación. ¿Quién estaría en condiciones de hacer de un cartón una pasarela? Solo les que se escabullen de las lógicas de la ingeniería pueden trazar semejante ruta de circulación.

Ourí también habla en esa entrevista de la gentileza. Cuando algo sucede, ante una emergencia, la gente se agrupa y entonces se produce la connivencia: "La connivencia es justamente, sin parecerlo, estar ahí indirectamente... tomar en cuenta la propia singularidad del otro". Diría yo que en esta narrativa los gentiles de Ourí son los conniventes del deseo; se desea por irrupción no por inadvertida imposición (como quizá diría Foucault), y al desear, se colectiviza, se acuerda. Hay connivencia deseante en lo colectivo. Hay pasarela artesana en lo gentil. Hay singularidad colectivizada en la gentileza deseante. Hay, al final, feminismo inimputable.

Los injertos de apertura de Ourí son como esas modulaciones craneadas por la cabezuda, tejidas por la hiladora, disueltas por el inexplicable o articuladas por el escapista. Iris, Marina, Ricardo, X; una cartografía de pasarelas variadas.

Igual que borrarse los tatuajes invisibles, igual. La efracción del puente es la oportunidad inmejorable para barrer el lastre y construir otras formas, otros modos. Habitar la locura entre cuerpxs es una vivencia colectiva, y en eso hay feminismo, y ese feminismo solo puede ser inimputable.

La monstruosidad de lo liliputense, podría señalarse.

Cuando escribí este texto por primera vez, pensé en Gulliver. Con pequeñas, pequeñísimas sogas anudadas por encuentros de seres minúsculos, el gigante fue reducido. ¿Qué es lo monstruoso de esta historia? ¿Adónde anida? ¿En el coloso atado y dormido o en los diminutos quehaceres multiplicados por mil para mantenerlo bien quieto? Ahí.

Más tarde, no mucho, encontré expresiones similares en el libro escrito por Silvia Rivera Cusicansqui: *Un mundo ch´ixi es posible*.[9]

En esa parte, la que me sonó como una reverberación, Silvia recupera algunas experiencias de los levantamientos producidos en El Alto para luchar contra el avasallamiento hacia los pueblos. Resalta el carácter rizomático de esas apuestas; acciones autónomas plagadas de pequeños movimientos articulados (rotación de turnos, bloqueos, vuelques) que, a lo Liliput, lograron sostener la lucha. Ahí estaba la potencia íntima de las mujeres haciendo del espacio de la resistencia una verdadera apuesta micropolítica de la revuelta:

> Al organizar minuciosamente la rabia cotidiana, al convertir en asunto público el tema privado del consumo, al hacer de sus artes

[9] Esta belleza fue editada por Tinta limón en 2018. Pistas para otro encuentro.

> chismográficas un juego de rumores "desestabilizadores" de la estrategia represiva, al organizar circuitos de trueque y ollas populares para los marchistas de cada barrio y punto de bloqueo, lograron derrotar moralmente al ejército, dando no sólo el sustento físico, sino el tejido ético y cultural que permitió a todos y a todas mantener[se] furibundamente activos, roto el muro doméstico y transformadas las calles en el espacio de socialización colectiva.

Le agrego algo a estas palabras potentes y hermosas: la rotura del muro doméstico hizo de lo íntimo la infestación de lo público. Diría ahora, con la enfermedad a cuestas como discurso de muerte, que no siempre contagiar está mal... no siempre.

Sí está claro, eso creo, el porqué y para qué del feminismo. Sí se entiende, espero, la fuerza potente de eso que es lo íntimo. Sí se sabe, o se ha aprendido, que este texto dislocado pone a la fractura en el centro de un feminismo singularmente micropolítico. Pero ¿por qué la inimputabilidad? ¿Por qué no postular sencillamente la potencia de un feminismo locx? ¿Por qué una categoría jurídica, dogmática, casi un acto de fe? ¿Por qué ese producto del Derecho? Encima público, encima críptico y encima puro, para romper. ¿Por qué?

No por la inimputabilidad a secas –seguro–, tampoco por la locura como pista inimputable –ni por asomo–. La inimputabilidad sin condimentos es otro invento del Derecho, y la locura como una de sus formas es un atropello.

No, no fue solo por la inimputabilidad, fue por esta como posibilidad de desenmascarar, como artilugio afectivo para tomar la punta del hilo y desovillar. Fue por ese perfume húmedo, por la oscuridad que convida, por la parte de la clasificación que asigna. Esa clasificación que pescada por el costado más débil, las singularidades monstruosas que aquí se han narrado, y que podrían ser muchas más, supieron dejar al desnudo como al emperador en su atuendo estúpido. ¡Está desnudo!, dijo un niño. ¡El emperador está desnudo! Y así, nada más con eso, sonrojó las mejillas del monarca y puso la estafa al descubierto.

Solo que en este texto, en este pedazo de camino que podría funcionar como tramo de uno más largo, no hay pudor ni vergüenza, no hay miedo y sí clarividencia. Porque no teme quien se ha dado cuenta, no quien elige el desmonte y la ropa arrojada al piso como acto de resistencia. Y otra vez, no por resistir, así, a conciencia, sino por hacer de eso una cosa liviana y sencilla, como quien cada tanto, imperceptiblemente, pestañea: moja el ojo, vuelve a fijar y después cierra.

La cabezuda, el escapista, la hiladora y el inexplicable revelan, en su mueca singular frente a la parafernalia de la inimputabilidad, que pueden succionarse toneladas de directrices, los lugares más recónditos de las matrices, sin buscar una contra-asignación, sino mejor haciendo de lo asignado la pista de la evasión. Una evasión colectiva, sin plan, sin dolo se dirá, una que sucede, ocurre, acontece, porque se permite agenciar; solo agencia quien maneja la finura de la araña, o domina la cintura de la avispa o emula la quietud de la mosca atrapada en la sopa. No hay que moverse mucho, no es necesario el alarde para lograr fugar. Un paso de tela, una ocasión de aguijón o un aleteo indivisible para no hundirse en el tazón.

Hay, en la monstruosa operación del desarme inimputable, en ese enganche anarquista con la locura feminista, fuego de caldero y olor a tortas fritas. Hay mates de leche y aire de campo. Hay bufandas largas que arman destinos. Hay un té de hierbas y olor a madera seca. Hay romero y tomillo. Hay una manta de remiendos que cubre del frío en invierno y ventanas abiertas por la noche que dejan filtrar la brisa en verano. Hay hogar, no doméstico ni privado. ¡Cuidado! Íntimo, como he dicho, bien *íntimointimista*; no están escritos lo doméstico y esto otro con la misma tinta.

Por eso no es la locura tirana ni la de prosas románticas. No es la categorial inimputabilidad ni la puja por entrar en la culpabilidad. Es quizá –bueno, yo estoy segura al menos– la singular astucia de quien aprendió a romper sin instrucciones, sin el manualcito de las indicaciones. Por eso inimputable y por eso feminista.

Como dice Cristina Martín,[10] la princesa Inca: la locura es salir(se) de la realidad común, no existe la locura sino gente que sueña despierta, es una posibilidad para cualquiera... como un espejo, claro que cuando lo ves aparece el miedo y con esto el rechazo.

No es sencillo temer, temblar, dudar, sentir al estómago explotar y a la sangre drenar por dentro. No es asunto simple sudar la carne y percibir el cosquilleo del cuerpo sin poder escapar, sin conseguir que el latido de cada órgano inquieto obtenga un pase de fuga por esos agujeros dérmicos, esos que hacen de la piel un órgano que respira, un manto con aliento.

Mirarse en el espejo. Encontrar ahí, en la silueta de la imagen lo Otro de Una. Saber de los desdoblamientos. Ver terrores insondables e ineludibles, ver

[10] Las palabras de Cristina que tomo para decir lo que digo fueron expuestas en una entrevista realizada por el programa español "La entrevista del mes", el cual puede localizarse sin mayores problemas en Internet.

locuras clandestinas, ver palabras que se dicen con la voz, con el gesto, con el movimiento, con la escritura como acto de encuentro. Ver, oír, sentir el nudo de *ese* encuentro, del vocablo que no encaja en gramáticas preestablecidas, que juega a una semántica distinta. Ver lo que soy, lo que he sido, lo que somos; cuerpas desparramadas en un reflejo que tal vez, solo mediante el hilo invisible de la costura singular, puedan hacer de esa informidad una manera de colectividad.

Esa es la textura del convite. Un feminismo de la convergencia desubicada, mal nombrada. Un feminismo del desarme.

La pieza rota fue una oportunidad, no haberlo sabido antes.

Las voces monstruosas que aquí se dicen, que yo elegí por alguna irreverente afinidad para contar lo mío, para decir alguna cosa de este modo del feminismo, conocen muy bien el valor de la rotura, el peso de la fractura, hacen del motor averiado toda una reivindicación. Son como la cera de la vela, no como la llama que da luz. Cuando la llama es alcanzada por algún suspiro se extingue; mientras, la cera supo hacerse líquida y concentrarse, no desapareció. Incluso si la llama continúa morirá de todos modos al ser alcanzada por la humedad del derretimiento, pero la cera no, se

volverá sólida y tomará otra forma, se hará imagen de lo que fue y de lo que es. La cera es bicha, la vela no.

Feminismo inimputable. Inimputable feminismo. Feminismo. Inimputable. Femi. Inimpu.

¿Ves? Siempre queda el residuo. Lo mejor.

....

Voy a contar una historia.

Anselma vivía sola. Rentaba una habitación con cocina en un barrio de mucha gente en algún punto de una gran ciudad. También tenía baño, compartido, claro.

No le parecía ajena la soledad, casi era una forma, un modo de vida usual.

Cuando más chica, mucho más, antes de abandonar la escuela y comenzar a trabajar, la madre se había ido para huir del marido malo y tirano. Anselma, con su hermano, inventaron una historia junto al patriarca distante. Un día el hermano se fue, buscó otros rumbos: una novia, un empleo, otro paisaje, un paraje remoto, un buen lugar para escapar.

Anselma también se puso a trabajar, casi al mismo tiempo que el dictador cambió las normas; abrió la puerta con la hostilidad a cuestas, caminó unas cuadras y se perdió. No lo vio más. Como a la madre, como al hermano.

"Si todos parten", pensó Anselma, seguro que lo pensó, "lo mismo haré yo". Se fue a otro sitio, dejó la casa y alquiló aquella habitación.

Anselma vivía sola. El lugar parecía una pensión.

A veces conversaba con otros rostros, otras caras, otras cuerpas, otras carnes. Eran palabras muertas, de música aburrida, casi dormida: poner el oído, mirar haciendo de cuenta que se presta atención, y responder lo que se espera, solo lo que se espera. Impostar, después de todo, que al final se está en la tierra.

En el barrio la conocían, también en la despensa. Era la mujer joven pero vieja, de cabello ondulado hasta los hombros, azabache, como el color de sus ojos. Era la silenciosa y apagada inquilina de la habitación sin número, de la puerta descascarada. Era la que pagaba las cuentas dos días antes del vencimiento, la que se había comprado una bicicleta y después una motoneta. Era la que todos los días, a la misma hora, aguardaba el colectivo de la misma empresa para partir, siempre

partir, a la misma fábrica, cumplir con sus quehaceres y regresar, después del mismo trozo de tiempo, por la misma ruta que la devolvía al mismo lugar.

Todos esos días, con guantes de látex y una escobilla gastada en mano, reposando junto al balde o gastando los envases de perfumes químicos baratos, fregaba piletas e inodoros; con fuerza, con absoluta concentración, para lograr erradicar las manchas de mierda asquerosa y potente expulsadas por otros culos.

La soledad duele poco –lo sabía Anselma–, una repite sin distinción, vez tras vez, la misma escena, es casi una empresa anestésica. Levantarse, vestirse, picar algo, peinarse, salir y darle las vueltas precisas a la llave. Caminar algunas cuadras, con campera en invierno y musculosa en verano, aguardar el arribo de la máquina. Ascender, sentarse al final, en la hilera de bancos que hacen saltos. Descender, caminar un poco más. Llegar, tomar si hay tiempo un mate cocido o un café –nunca la infusión de la bombilla, no se comparte la saliva–, pellizcar la miga de un criollo, otro más, dos, hasta tres. Blanquear los ojos para arrasar con la bosta del mundo. Reversionar la ruta al revés. Llegar, darle las vueltas precisas a la llave, lavarse, comer y acostarse. Levantarse, y otra vez...

En una ocasión, en aquella, la soledad se hizo voces, se sentía mejor, Anselma pudo tomar alguna decisión. Cambiar el rumbo, abandonar, quizá, solo quizá, la analgesia que convertía todo en una pintura chata, sin relieves, Un Igual.

Le contaron de los daños y molestias, le hablaron de lo que le hacía mal. Anselma compartió aquellas dolencias, se lo dijo a Lara, la mujer del kiosco, también a Martínez, el de la habitación contigua. Se lo narró con detalle a Florencia, la que cobraba la renta, y se animó a transmitirlo en la empresa, donde la cosa se puso peor.

Pensaron que estaba loca, no encajaba esa versión. Por eso hubo quien se asustó, también quien se burló y por supuesto quien ni siquiera escuchó.

Pero Anselma no iba a renunciar; no ahora que lo históricamente callado por fin era dicho, no justo en este momento que la soledad había dejado el nido, no frente a tanta clarividencia, frente a la nitidez de la evidencia.

Preparó tijeras y pañuelos, dejó pagas todas las deudas, guardó bombachas y corpiños en un bolso, una toalla y un jabón, también una cruz sin cuerpo clavado y la estampita de su santo. Tomó el colectivo para

marchar por última vez al sitio en que moraban sus hostigadores, esos que le espetaban en el rostro, día a día, la caca placentera de sus estómagos, contaminando su cuerpa y su olfato, invadiendo con su veneno convertido en desecho su carne cansada de aguantar porquerías ajenas.

Cuando hizo de la tijera el puñal y del pañuelo una tela teñida de rojo, tomó el teléfono más cercano para llamar al comisario del barrio. Declaró que no podía hacer otra cosa, no había salida para un alma herida, estaba dispuesta a morar en la cárcel el tiempo que fuera necesario. Ahora finalmente caminaba ligera.

Su versión otra vez no cerró, no por ese lado. Está loca –dijeron los médicos–, inimputable –sentenció un juez–, mentirosa y elusiva, simuladora maldita –señalaron los que todavía lloraban a sus muertos–. Fue directo al manicomio, la cárcel no, la cárcel es un lugar para otras, otros.

¿Cómo así? ¿Cómo inimputable y nada más? ¿Cómo irresponsable y todo se termina acá? ¿Cómo loca? ¿Cómo alguien que planifica de ese modo puede estar loca así nomás? ¿Cómo el manicomio? ¿Cómo no la cárcel?

Las preguntas de los deudos eran las mismas que se hacía *Anselmoanselma*.

Estuvieron ahí, hurgando y regresando durante mucho tiempo. El péndulo inerte y pesado del manicomio, ese compás de una espera que no sirve porque el último *tictaqueo* nunca llega. Ese trozo de vida estancado, demorado, cristalizado. Todo eso no alcanzó para dejar de interrogar y volver a reclamar, si no la existencia de culpabilidad, al menos el encierro a perpetuidad.

Cuando se produjo la apertura, cuando de forma insospechada la puerta pesada del hospicio dejó escapar la sombra por algún orificio y Anselma salió –egresó, dijo el oficio–, ahí continuaban las inquietudes insondables, las que habían sembrado el crimen tras la partida de la soledad. Y continuaron, persistieron, incluso cuando Anselma, larga anciana de otra juventud, sintió lejanas, en dirección a su espalda, las rejas del loco hospital. Incluso cuando los deudos de los deudos de los muertos también murieron, aunque por el paso del tiempo, y la semilla de un relato sin cierre germinó en otros huertos y la duda se hizo carne en la herencia de otros cuerpos.

Anselma estaba sola. Estaba. ¿Después? Después ya no.

Esta historia podría ser real, quizá no verídica pero sí real. Podría ser el pedazo de un trozo de algún relato imaginado y también un acorde de una melodía que existió. Podría ser la versión algo poética de un hecho cierto y el manto apócrifo de un dato concreto. Podría ser toda, absolutamente toda inventada, o toda, absolutamente toda una verdad. Aunque la verdad –¡qué molestia la verdad!– ni siquiera cuenta con un estatuto tangible, medible, es después de todo un proyecto, como la libertad. Lo entiende mejor un motor que echa humos, como la pieza fundida de mi vehículo estilístico roto.

No sé si en rigor importa; digo, eso de si este relato es o no ficcional. Lo puse aquí, en esta parte del camino, porque justo ahora, cuando casi termino, vuelven esas evocaciones tan llanas y potentes sobre la abrumadora revelación de la inexplicabilidad. Y eso, precisamente eso, es lo que más debería quedar después de haberse lanzado, quien lo haya hecho, a una lectura de compás deteriorado. No sería fructífera tanta palabra y tanta rítmica si eso de lo insondable atado sensiblemente a la microscopía política del feminismo inimputable quedara aquí en el papel, en el trazo, como el recuerdo de un ignoto ensayo.

Cuando leí esa cosa hecha libro cocinada entre Busqued y Ricardo escuché una entrevista realizada al primero

en un programa de radio. Coincidencias, tal vez, no sé, debía haber estado por la mitad de la lectura, un poco más quizá, cuando me encontré con esa pregunta, la que le hicieron en la radio: ¿qué harías con Roberto si fueras el juez? ¿Qué decisión tomarías?

El interrogante era una flecha lanzada, aun sin enterrar, en el corazón que latía ahí dentro, en ese texto construido mediante una relación de cercanía y cautela, un peculiar encuentro entre quien indaga y quien cuenta, sin lograrse distinguir jamás quién es el que verdaderamente indaga y quién el que cuenta. La pregunta por lo indescifrable, la duda por el después, solo podría anotarse cuando al frente, en la vereda opuesta, aguarda la imagen de lo inexplicable. Así con Ricardo, así con Anselma, o con Anselmo... Con cualquiera.

Busqued respondió una cosa parecida a: "lo dejaría ir pero con controles".

¿Cayó en su propia trampa el escritor? ¿Fue presa de su bestia interna? La que acosa, persigue, hostiga, hace temer porque devora. ¿O sabía, sabía de antemano que en el relato brindado podía emerger lo incierto, y, frente a eso, no era una chance pensar en el cerrojo abierto?

No sería fructífera tanta palabra
y tanta rítmica si eso de lo
insondable atado sensiblemente
a la microscopia política del
feminismo inimputable quedara
aquí en el papel, en el trazo, como
el recuerdo de un ignoto ensayo.

Nada que no sea del mundo, de *este* mundo. Después de todo, con más o menos recelo, más distante o más amenx, nadie parece dispueste a dejar volar al pájaro que el ornitólogo desconoce, y no por falta de estudio, de observación, de años de investigación, sino porque ignora la especie, y lo hará por siempre.

El asunto es entonces aprender a ignorar, a dejar pasar; como Oscar, a levitar. El asunto es arreglárselas muy bien, y armarse una máquina a lo Bornoroni,[11] con la urticante inexplicabilidad a cuestas, hacer de eso una salida, una fuga, una especie de salvoconducto para rehuir a la chatura de la figura.

Lo hizo Iris dándole vueltas a los resquicios de su historia loca. O Marina ovillando y desovillando la lana larga y anudada por la magia de las agujas acompasadas. También Ricardo y *Anselmoanselma*, sin respuestas y con todas ellas. Lo hizo el escapista, una incógnita hecha nombre, una x en el punto del mapa de las huidas. Hubo fuerza micropolítica en esos encuentros inusitados y perfectamente encajados –como piezas pulidas para engarzar– por la potencia singular que amasó una ruta feminista con la inimputabilidad.

11 Esa *producción* armada por la fuerza motriz del *relato degenerado de un loco.* Es un libro, una pequeña belleza para mí, todo un hallazgo. Fue publicado en 2008 por la editorial Cactus.

La hiladora me contó una vez, entre letras escritas y dibujos, la historia del *Loco de cuatro ojos*.[12] Me dijo que el loco, ese loco, tenía cuatro ojos porque veía más allá de lo que otros pueden ver; veía algo que "la sociedad no tiene la capacidad de comprender". ¿Será entonces que ese es el modo de "salirse de la realidad común"? Mirar mejor, con ojos en la nuca, en la espalda, en los muslos, aflorando desde el estómago o en el útero. Nuestro útero maltratado sabe mirar con sensibilidad, no hace de la imagen la razón sino el sentido, pinta un cuadro, teje un tapiz, y en el envés del dibujo de esos hilos está el lío, el hermoso lío de los nudos. Está el útero, los ojos del útero, está la potencia del encuentro, están las disputas de la aguja con las cuadrículas diminutas, está la base, el sostén, la sabiduría de la inimputabilidad feminista, del feminismo del desmolde.

Donde hay desmarque hay feminismo inimputable, donde hay reviente anida ese feminismo. Y no es un imposible, no es la revuelta sin sentido, no una movida sin destino. No es esa cosa tan inútil como obedecer por pura obsecuencia, por tonta formalidad. Sí, la desobediencia sin rumbo es tan estúpida como la sumisión sin propósito.

12 Lo dijo en *Bu,* libro cartonero publicado en 2019 por la editorial Caracol.

Pero acá, como vengo diciéndolo en esta marcha de la efracción, acá se trata de otra cosa. Se trata de un feminismo que irrumpe con el desconcierto de la inimputabilidad hecha de jirones, de pedazos que se unen en un edredón, en una manta distinta a la pretendida por la nosográfica empresa de la domesticación.

Se trata del reverso del juego de las asignaciones. Como se lo hizo notar el zorro al principito: "¿Qué es domesticar?", le preguntó este último al zorro. "Algo demasiado olvidado", le contestó el zorro. "Domesticar significa crear lazos".[13]

Vaya respuesta, se precisa de mucha sutileza para entender que el lenguaje, sus significados y significantes, en fin, sus asignaciones, son una máquina imperfecta que guarda ahí mismo, en el desperfecto, la clave potente de otros mundos posibles.

Lo olvidamos muchas veces. Incluso en la militancia, con el pie sobre la calle chata; en el barrio con olor a carnes juntas, sin la asepsia del jabón. Lo olvidamos al alzar las banderas verdes, naranjas y violetas. Lo olvidamos al hacer de nuestro discurso el bonito emblema de la reivindicación. Lo olvidamos cuando en medio de esos asuntos volvemos a trazarnos,

13

dibujarnos en un plano, ubicarnos en una cuadrícula –¿este o el otro lado?, ¿A o B? ¿Masculino, femenino o no asignado?–. Así, por pura lógica del reclamo, lo olvidamos.

Creo así que la micropolítica como trama filamentosa, como soporte subversivo y potencia de fuga, como manera de correrle el trípode a las macropolíticas de la dominación y hacer de ese movimiento un nuevo punto de partida, debe ser una que anude con otra cosa; allí es donde me encuentro con el lazo de las amorosidades, allí es donde el común es comunidad de singularidades, allí es donde aparece el feminismo inimputable.

Porque lo diré –si no es que lo he dicho de algún modo ya–: la comunidad singular de este feminismo supera todo anudamiento visible e incluso digerible; es más, todavía más que unirse un par de cuerpes para construir algo parecido a un puente. Es, quizá antes, primero, hacerse interiormente comunidad. Fabricarse un escape, cachetear a la insolente máquina de la normalidad.

Igual que GH. En ese dormitorio poblado de imágenes ruidosas y al mismo tiempo tan silenciosas, la repugnancia hacia una cucaracha será la llama de la mecha de toda una revelación. Aplastarla y hacer de ese ruido

Se trata de un feminismo que irrumpe con el desconcierto de la inimputabilidad hecha de jirones, de pedazos que se unen en un edredón, en una manta distinta a la pretendida por la nosográfica empresa de la domesticación.

de cáscaras desintegradas el recuerdo introspectivo de lo que no ha sido y puedo haber sucedido. Tomar el plasma y tragarlo; comerse al bicho. Devenir insecta, comunidad insólita. A eso me refiero, de eso se trata lo que me pone a decir la pieza rota.

Y nada más. Acabé… por ahora.

ALGUNOS OTROS TEXTOS PARA LEER UN FEMINISMO INIMPUTABLE: EN ORDEN A LA INTENSIDAD DEL GOLPE[1]

Thénon, Susana (2019). *La morada imposible* (edición a cargo de Ana M. Barrenechea y María Negroni). Corregidor. Buenos Aires. Argentina.

Lispector, Clarice (2015). *Cuentos reunidos* 1960/1979 (traducción a cargo de Cristina Peri Rossi, Juan García Gayo, Marcelo Cohen y Mario Morales). Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]

[1] Última aclaración: los textos que voy a mencionar no son los que aparecen en la ruta, esos ya han sido datados, de modo que acá, en esta parte, voy a concentrarme en bonitos disparadores para armar(se) otros jardines posibles del feminismo inimputable. Todos fueron leídos mientras sostenía mi marcha rota, a veces renegando del motor fundido y otras disfrutando de sus humos invasivos. Son textos particulares, no sé si por lo dicho o por el modo en que regaron las semillas que más tarde germinaron. Son poesías, relatos o postulaciones. Son, a fin de cuentas, tules de la escritura. Siguen un orden; el de la fuerza del impacto que me causaron.

Almeida, Eugenia (2019). *Inundación. El lenguaje secreto del que estamos hechos.* DocumentA Escénicas. Córdoba. Argentina.

Merini, Alda (2008). *Clínica del abandono* (particularmente su prólogo, a cargo de Delfina Muschietti). Bajo La Luna. Buenos Aires. Argentina.

Arias, Lola (2016). "Melancolía y Manifestaciones" en *Mi vida después y otros textos.* Penguin Random House. Buenos Aires. Argentina.

Reyes, Dolores (2019). *Cometierra*. Sigilo. Buenos Aires. Argentina.

Handicourt, André; Bardet, Marie (2019). *El cultivo de los gestos* y *Hacer mundos con gestos*. Cactus. Buenos Aires. Argentina.

Barnes, Mary; Berke Joseph (1974). *Viaje a través de la locura.* Martínez Roca. Barcelona. España.

Federici, Silvia (2010). *Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpos y acumulación originaria*. Traficantes de sueños. España.

Althusser, Louis (1992). *El porvenir es largo*. Destino. Barcelona. España.

Anders, Günther (2003). *El piloto de Hiroshima*. Paidós. Madrid. España.

ÍNDICE

7 La pieza rota

25 Algo sobre inimputabilidad y locura

59 Las voces monstruosas

63 Iris la cabezuda

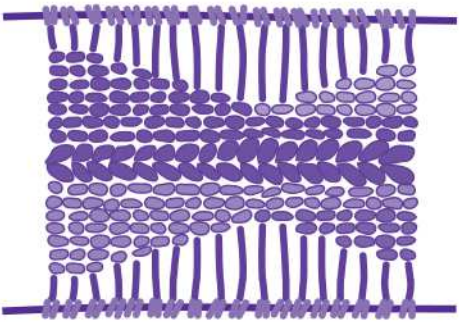
79 Marina la hiladora

95 Ricardo el inexplicable

107 X el escapista

155 Feminismo inimputable

199 Algunos otros textos para leer un feminismo inimputable



Me vi imposibilitada para escribir, y entonces, escribí. Este ensayo es un intento por decir y ser dicha, por hacer de la fisura un quehacer.

Aquí, la cabezuda, el escapista, la hiladora y el inexplicable revelan, frente a la parafernalia de la inimputabilidad, que pueden succionarse toneladas de directrices, los lugares más recónditos de las matrices, sin buscar una contra-asignación, sino mejor, haciendo de lo asignado la pista de la evasión. Una evasión colectiva, sin plan, sin dolo se dirá.

Este libro, pequeño objeto, no va de la locura tirana ni de la romántica. No de la categorial inimputabilidad ni de la puja por entrar en la culpabilidad. Aprendió a romper sin instrucciones: por eso inimputable y por eso feminista.

9 789876 997003

eduvim

Universidad Nacional Villa María